

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

E.A.P DE ANTROPOLOGÍA

**Los discursos sobre los migrantes urbanos populares
en Lima y la emergencia del sujeto democrático (1980-
1992)**

TESIS

para optar el título profesional de Licenciado en Antropología

AUTOR

Renatto Jorge Merino Solari

ASESOR

Rommel Humberto Plasencia Soto

Lima – Perú

2008

A mis padres.

A Luis Solari.

ÍNDICE

I. PRESENTACIÓN.....	6
II. INTRODUCCIÓN.....	10
2.1. Problema.....	10
2.2. Preguntas.....	13
2.2.1. General.....	14
2.2.2. Específicas.....	14
2.3. Objetivos.....	14
2.3.1. General.....	14
2.3.2. Específicos.....	14
2.4. Hipótesis.....	15
2.5. Justificación.....	18
2.6. Metodología.....	19
III. BASES TEÓRICAS.....	23

3.1. Balance bibliográfico.....	23
3.1.1. Dicotomía entre lo andino y lo occidental.....	24
3.1.2. El “triumfo” de la cultura andina.....	31
3.2. La propuesta de análisis.....	36
3.2.1. Discurso.....	38
3.2.2. El binomio saber – poder.....	43
3.2.3. La representación.....	49
3.2.4. El sujeto.....	54
3.2.4.1. Sujeto democrático.....	58
IV. CONSTRUYENDO EL REFERENTE EMPÌRICO.....	61
4.1. Cambios en la dinámica sociocultural del país.....	61
4.2. Lima como espacio de biopoder.....	72
4.3. Construyendo el referente empírico.....	88
4.3.1. Los espacios sociales aumentan y las demandas también.....	88
4.3.2. La adaptación urbana y sus problemas.....	91
4.3.3. La importancia de las experiencias previas.....	93
4.3.4. La lucha política e ideológica.....	96
V. EL SUJETO DEMOCRÀTICO.....	103
5.1. El “fin de la historia”	107
5.2. De la alteridad radical a las múltiples alteridades.....	112
5.3. “La revolución se encuentra a la vuelta de la esquina”.....	118
5.4. El otro fin de la historia	126
5.5. Emergencia del sujeto democrático.....	130

VI. CONCLUSIONES.....139

VII. BIBLIOGRAFÍA.....148

I. PRESENTACIÓN

El migrante fue una invención de las ciencias sociales. Es probable que plantear esta idea en una sociedad como la nuestra resulte contradictoria si la contrastamos con los cambios experimentados en el Perú durante la segunda mitad del siglo XX. Además, entre las convenciones más difundidas por parte de los especialistas, tiene aceptación el planteamiento de los procesos migratorios como uno de los fenómenos fundamentales que transformaron radicalmente el perfil sociocultural del país. No pretendemos negar los profundos cambios experimentados durante el siglo pasado, pues un acercamiento a la realidad resultaría suficiente para evidenciarlos. Lo que nos interesa es explorar la forma cómo estos procesos fueron representados y producidos por la comunidad científica; es en este contexto que utilizamos el término invención.¹ Es decir, como una construcción cultural que permite describir, explicar, producir e “imaginar”² dinámicamente la realidad; por tanto capaz de generar relaciones sociales – simétricas y asimétricas – entre los

¹ Francisco Theodosiadis (1996) analiza el término inventar desde una perspectiva diacrónica.

grupos humanos. En este sentido, resulta central comprender la importancia del lenguaje escrito en la construcción de la realidad social, pues asumimos la capacidad de nombrar y representar a los fenómenos como parte de las relaciones de poder vigentes en la sociedad.

Los migrantes fueron definidos no solo como objeto de estudio, es decir como un referente teórico – práctico, con un conjunto de características que los especificaban y delimitaban en la realidad empírica; sino también por una serie de proyecciones, intereses, deseos, propuestas e inversiones tanto académicas como políticas. Por tanto, en poco tiempo, la representación construida por los especialistas se convirtió en una de las principales preocupaciones de los científicos sociales en el Perú. La presente investigación - que presentamos para obtener el Grado de Licenciado en Antropología - analiza esta compleja coyuntura en el desarrollo del conocimiento social sobre nuestro país.

El trabajo se encuentra estructurado de la siguiente manera: luego de la presentación, en la parte II describimos la problemática de estudio, planteamos la hipótesis, los objetivos y explicamos la metodología empleada. La parte III corresponde al marco teórico, en él realizamos una revisión de los principales textos acerca de los migrantes en un espacio temporal que va desde la década de 1950 hasta los años 80, describiendo sus características y los principales referentes teóricos utilizados. Además, presentamos nuestra propuesta de investigación, es decir las herramientas de análisis y cómo las utilizamos para acercarnos al problema de estudio. En el punto IV estudiamos los principales

² En el sentido utilizado por Benedict Anderson (2000)

cambios sucedidos en el Perú a partir de la segunda mitad del siglo pasado, y cómo ésta nueva dinámica sociocultural se vincula con la producción del conocimiento, a través de los discursos académicos que van surgiendo sobre los sectores urbanos populares de origen andino. Lo que mostramos en esta parte es cómo se construyó un objeto de estudio específico, cómo emergió un referente empírico en el nuevo escenario urbano y en qué condiciones se desarrollaron los discursos en torno a él. En otras palabras, exploramos la constitución de los migrantes como una problemática.

El punto V analiza la manera en la cual durante los años 80 se convirtió a los sectores populares en sujeto político democrático, capitalista y moderno. Es decir, describimos el momento de una transformación, de una ruptura, de un punto de quiebre en las percepciones acerca de nuestra realidad popular. Finalmente, la sexta parte reúne nuestras conclusiones sobre el tema.

Las primeras ideas para la investigación surgieron en el año 2000 cuando en el pregrado llevé el curso Antropología Urbana dirigido por Jurgen Golte y Pedro Jacinto Pazos. Mis preocupaciones se originaron por el hecho siguiente: cómo explicar que sociólogos y antropólogos tuvieran una mirada tan diferente del mismo fenómeno, es decir, las migraciones. Ello llevó a preguntarme acerca de las condiciones sociales que limitan y propician los discursos académicos. Luego se convirtió en el proyecto de tesis para optar la licenciatura, pero, por

motivos personales, debió ser postergada su elaboración final hasta el año 2005 cuando, en la Maestría de Antropología, parte de su contenido fue discutido en el curso Temas en Antropología a cargo de Ludwig Huber y presentado, también en parte, como ensayo en el curso Antropología Peruana a cargo de Sabino Arroyo. Es al finalizar la maestría que decido culminar este proyecto para cerrar una etapa personal excesivamente prolongada. De esta manera tomó forma la presente tesis.

Finalmente, quiero agradecer a Mirko Solari quien leyó el primer borrador realizando comentarios muy puntuales y, especialmente, al profesor Romel Plasencia, pues desde el 2007 cuando aceptó ser asesor de la presente tesis su colaboración académica ha sido valiosa, así como constante su preocupación. A pesar de ello, las limitaciones que pudiera presentar el trabajo son responsabilidad exclusiva del autor.

II. INTRODUCCIÓN

2.1. Problema

La dinámica sociocultural experimentada por el Perú en la segunda mitad del siglo XX no puede ser comprendida sin tomar en cuenta los cambios que introdujeron las migraciones del campo a la ciudad. Las consecuencias de ésta experiencia histórica han sido determinantes en la configuración del Perú actual. En medio de este contexto, las precarias bases institucionales del país no se encontraban preparadas para constituir una nación emergente y heterogénea. La consecuencia de ello fue el “desborde popular” que en pocas décadas se produjo en todos los ámbitos del denominado “país oficial”. Mientras que el espacio urbano devenía aceleradamente en el centro de las contradicciones - políticas, sociales, culturales, económicas y religiosas. - de nuestra sociedad; la población migrante andina de los sectores urbanos populares y sus experiencias ciudadinas, fueron convirtiéndose en la principal preocupación de las reflexiones y las investigaciones académicas.

Al convertirse el Perú en un país predominantemente urbano, las transformaciones socioculturales en las principales ciudades alteraron la dinámica de los cambios y aumentaron la complejidad de nuestra sociedad. Este es el nuevo escenario interno en el cual las ciencias sociales van a concentrar progresivamente su atención, teniendo como objetivo la exploración de los fenómenos culturales que irrumpían en las ciudades. A partir de este momento, los principales discursos académicos y políticos comenzaron a ser elaborados e instrumentalizados en torno de las instituciones, colectividades, grupos sociales, clases e individuos que interactúan en las principales urbes, especialmente en Lima.

Así como las poblaciones indígenas / campesinas fueron representadas de múltiples formas por parte de las elites políticas e intelectuales convirtiéndolas en su objeto principal de observación, de estudio y de experimentación; los migrantes, desde la década de 1950, accedieron a tan importante status. Es decir, en medio de este proceso de cambios acelerados, la preocupación por las poblaciones indígenas fue desplazada. Tal vez sea más apropiado decir que cambió de posición / status en el escenario de los acontecimientos así como en el imaginario de los estudiosos. No nos estamos refiriendo al hecho que las poblaciones indígenas dejaran de ser estudiadas, sino a que la mirada académica mudó de posición, por tanto de perspectiva. En otras palabras, lo que sucedió con la preocupación científica por los indígenas y las comunidades campesinas es lo que Slavoj Žižek (2006) denomina una “visión de paralaje”;

es decir el desplazamiento aparente de un referente propiciado por una nueva posición del que observa.

Este es un momento importante en el desarrollo del conocimiento de nuestras ciencias sociales, pues no solo se produce un giro en las percepciones de los especialistas y en los discursos académicos; sino que además ocurrió una ruptura, es decir se construyó un nuevo sujeto / objeto de conocimiento: el migrante andino. Esta nueva situación implicaba la necesidad de conocer profundamente el referente empírico; debía investigarse todo lo que era posible estudiar acerca de él: desde los procesos de adaptación y cambio sociocultural que debieron enfrentar en la ciudad hasta sus principales manifestaciones artísticas, religiosas, políticas, legales, educativas, biológicas, económicas e incluso sexuales. A partir de este momento, para un importante sector de la academia, los migrantes fueron convertidos en el referente empírico central, resultando necesario explorarlos exhaustivamente.

Ahora bien, durante la década de 1980 se produce una configuración singular del nuevo sujeto: para un sector importante de la comunidad científica – nos interesa especialmente el caso de los antropólogos - estos migrantes urbanos populares se convirtieron en los principales agentes de la democratización y la modernización del país. Nos encontramos aquí ante un umbral. Es el momento de un giro en el desarrollo del conocimiento sobre nuestra realidad histórico – política, pues permitió la irrupción de un sujeto como agente principal de la praxis social y del devenir histórico. De grupos marginales y potencialmente peligrosos para el orden existente – como fueron descritos inicialmente por

parte de los economistas y los sociólogos - devinieron en fundamentales para el desarrollo y progreso nacional; es decir, los migrantes se convirtieron en el agente principal del proceso democratizador y modernizador que experimentaba o debía experimentar el Perú.

De esta dinámica pretende dar cuenta nuestro estudio. Es decir, del momento y las condiciones que hicieron posible la emergencia en los discursos académicos de los migrantes como sujeto democrático y moderno. **Nos situamos en el momento específico de su aparición, de su irrupción, de su transformación como idea hegemónica en las ciencias sociales,** quedando al margen de nuestra investigación su ulterior desarrollo, características y posibles derivaciones.

En términos personales ha sido un estímulo para nuestra labor el hecho que los análisis sobre los discursos académicos a partir de sus interrelaciones con el nivel político sea un escenario poco escudriñado. Pensamos que el problema principal para abordar esta temática es el hecho de encontrarse de por medio los intereses tanto de las elites políticas como de las elites del conocimiento (Van Dijk 1998). Es precisamente por ello, que dicho escenario, al margen de constituir una limitación, se convirtió en el principal incentivo para nuestra investigación.

2.2. Preguntas

2.2.1. General

- ¿Cómo se vinculan las relaciones de poder y la producción teórica – práctica en las ciencias sociales?

2.2.2. Específicas

- ¿Qué cambios socioculturales propiciaron la emergencia y el desarrollo de los discursos académicos acerca de los migrantes andinos en Lima?
- ¿Cómo emergió hegemónico el sujeto democrático y moderno en los discursos académicos durante la década de 1980?

2.3. Objetivos

2.3.1. General

- Determinar los vínculos que existen entre las relaciones de poder y la producción del conocimiento en las ciencias sociales.

2.3.2. Específicos

- Explicar los cambios socioculturales que propiciaron la emergencia y el desarrollo de los discursos acerca de los migrantes andinos en Lima.

- Analizar la hegemonía del sujeto democrático y moderno en los discursos académicos durante la década de 1980.

2.4. Hipótesis

La idea cardinal sobre la cual nos sostenemos es que entre el nivel político y la producción teórica – práctica de las ciencias sociales existe una interdependencia intrínseca, un vínculo inherente que los produce y reproduce recíprocamente. En este sentido, planteamos que la emergencia así como el desarrollo de los discursos académicos sobre los migrantes, constituyeron una construcción cultural realizada por los especialistas que permitió la instrumentalización y proyección de dicha realidad.

El contexto sociocultural de este proceso fue los cambios que experimentó el Perú a partir de 1940: expansión del capitalismo (ampliación de las relaciones capitalistas, industrialización por sustitución de importaciones, desarrollo de mercados internos, etc.), crisis de la agricultura andina (desequilibrio de la relación hombre – tierra), aumento demográfico, masivas migraciones del campo a la ciudad, urbanización del país, proyectos de modernización “desde arriba”, que convirtieron a las zonas urbanas – especialmente a Lima - en el centro de las contradicciones sociopolíticas del país; es decir en el espacio decisivo de las luchas y, por tanto, en el lugar principal del biopoder.³ De forma

³ En la parte IV desarrollamos éste concepto.

concomitante a estas dinámicas, la reflexión y producción académica se orientó hacia los migrantes andinos de la ciudad capital, convirtiéndolos en su principal referente empírico. En otros términos, la población urbana popular se convirtió en el principal objeto de exploración científica y de preocupación política.

En los diversos estudios urbanos, los sectores populares fueron representados como marginales, conflictivos, peligrosos y, en muchas oportunidades, alternativos para el orden existente. Pero, luego, dicha percepción fue subordinada por una que ponía énfasis en el potencial democratizador y modernizante de dichos sectores. Es durante la década de 1980 que ocurrió el cambio en el modelo explicativo utilizado para analizar a estos pobladores de origen andino. A partir de entonces, se produce la transición de los migrantes de sujetos marginales y conflictivos hacia la condición de sujetos democráticos, capitalistas y modernos. En una perspectiva más amplia e histórica, se transitó – en los discursos - del campesino andino capaz de enlazar sus prácticas colectivistas con los principios del socialismo y del poblador urbano marginal predispuesto para la lucha de clases, hacia el migrante como sujeto popular democrático y “espíritu” capitalista.

Por ello planteamos que la emergencia en los discursos académicos de un sujeto popular de origen andino, cuyos valores culturales recreados en la dinámica urbana se enlazaban con el proceso democratizador que debía experimentar el país, constituyó una discontinuidad en el desarrollo del conocimiento social de nuestra realidad. Este corte debemos entenderlo como parte de una dinámica de cambios múltiples, que implicaba transformaciones

ocurridas en el escenario internacional así como sus interrelaciones con el ámbito interno. En otros términos, dicha discontinuidad debemos entenderla como una construcción teórica – práctica que emergió como parte activa de las modificaciones que ocurrieron en las relaciones de poder globales y sus múltiples interdependencias con las relaciones de poder nacionales y locales.

En síntesis, lo que planteamos es que en un determinado momento, en una coyuntura específica, los migrantes fueron convertidos en el elemento catalizador de las preocupaciones científicas y políticas, generándose la necesidad de explorarlos totalmente, de escudriñarlos permanentemente en todas sus expresiones y manifestaciones. En medio de este proceso procedió su conversión en sujeto político, en agente social portador de un orden alternativo. El punto es que este sujeto encarnaba una especificidad: los valores democráticos, capitalistas y modernos. De esta manera, los migrantes fueron convertidos en el elemento primordial que consagraba una historia iniciada con la fundación de la República liberal, que se mantenía incompleta, como una promesa y una posibilidad hasta el presente, por constituir una “nación inconclusa”.

Esta transición la podemos ver en las ciencias sociales en general y, de manera particular, en los discursos antropológicos. La preocupación por la cultura y sus interrelaciones permitió a la antropología enlazar el emergente contexto urbano local con los procesos de cambio que venían ocurriendo tanto externamente como internamente. Pensamos que la mirada antropológica por su fidelidad a los procesos culturales se encontraba en mejores condiciones

para plantear explicaciones renovadoras a la cada vez más intensa dinámica que vinculaba lo global, lo nacional y lo local. No obstante ello, la construcción del sujeto democrático fue un fenómeno interdisciplinario que hasta el día de hoy resulta común a todos los discursos académicos.

2.5. Justificación

Por tratarse de una investigación cualitativa los principales aportes de nuestro estudio se encuentran en los fundamentos teóricos que postula como herramientas para el análisis del problema planteado, así como la reflexión crítica que propone para la antropología y sus formas de producir conocimiento. A partir de la conversión del migrante en sujeto democrático demostramos la interdependencia que existe entre las relaciones políticas y la construcción del saber, evidenciando y exponiendo el carácter coyuntural del conocimiento. Consideramos imprescindible conocer la dinámica del binomio poder - saber así como mostrar sus métodos, estrategias y formas de instrumentalización de la realidad porque, de esta manera, colaboramos a poner sobre el tapete una de las formas más antiguas de control y gobierno sobre la conducta de los seres humanos: el conocimiento especializado.

Además de ello, al ofrecer una lectura crítica de una parte de la producción antropológica y de las ciencias sociales en general pretendemos cubrir un vacío – y además silencio – importante; nos estamos refiriendo a poner el conocimiento especializado en perspectiva, es decir, convertir el saber

institucionalizado en objeto de estudio, pero a partir de sus interacciones con el nivel político.

2.6. Metodología

Nuestra investigación se caracteriza por ser analítica y reflexiva. Como hemos señalado, se trata de una investigación cualitativa, en la que nos interesa la descripción del fenómeno estudiado a partir de sus características y de las interrelaciones que entre ellas se produce. Logramos esto por medio de conceptos que enlazamos e interrelacionamos otorgando coherencia interna a la investigación. De igual manera, somos conscientes que, a la vez, nos encontramos construyendo, por tanto, actuando sobre la realidad estudiada.

Nuestro estudio es un análisis de los discursos; **en forma específica analizamos los discursos académicos**, es decir los producidos por la comunidad del conocimiento y para ello recurrimos al “**método arqueológico**” planteado por Michel Foucault.⁴ Como se trata de un estudio de los discursos producidos por el mundo académico resultaba fundamental para la investigación la determinación de los referentes textuales. Pero, como no se trata de un exhaustivo balance bibliográfico, ni busca realizar una esquematización de los estudios realizados, así como tampoco es un intento por recolectar toda la información posible acerca de la problemática, hemos seleccionado los textos que son los más representativos y, que, además, expresen mejor nuestra propuesta de investigación.

Lo central para poder entender nuestra forma de analizar los discursos es lo siguiente: **no nos preocupa el análisis de lo que decía el autor sino del espacio en el cual lo decía. Tampoco nos interesa el “verdadero” pensamiento del autor ni su correspondencia con los hechos, sino las relaciones sociales que permitieron los enunciados y la validez de los discursos; es por esta razón que no interpretamos un texto o un especialista de manera específica.** En este sentido, la definición de las citas para el capítulo principal (parte V) se sustenta en nuestra perspectiva teórica y, obviamente, en criterios subjetivos.

Para el análisis principal nos centramos en los años ochenta, porque es durante este período en el que se constituye como hegemónico el sujeto democrático y moderno. El retorno a la democracia del país en 1980 junto al inicio de la lucha armada por parte de Sendero Luminoso, constituyeron dos procesos principales para entender el contexto productivo de los discursos; en este mismo sentido, consideramos que 1992 marcó un hito en el modelo explicativo por el apoyo que brindaron los sectores populares – expresado en las encuestas - al gobierno autoritario y “dictatorial” de Alberto Fujimori, después de los acontecimientos del 5 de Abril (Rochabrún 1994). Sin embargo, debemos considerar que en un análisis de los discursos las fechas en lo referido al inicio y al final de una etapa son relativas, pues la construcción de los discursos resulta un encadenamiento que se nutre de los significantes previamente existentes en el universo enunciativo.

⁴ Describimos el “método arqueológico” en la tercera parte al presentar nuestra propuesta de análisis.

Asumimos que el privilegiar un marco teórico – metodológico implica exponer el trabajo a un conjunto de limitaciones. Así por ejemplo, al concentrarnos en el fenómeno urbano capitalino quedan al margen de nuestros intereses la situación de los migrantes en las demás regiones del país. Por otra parte, en términos estrictamente antropológicos, nos distanciamos de su principal método: la elaboración de un texto basado en un trabajo de campo que implica la observación participante del investigador. Al respecto, creemos que resulta necesario realizar una “antropología de gabinete”, pero diferente a la tradicional; es decir, no la que habla de lo ignoto sino la que aprovecha los medios que brindan los recursos tecnológicos contemporáneos y complementa el “estar allí”. No se trata de abandonar el trabajo de campo y la elaboración de etnografías, pues entendemos que han sido y continuarán siendo fundamentales para el desarrollo de la ciencia antropológica. Además, consideramos que la riqueza de la interacción directa, propia del método antropológico, resulta insuperable para acceder al conocimiento social. Es decir, no existe mejor manera de vincular las diferentes perspectivas – emic y etic – que intervienen en el proceso de producción del conocimiento, por tanto nos parece una de las formas más propicias de acercarse y comprender los fenómenos socioculturales del presente.

No obstante ello, **la observación participante así como la producción etnográfica no son excluyentes de otras formas de acercarse a los hechos desde la antropología.** Cuando decimos una “antropología de gabinete”, no nos referimos a la “antropología tradicional” desarrollada por los precursores de esta ciencia. Por el contrario, nos referimos a un conocimiento

que explore el conocimiento, que reflexione sobre lo realizado y pueda enriquecer el trabajo de campo. Sin duda, esto es algo que se practica, pero no precisamente en sus vínculos específicos con las relaciones de poder. Para la antropología dicha interacción es muy importante, pues su inclinación al trabajo de campo la expone directa y permanentemente a la acción de las fuerzas heterogéneas y contradictorias que se desplazan en el espacio social. ¿Puede existir alguna actividad más política que la del antropólogo?: creemos que no, puesto que el antropólogo siempre “está adentro”, comprometido, por su posición debe permanentemente decidir y elegir. Esta condición nos pone frente al reto de, en ocasiones, dejar el campo y profundizar el análisis de lo representado.

III. BASES TEÓRICAS

3.1. Balance bibliográfico

En esta parte revisaremos los principales trabajos realizados acerca de los migrantes andinos de los sectores populares en Lima. No se trata de un balance exhaustivo que intenta abarcar la totalidad de la producción sobre el tema; lo que nos ha interesado son los textos más representativos. La ordenación temática en etapas es básicamente cronológica y abarca dos momentos: las décadas de 1950 y 1970 y, luego, los años ochenta. Por otra parte, se trata de un ejercicio crítico que además de destacar las principales características teóricas y metodológicas que orientaron dichos trabajos pone en evidencia sus limitaciones. Creemos importante señalar que al realizar el análisis incidiremos en determinadas características y elementos soslayando otras, ello responde estrictamente a las motivaciones de nuestra investigación.

3.1.1. Dicotomía entre lo andino y lo occidental

Desde una perspectiva macrosocial, en la mayor parte de las ciencias sociales predominó la visión dualista sobre nuestra realidad. Esta se basaba en la dicotomía campo/ciudad que tomaba en cuenta las características y los diferentes niveles de articulación de los espacios histórico culturales locales, regionales y nacional. Se percibía el Perú compuesto por espacios con diferentes niveles de desarrollo y, por tanto, con características propias de articulación al escenario mayor: el sector moderno capitalista. La existencia de “desarrollos culturales regionales” desiguales permitía la hegemonía de determinadas zonas con respecto a otras; en este sentido, las áreas urbanas y capitalistas ejercían el control y la hegemonía sobre las zonas rurales que aparecían como las dominadas y dependientes. Esta forma interna de articulación era la consecuencia de un sistema mundial de dominación en el que el Perú aparecía como un país dependiente y subordinado.

En lo que se refiere a la antropología, desde su institucionalización como disciplina académica con la fundación del Instituto de Etnología y Arqueología de U.N.M.S.M. en 1946, sus primeros trabajos tuvieron como tema principal la cultura andina a partir de investigaciones sobre el Folklore, la aplicación de proyectos de desarrollo y el estudio las comunidades campesinas. Se trataba de “señalar y estudiar los elementos culturales e institucionales autóctonos que superviven en los sectores tradicionales de la sociedad peruana” (Aramburú 1978). Es necesario recordar que los estudios sobre el Folklore ya tenían un importante desarrollo a partir del impulso regionalista propio de las provincias.

En este sentido, el objeto específico que la antropología delimitó para sus fines teóricos y prácticos fue la comunidad campesina.

Desde sus años iniciales el espíritu práctico de la antropología le permitió la realización de programas de aplicación que buscaban propiciar el desarrollo en las comunidades campesinas que servían como escenario para los experimentos. Estos proyectos se produjeron como parte de la estrategia implementada por los E.E.U.U. para impedir el avance del comunismo. El Proyecto Perú – Cornell (1952) fue el más importante de los programas implementados durante esta época y contó con la participación, además de la Universidad de Cornell (EEUU), de la Universidad de San Marcos y el Instituto Indigenista Peruano creado por Luis E. Valcárcel. Este proyecto se ejecutó en cinco comunidades indígenas ubicadas en Canadá, India, Tailandia, EEUU y el Perú; en nuestro caso se trató de la comunidad de Vicos, ubicada en Ancash. No obstante los ambiciosos objetivos modernizadores el proyecto terminó a la deriva en medio de un contexto violento originado por las movilizaciones campesinas que al reivindicar sus tierras pusieron en jaque al sistema de haciendas.

Las herramientas teóricas y metodológicas utilizadas por la antropología durante sus iniciales investigaciones tuvieron fuerte influencia de los conceptos y postulados de la antropología cultural norteamericana, que se centraba principalmente en el estudio del cambio y el contacto cultural. Dichas investigaciones describieron los procesos de aculturación operados en las comunidades tradicionales ante el avance de la sociedad capitalista y los

cambios que se operaban en los migrantes al llegar a Lima. Ante la creencia predominante que el Perú se encontraba en un proceso de transición inevitable hacia una sociedad urbana, moderna y de talante occidental, la preocupación principal de los antropólogos fue determinar las invariantes culturales y elaborar un “inventario” de las expresiones culturales andinas que pervivían.

Es por ello que fueron primordializados tanto la cultura andina como el migrante serrano en la ciudad capital. Esto es explicable si consideramos que en los principales discursos – especialmente en la sociología - predominaba cierta visión negativa de las posibilidades de desarrollo del mundo andino, pues no solo se encontraba expuesto a la extinción cultural, sino que además lo componían elementos y valores culturales contrarios al proceso modernizador que el país experimentaba. Frente a esta lectura, los estudios antropológicos buscaron rescatar el legado cultural andino como factor fundamental para la adaptación en la urbe de los “nuevos limeños”.

En este contexto, teniendo como telón de fondo la diversidad social y cultural de las ciudades así como el creciente fenómeno de la migración interna, se desarrollaron los estudios urbanos. Los iniciales trabajos realizados por la antropología urbana tuvieron como interés dos fenómenos de raíces andinas que aparecían en Lima: las invasiones de terrenos públicos y privados que originaban barriadas en los alrededores de Lima metropolitana y las asociaciones de provincianos que comenzaron a aparecer durante la segunda mitad de la década de 1950.⁵

⁵ Entre la bibliografía acerca de las barriadas en Lima destacan la investigación de José Matos (1977): *Las barriadas de Lima 1957* y el trabajo de David Collier (1978): *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*. En lo

Las barriadas fueron, durante los primeros años de las migraciones, la principal forma de ocupación del espacio por parte de los migrantes. A partir de ellas se estudiaron a sus pobladores, las motivaciones que tuvieron para abandonar sus lugares de origen y la adaptación cultural al espacio urbano. Mientras tanto, las investigaciones etnográficas sobre las asociaciones de provincianos nos mostraban estos lugares como el “refugio” propicio para que los migrantes pudieran recrear sus costumbres, sus prácticas sociales y mantener sus vínculos con el lugar de origen. Algunos estudiosos como Mangin y Doughty pusieron énfasis en los aspectos positivos de los clubes provincianos para la socialización del migrante en la ciudad, mientras que F. Jongkind resaltaba las contradicciones y los conflictos al interior de estos lugares y cuestionaba la supuesta funcionalidad de los clubes regionales en Lima.

Además de resaltar el rol prevaeciente de la cultura andina como estrategia para la adaptación en Lima, se estudiaron las relaciones de parentesco, la importancia del compadrazgo, los vínculos de solidaridad y reciprocidad; es decir, los elementos que unificaban a los provincianos y les facilitaban su inserción en la “gran ciudad”. Sin embargo, el proceso de adaptación también presentaba nuevos retos y problemas que cotidianamente debían enfrentar los migrantes, como por ejemplo: falta de viviendas, carencia de servicios básicos, pobreza, marginación, racismo, desempleo, división familiar, falta de capacitación laboral, deficientes niveles de escolaridad, etc. Frente a estas

referido al estudio de las asociaciones de provincianos destacan los trabajos realizados por Teófilo Altamirano: Estructuras regionales, migración y formación de Asociaciones Regionales en Lima Metropolitana (1977); Presencia andina en Lima Metropolitana: estudio sobre migrantes y clubes de provincianos (1984). También se puede revisar a Paul Doghty (1978): El caso de las Asociaciones Provinciales Voluntarias de Lima: algunos problemas metodológicos y de interpretación; F. Jongkind (1971): La supuesta funcionalidad de los clubes regionales en Lima; y William Mangin (1964): clubes de provincianos en Lima.

nuevas circunstancias que experimentaban los provincianos la cultura andina, dentro de la perspectiva antropológica, aparecía como “transvasada” del campo a la ciudad resultando primordial para concretar una exitosa adaptación.

Esta visión positiva perdía de vista parte de las relaciones de poder en medio de las que ocurre la producción cultural, además soslayaba los problemas individuales y colectivos que padecían los provincianos en los barrios marginales de Lima.⁶ Estos estudios constataron el incremento de las conductas depresivas y violentas así como de actitudes pesimistas entre los provincianos. La desintegración familiar, la baja autoestima del poblador, el alcoholismo, etc. eran conductas recurrentes entre los provincianos en Lima, quienes más que sentar las bases del progreso estaban enfrascados en una lucha cotidiana por sobrevivir. En consecuencia, los valores colectivos andinos se desvirtuaban en una urbe individualista y excluyente dificultándose la integración de los provincianos, pero no solo ello, sino que aparecían en franca confrontación con el nuevo escenario social.

Durante la década de 1970 la influencia del marxismo y de la teoría de la dependencia en la reflexión sobre la realidad latinoamericana fue predominante. Los estudios en los que se planteaban la base económica como determinante de la sociedad ocuparon la mayor parte de las preocupaciones académicas. Entre los temas principales los científicos sociales privilegiaron las relaciones que establecían los países centrales con los periféricos, el desarrollo y su vinculación con el subdesarrollo, los procesos ideológicos, el conflicto

entre clases sociales y las luchas por la liberación nacional. Esta perspectiva de análisis, en la que predominaba el enfoque socioeconómico, se distanciaba de las investigaciones antropológicas que, por su talante culturalista, presentaba al mundo andino desvinculado de las contradicciones sociales, las relaciones de poder y las influencias de la capital.

El marxismo y la Teoría de la Dependencia elaboraron una lectura clasista e ideológica del fenómeno urbano popular. Los procesos migratorios fueron entendidos como consecuencia del subdesarrollo del país y su condición de economía dependiente con respecto a los capitales transnacionales. La penetración de los capitales extranjeros (imperialismo) desarticulaba las formas tradicionales de organización andina agudizando la crisis del agro que terminó expulsando a miles de campesinos desposeídos hacia las ciudades. Estos provincianos en Lima debido a sus bajos niveles de escolaridad, a la falta de capacitación técnica que ostentaban y a los límites que imponía un crecimiento capitalista dependiente, no podían ser absorbidos por la estructura productiva nacional. Por tanto, se convirtieron en los marginales de un incipiente y dependiente proceso de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). La consecuencia de todo ello era el aumento de las tasas de subempleo y desempleo, expandiéndose vertiginosamente la pequeña producción mercantil y los trabajos artesanales al margen de la legalidad existente. Es en este contexto que se comienza a utilizar la noción de “economía informal” como parte de una visión sectorial del problema. Es decir, la existencia de dos sectores económicos funcionando de manera paralela: el

⁶ Las investigaciones auspiciadas por el Departamento de Higiene Mental del Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social a cargo de Baltazar Caravedo, Humberto Rotondo y Javier Mariátegui publicados

formal y el informal; este último “compuesto por unidades económicas caracterizadas por su escaso nivel de capitalización, uso de tecnologías simples, baja calificación de la mano de obra empleada, entre otras variable” (Adams y Valdivia 1991: 21).

La preocupación por el estudio de los conflictos, por las transformaciones políticas así como la asunción que las variaciones en el rumbo de los pueblos pasaba fundamentalmente por las modificaciones en la base económica, tuvieron como consecuencia que los temas culturales fueran soslayados. No obstante ello, podemos destacar dos aportes importantes: el de Aníbal Quijano y el de Augusto Salazar Bondy.⁷ El primero estudió desde una perspectiva marxista el proceso de dominación cultural y el surgimiento de un nuevo sujeto urbano, marginal y en transición: el cholo; se trataba de una aplicación de la teoría clasista al problema de la identidad cultural en el país. Para Quijano la cultura formaba parte de la estructura de la lucha de clases; la producción cultural se debatía entre la uniformidad que promueve el imperialismo y la diversidad propia de los pueblos y grupos sociales. Para él, la diversidad cultural solo podrá expresarse en su plenitud si es parte de un proceso de liberación social. Mientras tanto, Salazar Bondy, en una línea afín de análisis, planteaba que la cultura peruana expresaba la situación de subordinación de la sociedad peruana con respecto a los países centrales, por tanto, constituía una cultura de la dominación en la que predominaban la inautenticidad y la distorsión de los valores, en una evidente situación de alienación cultural. Frente a los estudios funcionalistas de la antropología cultural, ambos

como Estudios de Psiquiatría social en el Perú (1963).

entendieron la producción cultural como un problema que formaba parte de las relaciones de poder, la lucha de clases y los procesos ideológicos. Al margen de sus innegables valores académicos, el problema mayor de esta perspectiva radica en que en sus análisis las interacciones culturales quedaban subordinadas por los fenómenos políticos y económicos, es decir, se perdía de vista el rol productivo de la cultura.

En síntesis, durante estas décadas encontramos diversidad de enfoques y perspectivas teóricas para abordar el fenómeno urbano popular. En los estudios antropológicos la principal influencia fue el culturalismo norteamericano. Por otra parte, la cultura andina fue esencializada y los migrantes con sus desplazamientos hacia Lima se convirtieron en los agentes activos del continuo campo – ciudad. El marxismo también influyó en los estudios antropológicos, sin embargo mayor impacto generó entre los sociólogos y los economistas quienes privilegiaron en sus análisis el conflicto social, las contradicciones del proceso capitalista y la marginalidad del migrante.

3.1.2. El “triunfo” de la cultura andina

La década de 1980 representó para las ciencias sociales un cambio fundamental de posiciones que pretendió:

⁷ Aníbal Quijano (1980): Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú; Augusto Salazar B. (1969): La cultura de la dominación.

“(…) un giro temático, teórico y metodológico (…) cuando los científicos sociales peruanos comenzaron a preocuparse cada vez menos por los problemas “estructurales”, para interesarse más en aquellos fenómenos vinculados a las experiencias, valores, ideas y sentimientos de los actores sociales” (Cortázar 1992: 164).

El debate en las ciencias sociales evolucionó desde la preocupación por fenómenos como la dominación – tanto interna como externa – y las relaciones de dependencia económica hacia el estudio de los individuos, los grupos humanos, y las colectividades específicas como agentes generadores de interacciones sociales y de identidades. Como señala Cortázar se abandonaron conceptos, categorías, y convenciones muy importantes utilizadas para definir los fenómenos sociales durante las décadas previas: estructura económica y política, clases sociales, Estado, poder, dominación, imperialismo, revolución, etc.; para centrarse en otros conceptos – en algunos casos nuevos aportes - que van a ser predominantes a partir de la década de 1980: cultura, ciudadanía, movimientos populares / sociales, mentalidades, subjetividad, individuos, etc.

En términos antropológicos se privilegió la perspectiva cultural. Para ser más precisos, debemos reconocer que la antropología peruana desde sus orígenes se mantuvo fiel y nunca abandonó a la cultura como su objeto principal de estudio. Es probable que, debido a ello, desde la disciplina sociológica se viera con ciertos “aires de superioridad” a la antropología, pues los sociólogos se preocupaban por los problemas estructurales de la sociedad, que eran

considerados los temas determinantes para el cambio social. Pero, con la renovación teórica de los años 80, la perspectiva cultural ganó en importancia frente al análisis socioeconómico y con ello la antropología recuperó espacios en los debates sobre nuestra realidad.

A partir de esta nueva posibilidad interpretativa la cultura andina pierde su valencia negativa, por tanto, ya no es percibida como contradictoria ni opuesta a la modernidad, sino como funcional y necesaria para una modernidad con rasgos propios, singular. Las características culturales andinas ya no se encontraban destinadas a extinguirse o a ser “rescatadas” como vestigios para museos, pues habían demostrado a través de su principal agente social – el migrante - gran capacidad para recrearse y renovarse en el nuevo contexto sociocultural del país.

A la luz de las nuevas herramientas analíticas, los especialistas destacaron los valores culturales que permitieron no solamente una inserción e integración exitosa al espacio urbano; sino que, además, dichos valores culturales resultaban fundamentales para el desarrollo económico, la consolidación democrática, la construcción de la identidad nacional y la modernización del país.⁸

⁸ Los textos más representativos de esta tendencia interpretativa: Carlos I. Degregori, Cecilia Blondet y Nicolás Lynch (1986): *Conquistadores de un Nuevo Mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres*; Jürgen Golte y Norma Adams (1987): *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la Gran Lima*; José Matos Mar (1988): *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú de la década de 1980*; Carlos Franco (1991): *La Otra modernidad. Imágenes de la sociedad peruana*; Manuel Marzal (1989): *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la gran Lima*; Norma Adams y Néstor Valdivia (1991): *Los Otros empresarios. Ética de migrantes y formación de empresas en Lima*; Enrique Rodríguez (1994): *Entre el campo y la ciudad. Estrategias migratorias frente a la crisis*; etc.

En cuanto a la cultura criolla que caracterizaba a la ciudad capital, ésta no solamente había sido redefinida por los valores de la cultura andina, sino también había sido regenerada en sus elementos históricamente más perniciosos como su carácter rentista, espíritu burocrático y poca inclinación a las actividades productivas. En este momento nos encontramos frente al “triumfo” de la cultura andina colectivista, recíproca, plural y democrática sobre una cultura criolla rentista, individualista y excluyente. En consecuencia, la cultura e identidad nacional en formación resultaban de un proceso con múltiples interacciones e influencias recíprocas entre ambas raíces culturales, pero con claro predominio de los valores culturales andinos.

El avance de los sectores populares no solo alteraba el escenario político, sino que además modificaba las relaciones económicas incrementándose notablemente la microempresa y el sector informal. Durante los años ochenta se produjo un crecimiento llamativo del sector informal llegando a implementarse desde el gobierno de turno - primer período de Alan García - “algunas políticas de apoyo al sector informal, principalmente centradas en el acceso al crédito” (Adams y Valdivia 1991: 22). Es por estos años que surge la propuesta del Instituto Libertad y Democracia (ILD) dirigido por Hernando de Soto⁹; se trata de una propuesta neoliberal que denuncia la existencia de una excesiva legislación como la raíz del problema de la informalidad. En otros términos, el sector informal es entendido como un espacio al margen del orden legal existente (Adams y Valdivia 1991). En cuanto a los pobladores, De Soto pone énfasis en destacar el individualismo, el espíritu empresarial, el afán de

inversión y lucro que ostentan por encima de las tendencias colectivistas. A la luz de esta perspectiva, podemos arribar a la conclusión que los sectores populares constituyen una fuerza creativa e impulsora del desarrollo capitalista, pero cuya fuerza y vitalidad se ve truncada por la ineficacia del Estado y su estructura burocrática.

La inserción económica de los migrantes al circuito mercantil capitalista de la ciudad, así como el éxito de muchos empresarios de origen provinciano era evidente y entusiasmaba a gran parte de la academia. Las relaciones de parentesco, el compadrazgo, los vínculos de solidaridad y reciprocidad entre paisanos se habían erigido en pilares para constituir una “ética migrante” productora, de profundas raíces campesinas que se articuló funcionalmente con las relaciones hegemónicas permitiendo el éxito de los provincianos en la capital.

En este contexto de análisis no tardó el migrante en ser convertido en el sujeto principal de nuestra historia, en el agente central de las transformaciones sociales que se encontraban pendientes desde los albores de nuestra república liberal. En otros términos, “el sueño decimonónico que no pudieron hacer los abuelos criollos de la segunda mitad del siglo XIX, lo hacen ellos ahora” (Plasencia 2004: 148). Antes de los migrantes no habían podido concluir esta “tarea pendiente” - ya sea por medio de reformas o revolución social - ni los indígenas / campesinos, ni el proletariado, ni la clase media, ni las elites criollas y sus descendientes.

⁹ Al respecto ver: Hernando de Soto (1986): El otro sendero. Para una crítica de la perspectiva liberal de De Soto y, en general, de los diversos enfoques sobre la informalidad en América Latina ver Juan Pablo

En síntesis, la denominada “gran ciudad” – Lima - se mostraba “andinizada”, pues evidenciaba haber sido “conquistada” por los provincianos y sus descendientes de los sectores populares a través de sus estrategias culturales de raigambre campesina. La capital representaba un espacio múltiple, diverso, de “todas las sangres”; que expresaba una nueva cultura urbana de naturaleza sincrética y contradictoria, cuyo sustento fue la capacidad de los valores andinos para recrearse y asimilar lo positivo de la cultura urbana. Para decirlo en términos de José Matos (1988), Lima constituía la nueva conciencia nacional del país.

En la confrontación a la que nos remitía la dicotomía andino/criollo, la cultura andina resultó vencedora frente al proceso de aculturación que debió experimentar, reconstruyéndose en una nueva síntesis que se evidenciaba como la principal identidad del país.

3.2. La propuesta de análisis

Ahora explicaremos la manera cómo planteamos y utilizamos los conceptos fundamentales para la investigación. Nuestro estudio se sustenta en gran medida en las propuestas realizadas por Michel Foucault en su texto *La Arqueología del Saber*. Foucault es una referencia principal, por su “**método arqueológico**”, para analizar el surgimiento de los discursos. En esta línea, asumimos los discursos en la medida que son respaldados institucionalmente,

Pérez Sáinz (1991).

legitimándose no solamente por su correlato con la realidad, sino porque además forman parte de una comunidad organizada y reconocida que incluye y excluye, apertura y limita, como es la comunidad del conocimiento. En este sentido, no tomamos en cuenta los discursos – al margen de su coherencia y validez - que no procedan del medio académico.

Consideramos importante resaltar que en la comunidad científica no todos los enunciados forman discursos. En esta situación, los discursos se convierten en espacios de lucha y prácticas de poder, resultando fundamental para su definición las estrechas interacciones que se establecen entre la comunidad académica y la correlación de fuerzas sociales. Es por ello que nos interesa esencialmente la manera en que las relaciones sociales generan formas de saber, es decir el análisis del espacio en el cual se construyen y desarrollan los discursos académicos. Partimos de la idea que todo texto pertenece a un contexto en el cual se crea, se forma y se limita; pero no por ello pierde autonomía ni deja de ser productivo.

Finalmente, debemos dejar en claro que si bien es cierto nos basamos en las ideas propuestas por Foucault, también guardamos distancias en algunos aspectos que nos particularizan y autonomizan, ello se evidenciará en este acápite. En la convicción de que la mejor manera de aprovechar los aportes del conocimiento es asimilando, expectorando y regenerando, tomamos las singularidades de Foucault que se enlazan de la mejor forma posible con nuestra realidad y los objetivos de investigación. De la misma manera, también utilizamos los aportes teóricos desarrollados en las últimas décadas por la

antropología y las ciencias sociales en general. Lo que pretendemos es una investigación interdisciplinaria cuya propuesta escape a la rigidez conceptual que ocurre cuando no se tiene apertura para enlazar diferentes perspectivas.

3.2.1. Discurso

Actualmente ha cobrado gran importancia el análisis de los discursos sociales desde enfoques interdisciplinarios. Algunos llegan a plantear el análisis de los textos como una nueva disciplina capaz de integrar diferentes perspectivas académicas.¹⁰ El objetivo de la mayoría de estos análisis consiste en establecer las relaciones que existen o pudieran existir entre las estructuras de significación elaboradas por el emisor y el contexto social en el que se desenvuelve el sujeto portador del mensaje. En esta línea, asumen gran importancia las palabras, pues por medio de ellas es posible convencer, seducir, encubrir, manipular, destruir, etc. Es así que, los significantes articulados e intencionalmente emitidos constituyen discursos que forman parte y, además, redefinen las relaciones sociales de los individuos. Desde esta lectura se exploran en los discursos las características lingüísticas de los textos así como las características de la cultura desde la cual se habla.

Algo que evidencia la “nueva disciplina” es la ausencia de análisis de tipo político. Es probable que ello se deba a los intereses en juego de los grupos de poder y de las elites del conocimiento, siempre presentes en las coyunturas sociales. Esto explicaría por qué “los desafíos políticos e ideológicos

fundamentales son raros y han provenido especialmente de algunos de los grupos dominados” (Van Dijk 1998: 182).

Si bien es cierto, nuestro acercamiento a los discursos es fundamentalmente político, el análisis que realizamos se encuentra al margen de las estructuras lingüísticas, retóricas, estilísticas, etc. que puedan dar forma a los discursos sociales. Por ejemplo, Murillo (2004) señala que en el análisis textual de los discursos el objetivo es reconstruir la cultura y la ideología que no aparecen explícitas en los enunciados. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, **no se trata de encontrar una verdad que subyace al discurso y que deba ser evidenciada para descubrir y explicitar los verdaderos objetivos del texto y su autor.** Para nosotros la labor consiste en acceder al:

“(...) enunciado en la estrechez y singularidad de su acontecer; de determinar las condiciones de su existencia; de fijar sus límites de la manera más exacta, de establecer sus correlaciones con los otros enunciados que pueden tener vínculos con él, de mostrar que otra formas de enunciación excluye” (Foucault 2005: 45).

En este sentido, el objetivo principal es poder determinar las “condiciones de existencia” de los discursos. Dicho de otra forma, exploramos las “reglas de formación” que los hicieron posibles; dichas reglas “tienen su lugar no en la “mentalidad” o la conciencia de los individuos, sino en el discurso mismo”; es por ello que en la producción de los discursos siempre se impone “una especie

¹⁰ Teun Van Dijk (1998) propone el análisis de los discursos como una nueva disciplina.

de anonimato uniforme, a todos los individuos que se disponen a hablar en ese campo discursivo” (Foucault 2005: 102).

Es por ello que entendemos el discurso como un acontecimiento, es decir lo situamos y describimos en medio de la superficie en la que se construye y legitima, definiéndose en la coyuntura a la que pertenece. **Por otra parte, también asumimos el discurso como algo autónomo, esto quiere decir que no le pertenece a ningún sujeto creador ni institución representativa.** Por esta razón no se “trata de restituir lo que ha podido ser pensado, querido, encarado, experimentado, deseado por los hombres en el instante mismo en que proferían el discurso” (Foucault 2005: 235).

La producción de enunciados se encuentra delimitada por el control que ejercen las sociedades acerca de las posibilidades enunciativas. De igual manera, a la vez que se ofrecen una variedad de formas expresivas éstas siempre se encuentran limitadas por las reglas de producción discursiva que rigen en un determinado contexto. De ello se desprende el hecho que los discursos constituyen un instrumento de poder, pues “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha” (Foucault 1987: 12). Entonces, la verdad del discurso se encuentra presente en el mismo discurso, en sus enunciados y sus interrelaciones al margen de los sujetos creadores.

De esta forma, tal como lo entendemos nosotros, los discursos se construyen al articularse enunciados que se encuentran dispersos con el propósito de

definir, delimitar y representar un referente empírico específico. Esta construcción no constituye únicamente un acto del conocimiento, sino que se encuentra imbricada por formas específicas que corresponden al mismo desarrollo del conocimiento, pero también al nivel de las relaciones políticas. El acto de definir un referencial significa la posibilidad de constituirlo desde un sistema específico de producción del conocimiento, desde un “régimen de la verdad”; es decir se convierte en un acto de poder que somete el objeto a las posibilidades de producción.

Una muestra de ello es que los discursos funcionan como “sistemas de exclusión”; esto quiere decir que dejan al margen o subordinan la posibilidad que el objeto de estudio sea definido por otros enunciados. En otras palabras, establecen los límites de lo decible acerca del referencial que, de esta manera, es construido como producto de una correlación de fuerzas coyuntural y específica. La idea central aquí es: no siempre es posible decir y escribir todo y bajo cualquier circunstancia. Para decirlo de otra manera, nos estamos refiriendo al “tabú del objeto, ritual de la circunstancia, derecho exclusivo o privilegiado del sujeto que habla” y que ha existido y existe en todos los escenarios, especialmente en “las regiones de la sexualidad y las de la política” (Foucault 1987: 11, 12).

Como hemos dicho, lo que se busca es determinar la superficie en la que emergieron los discursos, explorar el espacio en el cual se definieron los enunciados; es decir precisar las condiciones de existencia de los discursos. Tal hecho constituye una exploración del “sistema de formación” entendido éste

como “un haz complejo de relaciones que funcionan como regla: prescribe lo que ha debido ponerse en relación, en una práctica discursiva, para que ésta se refiera a tal o cual objeto, para que ponga en juego tal o cual enunciación, para que utilice tal o cual concepto, para que organice tal o cual estrategia” (Foucault 2005: 122). En la “**descripción arqueológica**” se precisan las prácticas sociales de cuyo entramado nació el conjunto de reglas que hizo posible el discurso. No se trata de una relación mecánica en la que el contexto predetermina la articulación de los significantes; por el contrario, consideramos que el discurso adquiere autonomía y tiene fuerza creativa, estableciendo una dinámica compleja y regenerativa con respecto a la acción social.

Planteadas así las cosas, pareciera que el individuo se pierde en las interacciones. Pero, si bien es cierto, la voluntad y decisión individual no escapan a los márgenes que las convenciones socioculturales definen, también debemos tomar en cuenta que en estas convenciones se encuentran presentes los elementos capaces de subvertir y alterar el régimen de producción del conocimiento, propiciándose así la acción creativa de los agentes sociales. Entonces, no existe condena eterna y el rol del intelectual es demostrar ello; es decir, el intelectual debe evidenciar cómo se construyó el régimen de verdad y denunciar los pilares que lo sostienen.

A estas alturas queda claro que no se trata de interpretar el pensamiento o las ideas de un autor a través de “su” discurso; tampoco se trata de estudiar las influencias teóricas que predominaron en la academia en un determinado momento. No, no pretendemos ello. Nosotros exploramos los discursos sobre

los migrantes entendiéndolos como dominios del saber que emergieron, se desarrollaron y transformaron en un determinado espacio social, como parte de una determinada correlación de las fuerzas políticas. El punto es precisar lo que permitió los enunciados, las “reglas de formación” que los hicieron posibles, la manera cómo se interrelacionaron para conformar un cuerpo teórico – práctico que fue validado y legitimado por la comunidad del conocimiento; es decir la coyuntura que le permitió a un discurso obtener el status de verdad científica. Entonces, no se trata solo del poder que se encuentra afuera de los enunciados, sino también del poder que actúa desde y entre los enunciados.

Queda claro que no se trata de determinismo debido a que la verdad del discurso no se encuentra en alguna base o estructura preexistente ni en un sujeto primordial. **La verdad del discurso se encuentra en el discurso mismo, en sus enunciados y sus interrelaciones.**

3.2.2. El binomio saber – poder

Entendemos el poder como una relación. En otros términos, el poder se desplaza y se ejerce tanto vertical como horizontalmente. No se localiza o parte exclusivamente de una matriz, ni de una estructura central primordial, tampoco es una entidad que pueda detentarse de manera específica y unitaria; se trata de un intercambio, una situación de acción – reacción que siempre tiene dos extremos en relación asimétrica.

Visto así el fenómeno asumimos que:

“(...) las relaciones de poder son a la vez intencionales y no subjetivas (...) no hay poder que se ejerza sin una serie de miras y objetivos. Pero ello no significa que resulte de la opción o decisión de un sujeto individual; no busquemos el estado mayor que gobierna su racionalidad (...) la racionalidad del poder es la de las tácticas a menudo muy explícitas en el nivel que se inscriben (...) que encadenándose unas con otras, solicitándose mutuamente y propagándose, encontrando en otras partes sus apoyos y su condición dibujan finalmente dispositivos de conjunto (...)” (Foucault 2000: 115).

Al ser el poder una relación es un fenómeno que se concreta en la compleja red de interacciones sociales; no constituye una esfera especial ni opera como una estructura autónoma. Se desplaza horizontalmente atravesando los cuerpos de las personas, sean estas dominantes o dominadas, en una dinámica que opera permanentemente y en la cual el ejercicio del poder no se encuentra necesariamente posicionado, es decir, no se fija en determinados individuos, instituciones o clases sociales. Por tanto, el poder fluye activamente y no podemos eludirlo, sino más bien debemos ejercerlo.

Lo importante de esta concepción sobre el poder es que nos remite al problema de su funcionamiento, a explorar su mecánica como práctica social, a entenderlo como una interacción que tiene dos lados a través de los cuales

fluye. En esta línea de análisis la preocupación no gira en torno a quién o quiénes lo poseen o quiénes deberían poseerlo, sino que se preocupa por la manera en que opera, es decir, nos remite al cómo, a la praxis. Todo ello implica una renovación con respecto a la concepción tradicional del poder; en ella el análisis ha girado fundamentalmente en torno a dos ejes: el aspecto jurídico y el rol predominante del Estado. Es necesario precisar que ambas perspectivas del enfoque tradicional se han complementado y es común encontrarlas en los análisis de los intelectuales tanto liberales así como en la tradición izquierdista.

Desde la perspectiva jurídica, el tema del poder se ha planteado como problema de leyes, constituciones y reformas; dicho en otros términos, como una lucha por derechos que deben ser obtenidos por los sectores subalternos como parte de su lucha contra los grupos dominantes y el centro del poder. En la segunda perspectiva, se ha asumido el Estado como la gran matriz generadora del poder convirtiéndose en el espacio principal de la lucha de clases y cuya posesión implica la posibilidad de operativizar una mecánica represiva en función del grupo o la clase que lo detenta.

En los análisis sobre los pobladores populares encontramos ambos enfoques. La problemática urbana ha sido planteada, desde la perspectiva de las elites y los gobiernos de turno, como un problema cuya solución pasaba por el aspecto legal. Así por ejemplo, hacia 1956 se creó la Comisión para la Reforma Agraria y Vivienda (CRAV); luego, durante la década de 1960, se expidió la ley 13517¹¹ (para implementarla se creó la Junta Nacional de Vivienda) que buscaba el

control y la regularización de las barriadas convirtiendo al Perú en uno de los primeros países de la región en incorporar este tipo de medidas. Como un corte en el predominio de las tendencias liberales, en los años 70, durante el gobierno militar de Velasco Alvarado (1968 – 1975), se produjo el mayor intento de reforma urbana controlado y dirigido desde el Estado. La nueva propuesta centralista llevó a la creación del SINAMOS (1971), organismo público encargado de controlar y fomentar la participación popular. El punto es que todos estos intentos “desde arriba”, sean de tendencias liberales o izquierdistas, terminaron en profundas crisis y, más bien, como señala Calderón (2005), generaron una doble actitud – aceptación y rechazo – por parte de los pobladores con respecto a la ley, que variaba dependiendo de la coyuntura política. La consecuencia de esta dinámica fue el desarrollo y difusión entre los sectores urbanos marginales de una “normatividad extralegal” que subvertía el orden existente.

Los principales enfoques teóricos utilizados tampoco han escapado a estas dos visiones. Así por ejemplo, en el denominado enfoque de la marginalidad, sea en la línea funcionalista o en la línea marxista y al margen de sus evidentes diferencias, los sectores populares han sido entendidos como los marginales de un modelo económico asimétrico que en su proceso de expansión los excluye de los beneficios que el propio sistema genera; por tanto, lo que debe buscarse a través de políticas públicas es la integración de este sector, desarrollándose todo tipo de acciones asistencialistas y reformistas entre los pobladores. Encontramos aquí el problema del poder planteado desde uno de los ángulos tradicionales, es decir, entre los que lo poseen y los desposeídos.

¹¹ Acerca de su aplicación y consecuencias ver Julio Calderón (2005).

Desde una mirada y un posicionamiento diferentes, el enfoque economía formal / economía informal al poner énfasis en el aspecto legal del problema, define a los comerciante informales como potenciales empresarios cuyo crecimiento es truncado por una estructura burocrática ineficiente y corrupta. Otra vez el tema de la integración que reclama un sector de la sociedad, pero esta vez como problema de estructura jurídica (legal). Mientras tanto, desde la izquierda peruana ha sido evidente la carencia de enfoques teóricos – prácticos que exploren el fenómeno y orienten su praxis social. Para la izquierda tradicional los sectores populares han sido representados como los pobres de un sistema capitalista clasista y explotador; es por ello que la organización popular ha tenido como objetivo la lucha frontal contra el Estado burgués por reivindicaciones sociales y contra el capital imperialista por reivindicaciones económicas.

Frente a estas posiciones que exploran el tema del poder a partir de quién lo tiene y quién debería tenerlo, la perspectiva foucaultiana amplía las posibilidades de reflexión al permitirnos entenderlo como una inacabable y compleja red de relaciones no solo materiales sino también inmateriales. En este punto queremos realizar una precisión: en realidades como la nuestra, es decir, en sociedades cuyos grupos dominantes han sido altamente excluyentes y, además, adolecen de precariedad institucional, no resulta extraño que la violencia muchas veces haya sido un método de integración más “efectivo” que el consenso; por tanto, el control de estructuras políticas como el Estado han sido y continúan siendo fundamentales en los procesos de dominación –

liberación. No es precisamente un cuestionamiento de lo que señala Foucault, sino que le agregamos una particularidad: la particularidad de nuestra dinámica histórica, en la que el Estado continúa siendo un escenario definitorio para las luchas políticas.

En medio de este contexto, la producción especializada del saber no se encuentra desligada de las relaciones de poder que se desplazan entre los seres humanos; es decir no puede existir distinción entre conocimiento objetivo y conocimiento político. Como señala Said (2003) no existe método que brinde la posibilidad al investigador de liberarse de su contexto, de liberarse de la subjetividad que lo constituye y le permite **ser**. Esto no ocurre en desmedro del conocimiento social, tan solo es una característica que lo singulariza y define. La subjetividad puede ser una fuerza motivadora que otorga sentido a la acción del investigador, el riesgo se presenta cuando la carga ideológica y los deseos del investigador son tan intensos que alteran la realidad arbitrariamente. Las contingencias laborales y académicas, la posición de clase social, y las especificidades del régimen de producción del conocimiento en una coyuntura son circunstancias que tienen implicancias en la decisión – acción del sujeto. El régimen político fluye a través de la vida social y sus instituciones convirtiendo a la cultura en un escenario fundamental para las luchas materiales y simbólicas.

Por ello no debemos entender el saber como una verdad absoluta, pues “la verdad está ligada circularmente a sistemas de poder que la producen y la sostienen, y a efectos de poder que induce y la prorrogan” (Foucault 1988:

145). Esto ocurre especialmente en ciencias tan dispuestas a las influencias ideológicas como es el caso de las ciencias sociales. El intelectual no cumple un rol iluminador, no es el que esclarece y libera la verdad de las nubosidades que la cubrían. De lo que se trata es de denunciar las condiciones que hicieron posible la hegemonía de una verdad o verdades y fomentar un nuevo régimen político de producción.

3.2.3. La representación

En una sociedad en la que instituciones y espacios de intercambio son frágiles y tienden a estrecharse pueden limitarse grandemente las posibilidades para el desarrollo individual y colectivo de sus miembros. En medio de esta realidad no es de extrañar que los conflictos afloren y que las interacciones de los agentes sociales se tornen especialmente complejas y contradictorias. La comunidad del conocimiento, si bien es cierto tiene su propia dinámica, no es extraña a las posibilidades y los límites que plantea una sociedad del “bien limitado”¹² como es el caso del Perú. No debemos olvidar que el ambiente académico es constitutivo – con todo lo que ello implica en ventajas y desventajas - de la colectividad mayor. Como consecuencia de ello, la producción científica también se convierte en parte de la estrategia social, en una táctica de lucha, en un capital material y simbólico utilizado con el objetivo de alcanzar y defender posiciones.

¹² El antropólogo norteamericano George Foster utilizó el concepto del “bien limitado” para caracterizar a las sociedades campesinas que estudió en México.

En este sentido, la representación puede ser entendida como un acto vinculado al poder a partir del cual es posible “hablar por” y “hablar sobre”. Es decir, a través de ella podemos definir a un otro como subalterno, como alguien que carece de voz o cuya voz se diluye en medio de las relaciones de poder y, por tanto, con la necesidad de ser representado; es por ello que el “hablar por” constituye un acto de delegación política. Mientras tanto, el “hablar sobre” nos remite a las posibilidades de representación a nivel del saber y ello, necesariamente, implica el reconocimiento de una autoridad que corresponde al status del experto así como a un conjunto de instituciones e interacciones que ejercen dicha autoridad al atribuir la categoría de verdad a determinado cuerpo teórico - práctico. No queda dudas, entonces, que las posibilidades de representar constituyen, a priori, una posición hegemónica; no obstante ello, no debemos considerar dicha condición hegemónica como algo fijo, sino más bien como algo situacional cuya condición es variable y coyuntural.

Un concepto que consideramos complementario al de representación es el de invención. En las primeras líneas de nuestro trabajo planteamos que el migrante fue una invención de las ciencias sociales; lo decimos asumiendo el concepto inventar como una construcción cultural realizada por los expertos que permite referirse y actuar sobre una realidad específica. No consideramos la noción de inventar como un acto creativo esencial o como algo capaz de generar en la ausencia, en el vacío, convirtiéndose de esta manera en un principio absoluto; sino como un acto productivo a partir de un(os) fenómeno(s) específico(s) que actúa(n) como referente(s); este carácter productivo no escapa a la dimensión imaginativa que conlleva el acto de inventar. Entonces,

la invención se opone a la idea de origen, pues la invención significa una ruptura cuyos principios pueden ser evidenciados: las relaciones de poder. Como señala Foucault (1978) el conocimiento es un efecto de superficie, no está en absoluto inscrito en la naturaleza humana y posee un comienzo muchas veces bajo, mezquino, inconfesable. Es por ello que el conocimiento debe entenderse como una fabricación; el experto, el científico social es un fabricante de conocimientos, es un contador de historias.

Todo proceso inventivo es generador de alteridad, pues “lo otro” es el elemento que complementa la realidad y sobre el cual pretendemos nuestra acción social. Es evidente que la representación como función política y la invención como la dimensión creativa del saber se articulan a partir del rol que cumple el lenguaje en la construcción social de una realidad.

Veamos ahora. ¿Qué rol juega la representación en un escenario con estas características? Si entendemos a las ciencias sociales como un complejo teórico – práctico que construye alteridades por medio de conceptos, categorías, metodologías y proyecciones; entonces la información acumulada le permite definir y representar a un(os) otro(s) como objeto(s) de estudio y de instrumentalización. Es indudable que se trata de una práctica social en la cual, por medio de la producción de saberes, se actúa sobre la realidad, los actores sociales son (re)posicionados dinámicamente y se intentan orientar las conductas. Al respecto Castro – Gómez (2000) sostiene que la modernidad es una máquina generadora de alteridades, por tanto su dinámica está enfocada a la producción de las diferencias en las que se desenvuelven los individuos. Es

de precisar que dichas alteridades no son estáticas, por el contrario, se trata de elaboraciones teóricas con fines operativos situacionales que brotan y se transforman en el escenario conflictivo de las interacciones sociales.

La construcción de alteridades y sus representaciones al interior de las sociedades latinoamericanas – especialmente en los países con densa población indígena – han sido procesos complejos, contradictorios y asimétricos. El criterio racial¹³ como marcador de distanciamiento / acercamiento perduró a pesar de culminada la dominación directa que ejercieron los europeos. Esta permanencia de la noción de raza como marcador étnico principal para justificar la exclusión social ha formado parte no solo de las relaciones entre los grupos de poder y los sectores subalternos; sino que también ha estado presente en la vida cotidiana como una práctica “naturalizada” de las personas. Esta permanencia la podemos explicar porque dicho criterio no es solamente un elemento que permite la clasificación de los grupos humanos en relaciones verticales de dominación; sino que, además, posibilita la estructuración de formas de pensamiento y de actuación que permiten la reproducción del sistema de poder. En otros términos, estos discursos han tenido como objetivo principal construir un sujeto colectivo / subordinado, en un determinado espacio geopolítico, con determinadas características, y en función de ello facilitar la implementación de relaciones asimétricas de control, dominación y normalización.

En el caso de una sociedad como la peruana, cuya tradición histórica tiene en la oralidad a la forma de expresión no solo más antigua sino también más

difundida, la escritura además de una imposición externa significó por mucho tiempo un privilegio de los grupos dominantes. La escritura ha estado en medio del tráfago social como herramienta de dominación, pero también como recurso para la respuesta social. Mientras tanto, las expresiones orales generalmente han tenido un papel secundario en la representación y construcción tanto de la realidad como en la producción de los discursos sociales. En este sentido, el texto resulta uno de los espacios de lucha en el que se producen, reproducen, pero a su vez pueden redefinirse las estructuras políticas vigentes. La posibilidad de representar constituye un juego que permite la apropiación de los elementos que otorgan legitimidad y controlan los espacios de intercambios más importantes de la sociedad.

Si entendemos de esta forma los nexos entre el poder, el saber y la representación se nos presenta el siguiente reto: ¿cómo abordar la representación del otro? Se trata de una cuestión determinante porque implica la definición del compromiso y los fines de nuestra praxis social. Creemos que de lo que se trata es de evidenciar la naturaleza coyuntural, arbitraria, discontinua y contradictoria que permitió la emergencia del saber y demostrar cómo se convirtió en verdad hegemónica. De igual manera, nos pone frente al reto de abordar el acto del conocimiento de una manera más simétrica y comprometida. Debemos asumir la producción del conocimiento como un hecho que no es ajeno las coyunturas políticas. En otros términos, el acto de conocer implica una decisión - elección que se encuentran enmarcadas por un ideario a la vez personal y social, así como contradictorio y complejo. El conocimiento no es el producto de la conciencia ni de alguna razón libre e

¹³ Ver Aníbal Quijano (2000).

impoluta destinada a la búsqueda de la verdad, por el contrario, no podemos perder de vista que en este proceso lo que está en juego es la definición del sujeto; es decir, siempre se encuentra presente el compromiso.

3.2.4. El sujeto

Otra precisión que debemos realizar en este momento es la referida al sujeto. Hemos señalado – basados en Foucault - que los discursos carecen de sujetos creadores y que en el análisis de los mismos la figura del autor resulta irrelevante. No obstante ello, tanto los discursos como las relaciones de poder son fenómenos que constituyen y definen sujetos a través del conocimiento especializado así como por medio de las interacciones que ubican a los individuos en condición de hegemónicos y subalternos. Esto se explica si es que, por una parte, entendemos la idea del poder como un fenómeno productivo que en su desarrollo genera lo que pretende suprimir. Esto quiere decir que el poder es ejercido y tiene como objetivo final a los individuos, pues las relaciones de poder son propias de las relaciones humanas.

Por otra parte, debemos tomar en cuenta la “falla original” siempre presente en la sociedad; es decir, la imposibilidad constitutiva que presenta toda colectividad internamente y le impide realizarse plenamente. En otros términos, existe una brecha que vuelve inalcanzable la totalidad social e impide la articulación armónica de sus partes permitiendo la permanencia de un “resto”. Dicho “resto” constituye un lugar de contradicciones irresueltas que

periódicamente (re)aparecen manifestadas a través de conflictos. Es precisamente en este espacio contradictorio que emerge el sujeto, como el portador de la respuesta para dicho desequilibrio. Por ello asumimos al sujeto como un fenómeno político, como una construcción que realizan los especialistas en la búsqueda del agente social que “redima” la sociedad.

En el caso del capitalismo su principal característica es la tendencia a universalizarse, a extenderse ilimitadamente incorporando o excluyendo las formas que puedan resultar alternativas. En consecuencia, “el capitalismo no tiene un estado “normal” equilibrado: su estado “normal” es la producción permanente del exceso – el único medio de sobrevivencia del capitalismo es la expansión” (Zizek 1999: 55). Este exceso es una característica estructural del sistema capitalista, inherente a sus relaciones, que le permite regenerarse constantemente a partir de sus propias condiciones de existencia; pero, además, lo define como una forma de producción que contiene internamente – y de manera irremediable - su propio desequilibrio: el antagonismo. Es precisamente por este hecho que la “brecha original” propicia el surgimiento del sujeto, del actor social comprometido; entonces, las circunstancias de su aparición, de su construcción y de su ulterior desarrollo lo convierten en sujeto político, puesto que nace de una contradicción y no puede rehusar la acción social.

Esta acción social significa un proceso de elección que implica el compromiso del individuo. La elección se encuentra influenciada y, en gran medida, condicionada no solo por las “innovaciones de un sistema de producción y

consumo” intenso, incesante, y que agobia al sujeto; sino también “por la apertura a los deseos del ello, por el ahínco con que el sujeto defiende una tradición cultural y por la afirmación de la libertad y la responsabilidad del sujeto” (Touraine 2000: 218).

Veamos el caso de nuestra historia. Desde fines del siglo XIX las poblaciones indígenas/campesinas han sido representadas en muchos discursos académicos y políticos como el agente histórico principal. Esta tendencia se ha mantenido con matices, por lo menos, hasta mediados del siglo XX. En otros términos, los indígenas eran el sujeto principal que emergía de la “falla primordial”, resultando fundamental su acción social, pues permitiría al Perú “redimirse” y “completarse” como sociedad. Aquí nace lo que se ha denominado el “problema del indio”. Una problemática científica que influyó en el pensamiento y la acción de intelectuales, artistas, juristas, políticos y religiosos durante varias generaciones.

De esta manera los indios pasaron a condensar las principales contradicciones históricas del país y se convirtieron en su agente primordial. Sin embargo, durante la segunda parte del siglo XX, se produce una ruptura que altera este modelo y permite el surgimiento de uno diferente: los migrantes andinos como los agentes sociales principales de la democracia y modernización. A partir de este giro se construyó en nuestras ciencias sociales un referente empírico de observación, análisis, exploración, descripción y proyección. Emergió un cuerpo teórico – práctico capaz de instrumentalizar la realidad que escudriñaba en función de objetivos científicos y políticos. En esta línea, el conocimiento

desarrollado por los especialistas acerca de los migrantes andinos en Lima se expresó en conceptos, categorías, enunciados, hipótesis y proyecciones, generándose múltiples interrelaciones entre sus elementos que terminaron conformando una formación discursiva en el sentido que planteó Foucault.¹⁴

Lo fundamental es que dicho objeto de estudio devino en sujeto. Un sujeto que actúa, que imprime a la dinámica social el ritmo de su voluntad, motivaciones e intereses; por tanto, se constituye en agente de cambios de una realidad cuyo destino ha roto los vínculos que la unían a lo sagrado, que no se encuentra predeterminada, que escapa al “orden de las cosas” y que puede ser proyectada – al menos en gran medida - por sus agentes sociales. La labor de los intelectuales es “descubrirlo”, construirlo, definirlo y otorgarle sentido.

En síntesis, la constitución del sujeto es el resultado de la interacción que existe entre el nivel político y la producción del conocimiento. Esto quiere decir que ambos fenómenos se encuentran enlazados por una relación dinámica, interdependiente y recíproca. En otros términos, la producción de los discursos académicos no se restringe únicamente al nivel enunciativo, al encadenamiento de significantes; sino que, además de ello, tienen como correlato la reelaboración constante y en todos los niveles de los mecanismos de control y dominación existentes en la sociedad. Por tanto, los discursos expresan y producen las relaciones de poder que se despliegan en el orden social,

¹⁴ En **La Arqueología del saber**, Foucault señala que “en el caso de que entre los objetos, los tipos de enunciación, los conceptos, las elecciones temáticas, se pudiera definir una regularidad (un orden, correlaciones, posiciones en funcionamientos, transformaciones), se dirá, por convención, que se trata de una *formación discursiva* ...” (2005: 62).

mientras que estas reconfiguran la red de significantes que predominan en el universo enunciativo. En medio de esa convergencia se constituye el sujeto.

3.2.4.1. Sujeto democrático

El sujeto democrático es la categoría descriptiva que usamos para referirnos a la(s) representación(es) que elaboran los especialistas acerca de los actores sociales contemporáneos; esta(s) representación(es) se caracteriza por presentar a dichos actores como agentes de la democracia capitalista. Cuando hablamos del sujeto democrático no nos estamos refiriendo a un actor social específico y delimitado; sino, más bien, a una multiplicidad de actores que interactúan en la contemporaneidad; sin embargo, en medio de esta diversidad, todos ellos llevan un rasgo en común: su compromiso político. En otros términos, si el sujeto es capaz de crear su vida individual y colectiva, lo que singulariza al sujeto democrático es que esa capacidad se encuentra definida por los límites de la democracia capitalista.

La hegemonía del sujeto democrático es el resultado del fin de la bipolaridad mundial y el consiguiente declive de los discursos socialistas. Como parte de este proceso los discursos que representaban una alternativa al sistema – mundo vigente quedaron subalternizados y, con ello, definida la unidireccionalidad política de las acciones sociales. En tiempos de la alteridad radical se enfrentaban dos sentidos de la historia que a pesar de compartir rasgos ¹⁵ se presentaban como alternativas opuestas e irreconciliables, por

¹⁵ Tanto el discurso de la democracia liberal como el discurso socialista compartían los siguientes elementos: visión evolucionista de los cambios sociales, una base política fuertemente autoritaria,

tanto, la otredad se expresaba externamente. Ahora, en la contemporaneidad, la otredad resulta intrínseca al sistema. Si el capitalismo, como hemos señalado en el acápite anterior, tiene en el “exceso” una característica estructural generadora del antagonismo, entonces requiere de agentes sociales capaces de actuar sobre esta “falla primordial”, pero esta acción debe producirse necesariamente dentro de los márgenes que establece el propio sistema.

Esto nos permite entender la voluntad democrática y la aceptación generalizada del capitalismo como dos ejes que conducen la vida individual y colectiva. Esta tendencia la podemos encontrar en los principales discursos académicos sin que exista una alteridad estructurada, coherente y viable. Pareciera existir un agotamiento en el ejercicio crítico del pensamiento y, por tanto, en el compromiso con el cambio cualitativo. En este sentido, la hegemonía del sujeto democrático constituye, además, una opción – consciente o inconsciente – de los especialistas que, al margen de sus respectivos pasivos políticos/académicos, han asumido y colaborado con la construcción de dicha hegemonía. Es probable que el sujeto democrático como concepto descriptivo diga más de la apuesta política de los especialistas que de la realidad empírica. Dejamos este punto en el nivel de hipótesis y abierto al debate para futuras exploraciones.

Lo que nos interesa es precisar el momento y las interrelaciones que permitieron la hegemonía discursiva de dicho sujeto. De lo que se trata es de

tendencia a la homogenización cultural así como una perspectiva teleológica del tiempo y los acontecimientos.

establecer bajo qué condiciones se tornó hegemónico, cómo se definió su preeminencia y cuál fue el contexto que le permitió irrumpir como triunfador. Como ya hemos señalado nuestro trabajo es una “arqueología”, por esta razón no nos desplazamos al interior de los textos ni escudriñamos el pensamiento de algún autor. Queremos precisar el contexto sociocultural que propició y delimitó el universo enunciativo. Para alcanzar ello debe quedar claro el carácter político de la producción del conocimiento, especialmente, en las ciencias sociales. Pensamos que no existen ciencias más ideológicas que las dedicadas al estudio del hombre, la sociedad y la cultura. La hegemonía del sujeto democrático es una muestra de ello.

IV. CONSTRUYENDO EL REFERENTE EMPÍRICO

4.1. Cambios en la dinámica sociocultural del país

Si bien es cierto migraciones del mundo rural hacia el mundo urbano se han producido en diferentes momentos de nuestra historia republicana, éstas no implicaron un brusco cambio demográfico en el perfil poblacional del país ni representaron mayor cuestionamiento de sus estructuras como Estado – nación. En este sentido, las migraciones de la segunda parte del siglo XX resultaron trascendentales para la nueva dinámica sociocultural del Perú. A continuación expondremos algunos argumentos que sostienen dicho aserto.

Un primer elemento a tomar en cuenta es que los traslados de familias procedentes de la sierra hacia la región costera del país nunca fueron tan importantes en términos cuantitativos; en la nueva coyuntura se trató de un fenómeno del cual participaron miles de seres humanos. Además de lo masivo del fenómeno, debemos considerar que los grupos humanos

movilizados a partir de la década de 1940 estaban mayoritariamente compuestos por familias campesinas, yanaconas de las haciendas; es decir, se trataba de personas vinculadas directamente al escenario rural y que, por lo tanto, sufrían de primera mano las consecuencias de la crisis del agro.¹⁶ Estos traslados masivos propiciaron el despoblamiento del campo en favor de las congestionadas y desordenadas concentraciones humanas en los espacios urbanos. Como consecuencia de ello, para fines del siglo XX, el rostro del país había cambiado radicalmente, pues las ciudades albergaban más de la mitad de la población total.

Otra característica que particulariza este momento migratorio es que, a diferencia de los flujos humanos que se movilizaron geográficamente durante la primera parte del siglo XX, la mayoría de los “nuevos migrantes” no lograron insertarse simétricamente en términos económicos, políticos, culturales, ni espacialmente al escenario de la recepción. Las diferencias culturales y los prejuicios sociales existentes obligaron a los migrantes, desde el inicio de su aventura en la ciudad, a experimentar una fase de transición que para muchos implicó un desgarrador proceso de desidentización. Esto quiere decir que para completar la adaptación muchos de los valores culturales previos debieron ser dejados en el olvido o reelaborados. Sin embargo, a pesar de la hegemonía cultural urbana, es obvio que los migrantes andinos no constituyeron un elemento pasivo ni resultaron ser siempre los perdedores de este proceso. Por el contrario, con sus estilos de vida y particulares costumbres, se convirtieron

¹⁶ Luego del auge exportador de las dos primeras décadas del siglo XX se desarrolló la crisis del sistema de haciendas. Debemos mencionar que dicho proceso no fue homogéneo y dependió de las coyunturas internacionales así como de las particularidades de los espacios productivos regionales.

no solo en alteradores sino también en generadores de las nuevas prácticas sociales en el emergente contexto urbano.

En definitiva, lo que particulariza esta coyuntura migratoria es que los cambios socioculturales evidenciados en las ciudades fueron complejos y contradictorios como nunca antes, descentrándose el escenario social y étnico preexistente. En otros términos, la aparente estabilidad y el frágil consenso en medio del cual se desarrollaba el denominado mundo oligárquico se encontró inesperadamente ante un nuevo reto planteado por insospechados – y quizás indeseados – individuos que irrumpieron en Lima procedentes del mundo andino.¹⁷

¿Por qué grandes grupos humanos decidieron salir de sus lugares de origen, del escenario en el cual transcurrían sus experiencias individuales y colectivas, para trasladarse con destino – para la mayoría incierto - a las principales ciudades del país? Al respecto expliquemos algunos factores.

Nelson Manrique (2004) señala que durante la década de 1940 el aumento poblacional alcanzado por el mundo rural originó el quiebre de la relación hombre – tierra que existía en los Andes. Esto quiere decir que las tierras cultas resultaron insuficientes para los habitantes del campo desencadenándose la crisis del agro y el consecuente declive de las condiciones materiales para centenares de familias. Si a ello le agregamos los

¹⁷ Si bien es cierto, durante las primeras décadas del siglo XX, el orden oligárquico fue severamente cuestionado por movilizaciones tanto rurales como urbanas, la violenta represión política experimentada durante la década de 1930 restauró el predominio de la oligarquía y puso nuevamente las “cosas en orden”.

defectos del sistema económico, es decir la injusta distribución de la tierra, expresada en la concentración de grandes extensiones de terrenos cultivables en algunos privilegiados propietarios, podemos entender por qué la situación para muchos grupos del campo devino insostenible.

De acuerdo al Censo Nacional Agropecuario de 1961 el 0,4% de las unidades productivas concentraba el 75,6% de terrenos (Contreras y Cueto 1999). Ello quiere decir que el sistema de tenencia de la tierra se encontraba dividido entre los propietarios de grandes latifundios y la pequeña propiedad minifundista. Se trataba, indudablemente, de un sistema con deficiencias estructurales cuya asimetría se sostenía en gran medida en el despojo de las tierras comunales. En estas condiciones resultaba inevitable que los medianos y pequeños propietarios agrícolas, al no poder enfrentar el proceso de concentración de la propiedad rural en pocos propietarios, entraran en crisis y perdieran las posibilidades de mantenerse en condiciones mínimas para competir comercialmente. Además, debemos considerar que todavía se encontraban vigentes, especialmente en la sierra sur del país, relaciones socioeconómicas de tipo servil; estas constituían un rezago de tiempos coloniales y significaban para el campesino una intensa explotación de su fuerza de trabajo así como la expropiación de sus condiciones materiales de existencia.

Otro factor importante fue la expansión capitalista en nuestra economía. Esta tomó un nuevo carácter a partir de las últimas décadas del siglo XIX, continuando su proceso expansivo durante todo el siglo XX, con momentos de mayor impulso y de crisis debido a las coyunturas mundiales así como a las

posibilidades que brindaba la situación política interna. Lo importante es que el nuevo carácter de esta expansión significaba la acción directa del capital en las principales zonas productivas del país; ello implicaba una gran concentración de recursos – propiedad sobre tierras, ganado, minas, acceso a fuerza de trabajo, etc. – en poder de capitales particulares nacionales y extranjeros que pasaron a controlar extensos espacios productivos. La consecuencia inevitable de este proceso, además del daño ecológico causado por el uso indiscriminado de moderna tecnología, fue la desestructuración de los lazos económicos tradicionales y las formas socioculturales locales, así como un proceso de articulación desigual y heterogénea con respecto a las nuevas condiciones que imponían las relaciones capitalistas.

Al no ser homogénea la expansión capitalista, debido principalmente a las especificidades de un territorio plural como el Perú, las formas de articulación al circuito mundial de producción evolucionaron en correspondencia a las posibilidades que ostentaban los espacios regionales. Esto explica el hecho siguiente: desde mediados del siglo pasado los capitales privados comenzaron a privilegiar las actividades productivas urbanas, de manera especial en Lima y el Callao. A partir de este momento se desarrollaron, preferentemente, las actividades industriales y comerciales de la capital vinculadas a las inversiones extranjeras. Esto nos permite entender por qué en la costa norte y central se experimentó un proceso de modernización capitalista más temprano que en el resto del país permitiendo la acumulación de recursos, bienes y servicios en las principales ciudades costeñas, que de esta manera se convirtieron en centro de atracción consolidando su predominio con respecto a las demás ciudades.

Los sectores productivos urbanos se extendieron y con ello los diferentes grupos sociales de la capital, especialmente los sectores medios y los sectores populares. Este desarrollo de las clases sociales solo es comparable con el ocurrido durante las primeras décadas del siglo pasado y tornarían complejas las interacciones urbanas. Como era de esperar, la capacidad de acumulación de riquezas por parte de Lima fue superior al resto de ciudades del país; es así que la “gran ciudad” se convirtió en el caso de mayor impacto, pues llegó a concentrar la mayor cantidad de capitales financieros y servicios; muchos de ellos tan importantes para poblaciones precarias como los servicios de educación y salud.

A partir de la década de 1940 se inició una etapa de industrialización que buscaba ampliar el mercado interno y atraer los capitales norteamericanos. Esta industria local logró avanzar durante las dos siguientes décadas expuesta a las coyunturas internacionales, no obstante ello no pudo consolidar una base productiva sólida y un mercado interno estable que le permitiera ampliarse y sostenerse. Es en el período militar (1968 – 1980) que se intensificó el proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), pero esta vez dirigido y controlado por el Estado. De esta manera, “las importaciones fueron gravadas con altos impuestos a fin de que no compitan con la producción local”; sin embargo debían enfrentar el problema siguiente: “para fabricar los ‘insumos nacionales’, había que importar a su vez otros insumos” (Contreras y Cueto 1999: 271) evidenciándose la dependencia del proceso. La propuesta de fortalecer la industria nativa y generar un desarrollo capitalista autónomo se

truncaron cuando hacia 1976 comenzaron a sentirse los efectos de una nueva crisis económica. El resultado de estos hechos fue que la brecha entre el espacio rural y el espacio urbano se amplió en detrimento del primero, por tanto, la concentración de recursos en las ciudades costeñas se hizo más notoria: la brecha histórica entre el campo y la ciudad se agravó.

Es indudable que la centralización fue uno de los factores que convirtieron a Lima en el objetivo de las aspiraciones que generaron los provincianos. Entre los múltiples atractivos que la ciudad ofrecía la educación fue uno de los más influyentes siendo percibida como uno de los mecanismos más importantes de movilización social convirtiéndose en una de las motivaciones más fuertes para los provincianos:

“Uno de los acicates más importantes de la migración fueron las mejores oportunidades educativas que brindaban las ciudades, y especialmente Lima. La abolición de la servidumbre y la crisis del gamonalismo, por otra parte removieron uno de los obstáculos fundamentales que tuvieron que enfrentar los campesinos. La presión social por la construcción de escuelas, colegios y, más tarde, universidades, marcó todo el proceso y durante las siguientes décadas se avanzó en dirección a la meta de la universalización del derecho a la educación con mayor fuerza que en toda la historia peruana anterior” (Manrique 2004: 118).

La educación resultó para las poblaciones campesinas una especie de “capital simbólico” instrumentalizable que les permitiría lograr el acceso a la

modernidad negada y/o fragmentada. De igual manera, les permitió enfrentar con mayores posibilidades las formas de explotación que el sistema imponía sobre ellos: “El sujeto acepta que no es un ciudadano con deberes y derechos, sino que está a merced del dominante, y una de las bases de esa dominación gamonal es el monopolio de la educación formal” (Degregori 1994: 235); por tanto acceder a ella implicaba desbordar los límites estrictamente educativos para convertirse en una reivindicación política; era parte de la lucha que se debía dar ante un sistema de dominación que los subordinaba. Es por ello que el logro más significativo del sistema educativo peruano durante la segunda mitad del siglo XX fue su masificación. Esto quiere decir que grupos sociales históricamente marginados pudieron acceder a este bien y utilizarlo como herramienta para revertir las condiciones de exclusión y explotación a las que se encontraban sujetos. No es de extrañar que estudiar se convirtiera en uno de los objetivos de los provincianos – especialmente para sus hijos – y lo asociaran a la idea del progreso individual.

Otra motivación urbana fue los beneficios y ventajas que podían brindar los servicios de salud pública, pues se podían obtener con relativa facilidad en la ciudad capital. La infraestructura pública de Lima así lo evidencia. Entre 1940 y 1960 se fundaron varios hospitales en Lima: Hospital Obrero de Lima, Hospital Nacional Daniel Alcides Carrión, Instituto Nacional de enfermedades Neoplásicas, Hospital del Empleado, Hospital Militar Central, Hospital de Santa Rosa, etc. Esto se explica porque los gobiernos de turno favorecieron a la ciudad capital con obras públicas en un intento de actuar efectivamente sobre los sectores populares de la ciudad.

Debemos tomar en cuenta que “la cobertura de salud en las zonas rurales ha sido objeto de múltiples preocupaciones desde el siglo XIX, pero fue solo durante el primer gobierno de Fernando Belaúnde (...) cuando hubo una planificación coherente para cubrir de alguna manera esta carencia” (García 2004: 117). La presión social en la ciudad obligaba a mejorar las condiciones en las partes más alejadas del país, pero resultó un intento poco exitoso por contener las migraciones.

El desarrollo de la medicina también favoreció a las migraciones. El avance en el control de enfermedades se había intensificado gradualmente durante todo el siglo anterior. Ello permitió que muchas enfermedades redujeran sus impactos entre la población mejorando la calidad de vida de las personas y favoreciendo los traslados de una región a otra:

“Por ejemplo, el control de la malaria fue uno de los grandes estímulos para la migración de la sierra hacia la costa durante el período 1950 – 1970, ya que hasta entonces la enfermedad atacaba sobre todo a los serranos migrantes que trabajaban temporalmente en la costa. Muchas veces estos trabajadores se resistían a migrar a la costa por la sobreexplotación a que eran sometidos y el contagio de enfermedades como la malaria. A partir de los años cincuenta con el rociamiento de insecticidas como el DDT, se logró un notable control de la enfermedad que estimuló la migración de la sierra a la costa y a la selva” (Cueto 2000: 22).

Para completar el cuadro sobre las migraciones veamos la naturaleza personal del proceso. Para ello debemos intentar reconstruir el escenario subjetivo que dotó de sentido a la decisión de migrar y, de esta manera, tratar de entender este hecho como una liberación de la subjetividad (Franco 1991). El acto de migrar fue precedido por una decisión que podemos imaginar conflictiva y desgarradora; pero a su vez, esta decisión también debió implicar un hábito de esperanza para muchos de los que debieron emprender el viaje. Es indudable que la decisión y el acto mismo de migrar resultó un dilema personal que debió ser resuelto en base a los recursos propios de la existencia social de la cual formaban parte:

“Una vez conocida su decisión (...) uno puede legítimamente inferir que entre la desconfianza en su capacidad y la confianza en sí mismos se decidieron por sí mismos; que entre el hábito y el cambio se inclinaron por el cambio; que entre la seguridad y el riesgo optaron por el riesgo; que entre el pasado y el futuro eligieron el futuro; que entre lo conocido y lo desconocido se aventuraron por lo desconocido; que entre la continuidad y el progreso prefirieron el progreso; que entre permanecer y partir, partieron” (Franco 1991: 87).

No es posible precisar con exactitud estas circunstancias, pues las vivencias de los sujetos siempre son diversas y dispersas, además, en ocasiones se presentan como acontecimientos que irrumpen inesperadamente alterando el orden y sentido lógico de las experiencias personales y colectivas; sin

embargo, sí es posible realizar un acercamiento –como el realizado por el autor- para intentar comprender dichas sensaciones. Lo importante de este acercamiento es que amplía el escenario y sus posibilidades de interpretación. Sin dejar de tomar en cuenta la innegable presencia de factores estructurales de expulsión, no podemos soslayar la importancia de los elementos subjetivos. Es indudable que la decisión personal de viajar fue potenciada por el encadenamiento tanto de factores estructurales como individuales.

En síntesis, durante la segunda mitad del siglo XX y en tan solo algunas décadas aumentó la dependencia de las provincias con respecto a la “gran ciudad”, concentrándose la mayor parte de la población en las zonas urbanas del país. De esta manera, quedó definida la preeminencia y la hegemonía de Lima sobre los demás departamentos del país. Todo ello propició la construcción de un universo simbólico que vinculaba a Lima con el progreso, el desarrollo y la modernidad; pero también con el sentimiento de ser el otro en una sociedad excluyente y marginadora.

Este fue el rol principal de las migraciones; es decir cambiar las condiciones que propiciaban y orientaban las prácticas sociales y sus reivindicaciones, modificando las posibilidades de acceso tanto a los bienes materiales como a los culturales. En medio de este contexto se fue gestando progresivamente una **nueva superficie para las interacciones personales y colectivas**. El crecimiento demográfico y urbano de Lima convirtió a la capital en el lugar más dinámico del país, en lugar de contradicciones; lugar en el que se generaban las nuevas condiciones para los debates políticos y las luchas por el

poder. El espacio urbano comenzó a ser percibido como el escenario en el cual se definían y decidían las coyunturas, mientras tanto, el campo pasaba a un segundo plano como referente para las principales definiciones. En este sentido, los sectores populares, compuestos predominantemente por migrantes andinos, se convirtieron en la masa objetivo del binomio poder – saber.

4.2. Lima como espacio de biopoder

Entre 1940 y 1990 la población del país aumentó de aproximadamente 7 millones de habitantes a 21 millones. En medio siglo el Perú triplicó la cantidad de habitantes sobre su territorio. Además, se convirtió en un país mayoritariamente urbano y costero, pues “según los censos de 1940 y 1993, la población de la sierra peruana se redujo del 64, 5% al 29, 6%” (Manrique 2004: 54); mientras tanto la población de la región costera crecía en una relación casi inversamente proporcional. El punto más alto de la evolución demográfica se produjo entre 1961 y 1972. Durante esos años la población se incrementó de 9, 9 a 13, 2 millones de personas. Por el contrario, entre 1981 y 1993 la tasa de crecimiento se redujo a 2, 2; es decir la misma que entre 1940 y 1961; ello significaba que la transición demográfica del Perú como proceso evolutivo había culminado.

El crecimiento poblacional y espacial del medio urbano en detrimento de las zonas rurales fue importante no solo cuantitativamente, sino que, además, entre estos procesos y los cambios socioculturales que experimentó el Perú

contemporáneo existió una relación directa. Si observamos el censo de 1940 encontramos que el 35% de la población del país era urbana en tanto que el 65% era rural. Esto quiere decir que el Perú era un país con una composición étnica predominantemente indígena, pero con menor presencia e influencia en los espacios urbanos. Dicha situación hacía posible hablar de la existencia de “dos países” al interior de un solo espacio geográfico con barreras históricas y culturales que impedían su integración.

Este contexto se fue alterando progresivamente debido a las masivas migraciones que emprendieron las familias serranas rumbo a las principales ciudades del país. Así tenemos que en el censo de 1961 se establecía 50,3% de población para el área rural y 49,7% para el área urbana. El crecimiento del mundo urbano en desmedro del rural era evidente e incontrolable. Esta tendencia continuó acelerada e incontenible hasta la década de 1990 cuando la región costera y las partes urbanas concentraban ya más de la mitad de la población, mientras que la sierra apenas concentraba una tercera parte de los habitantes del país (Contreras y Cueto 1999).

La transición era irreversible: el Perú de país predominantemente rural se convirtió en pocas décadas en país predominantemente urbano. No obstante ello, el crecimiento de la población urbana no fue homogéneo pues las tasas de crecimiento de los departamentos variaron, pero, en definitiva, para la mayor parte del país los habitantes urbanos aumentaron notablemente:

“(…) en 1940 la única ciudad que aglomeraba una población superior a los 100, 000 habitantes era Lima; en cambio, en 1961, ya se identificaban a tres principales ciudades (dos en la costa: Lima y Trujillo y una en la Sierra Arequipa) con más de 100, 000 habitantes. En 1972, éstas se incrementaron en un total de nueve (cinco en la costa: Lima Metropolitana, Trujillo, Chiclayo, Chimbote, Piura; tres en la sierra: Arequipa, Cusco y Huancayo; y una en la selva: Iquitos); en 1981, con las ciudades de Ica y Sullana, estas llegaron a un total de 11 ciudades (...) y en 1993 con las ciudades de Tacna y Chincha Alta en la Costa, Ayacucho y Juliaca en la Sierra y Huanuco y Pucallpa en la Selva, éstas se elevaron a 17 ciudades con más de 100 mil habitantes que en conjunto reunían al 67% (10, 329, 369) de la población urbana, y al 46% de la población total del país” (Meneses 1998: 42).

En medio de este proceso el caso de la ciudad capital fue el de mayor importancia. La población de Lima aumentó alrededor de 10 veces durante la segunda mitad del siglo XX: en 1940 Lima tenía aproximadamente 600 000 habitantes, en 1961 un poco más de 2 000 000, mientras que en la década de 1990 superaba los 7 000 000 de habitantes (Contreras y Cueto, 1999). El ritmo de crecimiento de la capital superó al resto del país convirtiéndose en “el crisol y muestra de todos los procesos en marcha en el Perú” (Matos 1988: 76).

Las consecuencias de estos cambios desbordaban los marcos estadísticos, pues nunca antes el país ni su capital experimentaron modificaciones de tales dimensiones. Sus efectos se sintieron en todos los niveles, desde el político

hasta el artístico. Veamos algunas de sus consecuencias más importantes. En el aspecto político, el mayor problema lo constituyeron las precarias estructuras institucionales de la sociedad, pues no se encontraban en condiciones de integrar una nación emergente y heterogénea. El inestable consenso que ostentó el Estado oligárquico a nivel nacional había sido severamente cuestionado, durante la primera mitad del siglo pasado, por la emergencia de sectores populares y de clase media que asumieron posturas políticas tanto reformistas como radicales, canalizadas y potenciadas a través de movimientos como el APRA, el Partido Comunista y las organizaciones sindicales de los trabajadores. De igual manera, las movilizaciones campesinas durante las décadas de 1920, 1940 y 1960 evidenciaron la fragilidad del “pacto social” vigente así como las deplorables condiciones de vida en el campo. Es por ello que, ante las reiteradas crisis del Estado oligárquico, las fuerzas militares debieron irrumpir violentamente en más de una ocasión – Sánchez Cerro, Odría y Velasco – para neutralizar el desborde campesino y funcionalizar el avance de los sectores urbanos populares. En este sentido, las etapas militaristas de nuestra historia deben ser entendidas como parte de las consecuencias que genera la constitución de un Estado – nación carente de identificaciones colectivas que vinculen a las mayorías así como altamente excluyente y no, precisamente, como la causa de nuestros problemas políticos.

En términos económicos, la incipiente estructura productiva de un país primario / exportador, dependiente de insumos importados y de las coyunturas económicas - que elevan o bajan los precios de las materias primas -, no podría asimilar sin enfrentar serios problemas la creciente demanda laboral que

representaban el asimétrico aumento demográfico del país y las migraciones. El proyecto de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) – como hemos visto - no alcanzó a consolidar un crecimiento productivo capaz de enfrentar las demandas tanto internas como externas. En un primer momento, debido a la coyuntura exportadora de la década del cincuenta generada por la Guerra en Corea y la reconstrucción de las economías europeas, los emergentes grupos urbanos populares pudieron ser incorporados como fuerza de trabajo asalariada de baja calificación. Sin embargo, la crisis mundial del sistema capitalista durante la década de 1970 afectó fuertemente el proceso de industrialización (ISI) que vivía el país, ingresando la economía del Perú a un nuevo momento de crisis. El desempleo y subempleo aumentaron notablemente quedando sentadas las bases para el crecimiento desmesurado del denominado sector informal.

En esta situación resultaba inevitable que las demandas por acceso a recursos y servicios sociales aumentaran al ritmo del crecimiento demográfico, así como las presiones a un Estado cada vez más limitado en sus posibilidades redistributivas. Una respuesta común que dieron a este problema, tanto los gobiernos democráticos como los militares, fue la instrumentalización política de la situación recurriendo al populismo. De esta manera, alcanzaban apoyo político y relativa estabilidad en el manejo público logrando hacer viables sus regímenes. No es de extrañar que, bajo estas condiciones, no se pudieran establecer los vínculos necesarios para convertir el escenario político en un lugar de intercambios recíprocos que permitiese canalizar la participación popular en beneficio del modelo social.

¿Cuál es el significado de estos hechos para nuestra historia?, ¿cuál es la importancia de las cifras y los cambios que hemos señalado?, ¿qué implicaba el nuevo escenario del país? Pensamos que la respuesta a estas preguntas es la siguiente: **Lima durante la segunda mitad del siglo XX se convirtió en el principal espacio de biopoder del país.** Antes de desarrollar este punto primero expliquemos en qué consiste el biopoder. Foucault señalaba que la sociedad contemporánea es una sociedad disciplinaria. Este tipo de sociedad se gestó entre los siglos XVII y XVIII cuando surgió una tecnología especializada en el control del cuerpo; es decir, se desarrollaron un conjunto de mecanismos, técnicas e instituciones especializadas en el control de la conducta del individuo. La racionalidad económica del sistema de producción requería de una fuerza de trabajo disciplinada que pudiese rendir al máximo de sus posibilidades; para alcanzar ello era necesario implementar un complejo sistema de control, vigilancia y conocimiento sobre los individuos. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII y durante el siglo XIX se desarrolla algo nuevo, otra tecnología de poder que ya no es disciplinaria pero que no necesariamente la excluye, sino más bien la integra, la incorpora. Este nuevo sistema tiene como objetivo el control de la reproducción del ser humano, por tanto, pretende actuar sobre el proceso biológico, es decir, sobre la vida (Foucault 2001). De esta forma en la sociedad se sofisticaron y ampliaron las formas de intervención sobre las personas y las colectividades, lográndose evolucionar de una tecnología basada en el individuo a otra que actuaba sobre la población:

“[Por una parte] una técnica que es disciplinaria: está centrada en el cuerpo, produce efectos individualizadores, manipula el cuerpo como foco de fuerzas que hay que hacer útiles y dóciles a la vez. Y, por otro lado (...) una tecnología que reagrupa los efectos de masas propios de una población, que procura controlar la serie de acontecimientos riesgosos que pueden producirse en una masa viviente; una tecnología que procura controlar (y eventualmente modificar) su probabilidad o, en todo caso, compensar sus efectos” (Foucault 2001: 225).

A partir de este tránsito, en el mundo contemporáneo se generan sociedades que al construir sus espacios de intercambio multiplican el ejercicio de poder tanto a nivel del individuo como a nivel de la población y sus posibilidades reproductivas. En ella el sujeto y la masa se encuentran expuestos a técnicas de control que pueden orientar no solo las conductas sino también las posibilidades vitales del hombre como especie; este “poder de hacer vivir y dejar morir” (Foucault 2001) significó el control de los procesos biológicos de una población que se asume como objetivo.

Algo fundamental para esta nueva forma de control es lo siguiente: ello solo es posible si existe un conocimiento especializado, un conocimiento que permita actuar sobre la capacidad reproductiva de los seres humanos; estamos hablando de una ciencia y una tecnología específicas, de un cuerpo teórico – práctico que se constituye en base a la recopilación de abundante información, a rigurosos y exhaustivos procesos de investigación que han probado sus posibilidades empíricamente. Así por ejemplo, antes del desarrollo de la

biomedicina científica la población podía ser regulada por eventos coyunturales como las guerras, las pestes, los desastres naturales o por el hecho que la esperanza de vida de los neonatos era breve. Todo ello permitía alcanzar cierto equilibrio demográfico que se expresaba en la relativa simetría entre los que nacían y los que morían (debemos recordar que el número de los que nacían comúnmente resultaba inferior al de los que morían debido a que la mortandad podía alcanzar niveles muy elevados). Lo importante es que la vida no podía ser controlada ni manipulada por estructura alguna de la sociedad. En otros términos, se ejercía un control indirecto sobre la vida, mientras que sobre la muerte se podía actuar directamente. Sin embargo, el desarrollo de la ciencia médica modificó las condiciones de vida hasta el punto de producirla; de esta forma grupos humanos, clases sociales, y poblaciones específicas pudieron ser reguladas en sus posibilidades biológicas. A partir de este momento las sociedades fueron capaces de manipular, a través de políticas públicas y privadas, el proceso biológico de los humanos.

Bien, retomando el caso de Lima, tenemos que para la segunda parte del siglo XX las condiciones que propiciaban y conducían las reivindicaciones políticas de los sectores populares, así como sus posibilidades de acceso a bienes materiales y simbólicos, se transformaron. La presencia de un masivo sector popular había redefinido el escenario social en el cual se desarrollaban las luchas políticas y las relaciones de poder; es decir, los sectores populares se convirtieron en la población objetivo para una tecnología que ahora era capaz de duplicar su efectividad.

Esto muy pocas veces había sido así con respecto a la capital. Lima fue siempre – salvo en algunas circunstancias - el principal centro administrativo y político del país, sede de los gobiernos y lugar de decisiones, por tanto, espacio de poder; sin embargo, debido a la brecha entre instituciones oficiales y sociedad civil se trataba de un espacio con más poder simbólico que fáctico. No estamos diciendo que en Lima no se produjesen luchas ni batallas, pues la capital ha sido escenario de enfrentamientos internos así como de agresión externa. Lo que estamos diciendo es que existían otros espacios más importantes en los cuales las relaciones de poder, sus mecanismos, sus técnicas y la intensidad de sus consecuencias se expresaban con mayor crudeza. Por tanto, funcionaban como lugares de contradicciones y definiciones en los cuales la continuidad de los hechos podía ser interrumpida para tomar un sentido diferente.

Tomemos algunos ejemplos de nuestra historia. Durante las guerras de la independencia el Ejército Libertador liderado por José de San Martín desembarcó al sur de Lima; luego de un tiempo de negociaciones con los realistas y desplazamientos tácticos pudo ocupar la capital ante el retiro de las tropas virreinales enrumbadas hacia la sierra. A los pocos días, en cabildo abierto, los notables de la ciudad decidieron firmar el Acta de la Independencia y unos días después en 4 plazas de la ciudad se proclamó la independencia del Perú. Todos sabemos que debió llegar a nuestro territorio otro ejército, esta vez liderado por Simón Bolívar, para rendir a los realistas luego de una campaña militar en los Andes.

Lo importante de este fragmento de historia es que la independencia en Lima fue básicamente formal y simbólica. A estos hechos podríamos plantearle la siguiente lectura: no logró su objetivo la estrategia desarrollada por San Martín de alcanzar la independencia militar del país a partir de Lima y sus vecinos notables; no obstante ello, la estrategia bolivariana de presentar batalla en los Andes sí pudo concretar el objetivo. Aquí queda claro el rol de Lima como ciudad de poder simbólico más que fáctico, como lugar de decisiones más que de definiciones. Acaso no constituye una situación similar la parte final de la guerra contra Chile, cuando el ejército invasor ya ocupaba nuestra capital, el epílogo para el conflicto llegó luego de varias batallas en suelo andino.

De igual manera ocurrió durante la guerra civil entre Cáceres y Piérola (1894 – 1895). No obstante que los enfrentamientos finales se produjeron en la capital, la correlación de fuerzas al interior del país ya había inclinado la balanza a favor del sector liderado por el “califa”; esto debido a que:

“(…) las fuerzas empeñadas en derrocarlo [a Cáceres] no encontraron grandes dificultades para concertar alianzas clientelísticas con sectores campesinos, inclusive en la sierra central, para combatir contra el idolatrado *tayta*. Las fuerzas con que Piérola entró a Lima por la portada de Cocharcas eran *montoneras*” (Manrique 1995: 183).

Lo entenderemos mejor si tomamos en cuenta que, si bien es cierto, el símbolo del poder oligárquico eran los civilistas gobernando desde Lima, el punto más alto de ésta dominación estaba a cargo de los gamonales en el interior del país.

No es de extrañar que entre los principales intelectuales fuese clara la percepción del Perú como una sociedad cuyas contradicciones fundamentales se generaban en el espacio rural y en torno a las poblaciones indígenas/campesinas. Así tenemos que, después del desastre de la Guerra del Pacífico, Gonzáles Prada afirmaba que la nación peruana se encontraba conformada por los indios habitantes de la cordillera. Decía esto como un reclamo por la situación de atraso en la que se encontraba dicha población y, también, como la explicación principal para la derrota durante el conflicto. El reclamo del autor es por la condición en la que se encontraban los indios, es decir, lo que estaba denunciando es la forma en que un sistema puede ejercer poder de manera específica y sistemática sobre una población determinada.

La supuesta inferioridad del indio resultaba un sentido común entre las elites políticas de la época; así por ejemplo, en el congreso del Estado oligárquico a inicios del siglo XX, uno de sus miembros llegó a plantear el exterminio de los indios comparando nuestra situación con la expansión de los Estados Unidos (Burga y Flores Galindo, 1981). No es de extrañar que en el Código Penal de 1924 se introdujera un trato especial tomando en cuenta el origen étnico – cultural del individuo; en él las poblaciones de las comunidades serranas y selváticas eran consideradas semicivilizadas y salvajes respectivamente. Se buscaba transformar al indio en un “sujeto cualitativamente lo más apto para su explotación, y que, conforme a las nuevas circunstancias (...) se reducía a insertarlo de manera fluida y estable en los centros de expansión del capitalismo desligados del agro” (Ballón 1980: 16). Todo ello nos demuestra la

existencia de una compleja articulación entre instituciones, leyes, explicaciones científicas y justificaciones, tanto morales como religiosas, para implementar formas de control sobre la población indígena.

Desde otra perspectiva, Valcarcel escribía en *Tempestad en los Andes*:

“Un día alumbrará el Sol de Sangre, el Yawar – Inti, y todas las aguas se teñirán de rojo: de púrpura se tornarán las linfas del Titikaka; de púrpura, aun los arroyos cristalinos. Subirá la sangre hasta las altas y nevadas cúspides. Terrible Día de Sol de Sangre” (s/f: 26)

“En una sociología freudiana estas dos regiones del Perú representarían dos sexos. Femenidad la costa, masculinismo la sierra” (s/f: 122).

Sin lugar a dudas se trataba de una exaltación que se explica por el compromiso político del autor. Sin embargo, no podemos soslayar la existencia de una superficie social que hacía posible este tipo de discursos. La preeminencia de los andes como el espacio en el cual se definiría el futuro del Perú era una “verdad de época”. De igual manera, la preeminencia de lo andino en las percepciones sobre nuestra realidad y el cambio social, es uno de los elementos que llevó a José Carlos Mariátegui a proponer un socialismo particular para nuestra experiencia histórica; este socialismo ha sido de gran influencia entre los intelectuales y políticos de izquierda - reformistas y/o radicales - durante todo el siglo pasado.

Debido al centralismo las principales decisiones casi siempre se tomaron desde la capital. Pero, a pesar de ello o por lo mismo, se consideraba al contexto rural como el espacio principal y definitorio de las luchas políticas. Esta es una idea que ha funcionado como verdad –política y académica- hasta la segunda parte del siglo pasado. Por ejemplo, en un balance realizado por Hector Bejar acerca de las guerrillas de 1965 encontramos lo siguiente:

“Lógicamente, nuestra vía revolucionaria que había empezado en los grupos radicalizados de las clases medias tenía que pasar ineludiblemente, para realizarse, por el campo. Aquí no hacíamos más que recoger la comprobación lograda por las revoluciones china, cubana y argelina de que, así como los países colonizados son el eslabón más débil de la cadena imperialista, el campo es el eslabón más débil de la dominación oligárquica en cada país colonizado. Tampoco hacíamos otra cosa que tomar nota de la realidad de nuestro propio país, cuya estructura oligárquica, ya antes que nosotros, había empezado a ser sacudida por un campesinado que avanzaba hacia la recuperación de lo suyo y al encuentro de su propio destino y tratábamos de incorporarnos a su marcha” (Bejar 1973: 17).

En otra parte del texto el autor señala:

“Desde 1956, casi inadvertidamente a los ojos de las direcciones políticas de izquierda y del país entero, un nuevo factor social se había hecho presente con caracteres propios: el campesinado. Empezaba

lentamente la sindicalización en las zonas en que el campesinado es más fuerte económicamente y vive más cerca de los centros de comunicación (...) Tradicionalmente el campesinado había vivido apartado de la vida nacional (...) Ahora empezaba a plantear sus propios problemas y a desarrollar sus propias acciones” (Bejar 1973: 69).

Lo interesante de ambas citas es cómo la idea existente sobre el campo fue asumida por la mayor parte del escenario político y académico como fuerza impulsora de decisiones – acciones hasta el punto de llevar a un grupo de hombres a tomar la decisión de iniciar la lucha guerrillera en el Perú. El campo representaba el núcleo de las contradicciones del país, es decir, “el eslabón más débil de la dominación oligárquica”. La palabra débil no debemos entenderla literalmente. Lo que ella expresa es lo siguiente: un sistema de dominación debe quebrarse a partir del escenario en el cual las relaciones de poder se despliegan con mayor asimetría, con mayor intensidad. En otros términos, el final de la dominación debe comenzar en el lugar donde el poder se muestra con toda su desnudez y crudeza. En este sentido, los indios y el campesinado constituían la principal fuerza de cambio con la que debía enlazarse cualquier movimiento revolucionario de vanguardia.

En todos estos casos podemos comprobar cómo la verdad se encuentra en el discurso y no detrás o debajo de él. Esto nos demuestra que no existe una interpretación auténtica del discurso, tan solo existen “reglas de formación”, productivos entramados socioculturales, encadenamientos coyunturales para

los enunciados que son capaces de operativizar las conductas de los grupos sociales.

Bien, pensamos que todo ello comenzó a cambiar durante la segunda parte del siglo XX. Es decir, Lima desplazó a los Andes como centro de las contradicciones políticas del país. Un nuevo eslabonamiento de factores socioculturales permitió ello; así por ejemplo: la denominada “explosión demográfica”, las masivas migraciones, la heterogénea urbanización del país, la extensión e intensificación de las relaciones capitalistas, la concentración de capitales, servicios y bienes en las ciudades; la desestructuración económica, política, social y cultural de las formas de organización en el campo, los inconclusos proyectos de modernización gestionados “desde arriba” (autoritarios), y el incipiente proceso de industrialización dependiente. Estos cambios trajeron como consecuencia que los sectores urbanos populares debieran ser controlados en sus capacidades no solo conductuales, sino también en cuanto a sus posibilidades reproductivas. Podemos verlo claramente cuando durante la década de 1960 se implementaron los primeros programas de control de la reproducción sexual; durante estos años se creó el Centro de Estudios de Población y Desarrollo (CEPD), institución pública “que inició un programa de estudios demográficos y desarrolló programas experimentales de planificación familiar” entre los sectores populares (García 2004: 142). Era el inicio de una intensiva política capaz de controlar la reproducción en sectores específicos del medio urbano que, además, complementaba y ampliaba bajo otros criterios las ya conocidas normas de convivencia sexual establecidas por las comunidades religiosas.

El desarrollo de una tecnología como la del biopoder requiere de abundante información que se convierta en conocimiento capaz de ser instrumentalizado a través de métodos y técnicas; nos estamos refiriendo a conocimiento aplicado, que pueda plasmarse en acciones concretas sobre la realidad. Esta necesidad nos permite entender por qué las disciplinas científicas, preocupadas por el estudio de la sociedad y la cultura, van a mirar con especial atención al emergente escenario capitalino del país. Las diferentes visiones que tiene el conocimiento se dirigieron hacia los sectores populares compuestos predominantemente por migrantes serranos. Todas sus manifestaciones individuales y colectivas, materiales y simbólicas pasaron a ser exploradas por el régimen del conocimiento. Es por ello que con una intensidad y eficacia sin precedentes se implementó en la “gran ciudad” el binomio poder – saber. Los discursos sobre los sectores populares de la ciudad y de manera particular acerca de los migrantes se multiplicaron. A partir de este momento un inmenso cuerpo teórico – práctico comenzó a gestarse en torno a ellos.

En conclusión, por lo menos desde el siglo XIX y durante la mayor parte del siglo siguiente, la principal preocupación de políticos, juristas e intelectuales había sido lo que José Carlos Mariátegui denominó “el problema del indio”. La situación en la que se encontraba la población indígena – luego denominada campesina -, sus condiciones materiales de existencia, sus manifestaciones culturales, sus interrelaciones con el resto de la sociedad, así como el potencial transformador que poseían constituyeron el objeto de estudio y reflexión predominante en las ciencias sociales. Sin embargo, durante la segunda parte

del siglo XX, un conjunto de nuevos fenómenos urbanos comenzaron a perfilarse logrando captar la atención preferencial del mundo académico; las ciencias sociales construyeron un novedoso objeto – sujeto de estudio: los migrantes y los sectores urbanos populares. Como ya hemos señalado, se trató de un desplazamiento no solo del objeto, sino también del sujeto que observa, que explora, que escudriña y que valora.

4.3. Construyendo el referente empírico

Ahora veamos cómo durante la segunda mitad del siglo XX se fueron enlazando las preocupaciones políticas con las ubicuas reflexiones académicas propiciando el desarrollo de un referente de observación, de estudio y de control; pero a la vez, también fue tomando forma un agente social, es decir, un sujeto político que participaba activamente de las relaciones de poder que envolvían a la sociedad. En este sentido, el objetivo es precisar, a partir de los múltiples discursos, la manera en que se fue constituyendo un objeto de investigación.

4.3.1. Los espacios sociales aumentan y las demandas también

Durante los años sesenta la población aumentó vertiginosamente superando en crecimiento al período de 1940 – 1960. El censo de 1961 indicaba una población total de 9 millones novecientos mil; el 49,7% de esta población

habitaba en zonas urbanas mientras que el 50,3% lo hacía en el mundo rural, es decir, la población urbana igualaba a la rural (Contreras y Cueto 1999). A estas alturas la barriada ya representaba la principal forma de vivienda entre los sectores populares de Lima; es así que entre 1948 – 1968 se produjo la formación de 272 barriadas y en el período de 1960 a 1968 se formaron 70 asentamientos humanos, se intensificaron las migraciones y se expandieron los movimientos populares (Meneses 1998).

La población de estos asentamientos humanos aumentaba vertiginosamente siendo percibidas desde el Estado como sectores propicios para la influencia política de ideas reformistas y radicales. Lo que preocupaba a los grupos de poder y a las autoridades era la difusión de propuestas ideológicas extremas como el comunismo, que terminasen convirtiendo a las barriadas en espacios no solo de oposición sino de emergente y alternativa confrontación. En este sentido, de lo que se trataba era de controlar la organización de los pobladores populares para impedir que se conviertan en grupos de directa oposición para el orden existente. Frente a esta situación la respuesta de las elites fue, por un lado, estimular el desarrollo de la iniciativa privada y la autoayuda a través de organismos benefactores que propagasen la ideología de la burguesía y contrarrestasen la expansión de ideas comunistas (Rodríguez 1973). Por otro lado, desde el Estado se dio pasos adelante abordando el problema desde el punto de vista legal; es así que en 1961 y como producto de las recomendaciones dadas por la CRAV ¹⁸ se promulgó la Ley 13517 conocida como la “ley de barriadas” o “ley de barrios marginales”. Dicha ley reconocía las ocupaciones existentes, prohibía que se produzcan nuevas tomas de terrenos y

la comercialización de los terrenos que reconocía; mientras tanto, el Estado asumiría la responsabilidad de construir urbanizaciones populares dotadas de servicios básicos. Si, por una parte, la “ley de barriadas” representó un avance en lo referido a una legislación que formalice, proteja y permita estabilidad a los habitantes para enfrentar los siguientes retos que implica un proceso de urbanización; por otra parte, “la aplicación de la ley 13517 en su dimensión integral fracasó porque no existió voluntad política del Estado peruano para destinar los recursos económicos necesarios, y la población no contó con los recursos requeridos para su aporte” (Calderón 2005: 169).

Es por esta razón que en muchos casos la formación de barriadas “no fue reprimida, sino más bien tolerada por el Estado, debido a que descubre que la barriada una solución para las exigencias de vivienda de los sectores populares” (Meneses 1998: 117). Este contexto de populismo y paternalismo permitió la proliferación de barriadas y la obtención de servicios básicos para sus pobladores, pero implicaba la dependencia de las masas con respecto al poder central debido a que éste, en la mayoría de los casos, no legalizaba los terrenos que otorgaba. Entonces, la relación quedó definida de la siguiente manera: “el poder ofrece protección a los ocupantes ilegales a cambio de su apoyo partidario; de allí la inexistencia de cualquier estatuto legal y el mantenimiento de una cierta precariedad” (Driant 1991: 79). En este juego de intereses la dinámica política de los sectores populares debía ser subordinada, normalizada; los casos emblemáticos fueron el gobierno del general Manuel Odría (1948 – 1956) y el del general Juan Velasco (1968 – 1975).

¹⁸ La Comisión para la Reforma Agraria y Vivienda creada en 1956 durante el gobierno de Manuel Prado

Queda claro que, como consecuencia de los cambios ocurridos en la “gran ciudad”, la demanda por los servicios urbanos básicos aumentó y, con ello, la presión que realizaban los sectores populares hacia los gobiernos de turno. En los discursos políticos y académicos los movimientos populares fueron representados como un peligro para el modelo político económico, o como una alternativa de cambio social, por lo tanto se volvía necesario, desde ambas posiciones, normalizarlos.

4.3.2. La adaptación urbana y sus problemas

La evolución conductual de los migrantes en relación al nuevo escenario fue una de las preocupaciones principales del binomio poder - saber. Es por ello que el Departamento de Higiene Mental del Ministerio de Salud Pública y Asistencia social patrocinó estudios de psiquiatría social que intentaban explicar la conducta de los sectores urbanos populares para establecer tendencias que permitieran intervenir en el proceso. En este sentido, resulta importante destacar el prefacio del informe final en el cual los editores señalaban que la investigación se encontraba orientada a colaborar con el conocimiento objetivo de las poblaciones que integraban nuestra sociedad en procura de implementar programas de planificación nacional (Caravedo, et. al. 1963).

Los estudios de psiquiatría social que contiene este informe evidenciaban los problemas de adaptación e integración colectiva que padecían los sectores

marginales poniendo énfasis en los factores socioeconómicos. Con respecto a los migrantes encontraron que sus conductas habían sido severamente afectadas por las dificultades que enfrentaron en sus intentos por establecerse en Lima. Estos apremios no eran solamente consecuencia de las diferencias culturales, sino que el vertiginoso y desordenado proceso de urbanización así como el siempre incierto desarrollo económico truncaba sus expectativas de crecimiento personal y movilización social. La consecuencia de todo ello era el incremento de las tendencias depresivas, actitudes pesimistas, conductas violentas, aislamientos individuales, desintegraciones familiares, sentimientos de incapacidad y frustraciones (Rotondo, et. al. 1963: 58). La anomia social producida por un proceso de desarrollo capitalista dependiente no solo desarticulaba los valores colectivos con los que los migrantes llegaban a la capital; además de ello, dichos valores resultaban ineficientes para alcanzar una exitosa inserción social; de igual manera resultaban contradictorios en relación a los valores de la modernidad.

Frente al proceso de adaptación cultural los valores andinos resultaban poco propicios para ayudar a los provincianos que intentaban acomodarse a las nuevas condiciones de vida. La tendencia encontrada por los especialistas fue que los diferentes grupos étnicos de la barriada – a excepción de los negros - tenían una visión positiva del mestizo llegando a identificarse con dicho grupo; por el contrario, percibían sus orígenes étnicos como una limitación para los retos de la inserción y su posterior desarrollo en la ciudad. Los especialistas explicaban esta actitud por la necesidad de ser reconocidos como parte del sector mayoritario de la población:

“No debemos olvidar que [los migrantes] pertenecen a una población en proceso de transculturación, en la que se advierte una tendencia poderosa a identificarse con los valores de la cultura a la que pretenden ingresar, la que es vista como una fuente de seguridad y en donde esperan un alejamiento de toda hostilidad en relación a su condición racial” (Rotondo, et. al. 1963: 141).

Los elementos culturales andinos se disuelven entre los “valores de la cultura a la que pretenden ingresar”. La existencial búsqueda de identificación, en este caso mestiza, ahondaba el proceso de desidentización que enfrentaban los provincianos. Las precarias condiciones socioeconómicas y la condición de subalternidad étnica que experimentaban los migrantes solo podían generar el agravamiento de sus problemas conductuales. El punto es que este proceso implicaba la desvalorización de las experiencias colectivas previas de los provincianos, así como la idealización de los patrones conductuales propios de la ciudad; de esta forma, se reproducían las relaciones asimétricas que en el plano nacional existían entre el campo y la ciudad.

4.3.3. La importancia de las experiencias previas

La antropología, cuya preocupación general se encontraba en el ámbito rural y de manera específica en las comunidades campesinas, amplió su radio de acción hacia el estudio de los fenómenos urbanos gestándose una nueva

disciplina especializada en el estudio de la ciudad: la antropología urbana. Los tugurios, las barriadas, y las asociaciones de provincianos se convirtieron en sus temas centrales por representar los espacios más importantes de interacción para los migrantes al iniciar su experiencia capitalina. A su vez, barriadas y asociaciones de provincianos, fueron importantes porque permitieron reconstruir la complejidad de las nuevas relaciones socioculturales del país.

Las migraciones fueron explicadas por motivaciones económicas, sociales, educativas, de salud y de vivienda; es decir, consistía en un problema básicamente de carencias y de expectativas. Los estudios antropológicos no exploraron mayormente los factores estructurales que propiciaron la expulsión de miles de familias campesinas; por el contrario, concentraron su atención en la dinámica que emergía en el lugar de recepción. Entonces, las barriadas fueron estudiadas a partir de la acción de sus pobladores reconstruyéndose el proceso migratorio desde la ciudad:

“un patrón de establecimiento urbano, con rasgos físicos, sociales y económicos estructurados de manera singular. Estos serían que su constitución se realiza por invasión `espontánea` o concertada de espacios vacíos existentes en la periferia del casco urbano, generalmente de propiedad pública y en menor escala privada; que en ella participan grupos de familias de bajos ingresos económicos, en su mayoría procedentes de áreas rurales con una cultura `tradicional`; que tienden a organizarse a fin de actuar solidariamente para el logro de un

lote y la obtención de servicios básicos y facilidades comunales; y que entran en contacto con dependencias estatales para ser reconocidos como propietarios de sus viviendas, dando lugar así a un estilo de relación sociopolítica que difiere al de otras comunidades de base del país” (Matos 1977: 25).

Al considerarse la acción social de los pobladores se destacan, además de los aspectos positivos del proceso, los valores culturales andinos previos. Los antropólogos, preocupados por los elementos culturales que son recreados a través del tiempo y del espacio, orientaron su atención a describir y explicar las invariantes culturales, es decir, los elementos propios que mantenían su vigencia en la ciudad a pesar de los cambios, permitiendo a los migrantes adaptarse con éxito. Esta preocupación asumida como un “rescate cultural” ha singularizado las investigaciones etnográficas desde su surgimiento como disciplina académica. Es por ello que el nuevo contexto urbano les permitió ver cómo poco a poco emergía un agente urbano popular portador de elementos culturales andinos claramente diferenciado del criollo y el mestizo capitalino. Frente a las “pesimistas” percepciones de los estudios de psiquiatría social, los antropólogos reivindicaron que el migrante serrano sí era capaz de utilizar en la ciudad sus valores como recursos materiales y simbólicos para adaptarse exitosamente.

En consecuencia, los cambios que enfrentaba el país convirtieron al contexto urbano en un espacio de coexistencia múltiple en el que la dinámica social y cultural de grupos con diferentes raíces étnicas propiciaron una interacción

humana compleja y significativa; es decir, la riqueza y las contradicciones que generan la diversidad cultural se expresaron con toda su intensidad en la ciudad. El tema cultural debía posicionarse en el centro del debate y su estudio no fue ajeno a las convenciones difundidas entre y por los especialistas. Nos referimos al desarrollo de por lo menos dos perspectivas para enfocar el problema cultural, como por ejemplo, la que subordinaba los fenómenos culturales a las relaciones políticas y económicas hasta convertir lo cultural en un reflejo predeterminado; de igual manera, pero en la acera de enfrente, la perspectiva que separaba el tema cultural del entramado de poder en el que se (re)definen sus valores.

4.3.4. La lucha política e ideológica

La dinámica política del escenario urbano se evidenciaba conflictiva, en este sentido no resultaba extraño plantear el fenómeno urbano como expresión de la lucha de clases que experimentaba la sociedad peruana. El proceso de industrialización se había gestado dependiente debido al predominio de los grandes capitales y de la tecnología de los países centrales; el correlato de ello fue una dinámica mixta que, por una parte, obligaba a los trabajadores del campo a abandonar sus zonas productivas; mientras tanto, por otro lado, en las ciudades, el desequilibrio demográfico y los límites de nuestra industria dificultaban la asimilación de la fuerza de trabajo disponible en el mercado.

Las redes, tanto materiales como simbólicas, de control y dominación sobre estos sectores se intensificaron. En este sentido, un espacio central de la lucha era el nivel de la organización popular, pues las masas barriales se encontraban expuestas a las influencias de los grupos “benefactores”; estos eran instituciones privadas – nacionales y extranjeras – que actuaban en las zonas marginales con el aval de los gobiernos liberales y cuya finalidad consistía en realizar acciones de “bienestar social”:

“Esta aproximación surge de la necesidad de la burguesía nacional y de los intereses imperialistas de transmitir una determinada concepción de la sociedad a los pobladores de las barriadas, de tal forma que estos consideren que las contradicciones que día a día observan y padecen en la ciudad (...) son superables dentro del sistema capitalista, por intermedio de la auto-ayuda, la iniciativa privada, el esfuerzo individual, y el desarrollo comunal” (Rodríguez, et. al. 1973: 28).

Para los intelectuales de izquierda la acción social de los “benefactores” implicaba la organización política en términos de las normas del orden existente. Los pobladores al ser vistos como marginales podían ser convencidos por doctrinas radicales y ello debía ser evitado canalizando sus energías hacia la reproducción del sistema. Paralelo a ello se hacía necesario desarrollar un proceso de ideologización que impidiese percibir la “realidad objetiva” presentando las contradicciones estructurales del sistema como problemas individuales:

“La “falta de unión”, flojera, desconfianza, falta de conocimientos, son problemas que se sitúan en última instancia en el individuo y no en el contexto social en que se encuentran las clases sociales. Las explicaciones que se dan para tales problemas recurren a los conocidos, y tantas veces escuchados, argumentos de la idiosincrasia del serrano, a la flojera del pueblo, etc. (...) En otras palabras al invertir la situación real y ser presentados como causa de problemas personales, lo que se ha conseguido es culpar al propio pueblo de su situación (...) el fracaso de un proyecto será siempre interpretado como un fracaso de los pobladores (los dirigentes no eran buenos, no se logró motivar a toda la población, no hubo cooperación, etc.). De esta manera se logra desvincular al poblador del contexto social y los problemas de las barriadas quedan situados en un plano inmediato, local” (Rodríguez, et. al. 1973: 96 - 97).

En éste nivel, el de la lucha ideológica, se debía desmitificar la realidad y evidenciar los mecanismos de control que las elites utilizaban para manipular a los sectores populares. La realidad era encubierta por medio de mitos y significados gestados y difundidos entre la población popular en beneficio del Estado y los grupos dominantes. En algunos de estos mitos los migrantes aparecían como los responsables de los problemas urbanos de la capital:

“Los datos estadísticos señalan que el crecimiento urbano, especialmente de Lima, tiene como causa fundamental las migraciones: Es esta población en la ciudad, por otro lado, la que motiva para los

sectores de ingresos altos y medios – tradicionalmente urbanos, económicamente vinculados al comercio, los servicios, la industria -, los principales problemas de la ciudad. Es debido a ellos, y por ellos, que las ciudades costeñas – en especial Lima – afrontan problemas materiales de servicios, de congestión, de densidad y de deterioro físico” (Guerrero de los Ríos, et al. 1977: 74).

Vemos pues que las percepciones difundidas por los especialistas presentaban una Lima rodeada por un inmenso “cinturón de miseria”: la capital se encontraba compuesta mayoritariamente por grupos humanos marginales cuyo desencanto los convertía en un peligro latente para el sistema democrático vigente. Presentadas así las cosas, las relaciones políticas existentes también podían dar lugar a interpretaciones que reivindicasen a los sectores populares como el germen de un movimiento social alternativo. Como señala Guillermo Rochabrún (1994), a las organizaciones y movimientos populares los especialistas les atribuyeron una orientación socialista y, por tanto, posturas “anti - burguesas”. La confrontación por el cambio sociopolítico parecía inevitable y los intelectuales debían señalar y clarificar el camino.

El planteamiento de la dinámica urbana en términos de conflicto, de lucha de clases, de confrontación ideológica, era una tendencia discursiva que, como veremos en el siguiente capítulo, se enlazaba con el modelo del mundo bipolar y la lucha político – militar experimentada en el contexto mundial. De igual manera, la utilización de conceptos y categorías como imperialismo, revolución, comunismo, conciencia de clase; el recurso a dicotomías interpretativas:

ideología y realidad objetiva, burguesía y proletariado, base y superestructura, dominación y dependencia, etc. resultaron comunes en los discursos políticos académicos, pues debían sostener un espectro político basado en una alteridad radical que oponía casi irreconciliablemente a dos propuestas de vida social.

Durante la década de 1970 y parte de los años 80 la utilización de la Teoría de la dependencia y del Materialismo - tanto histórico como dialéctico - en los análisis sobre nuestra realidad social tuvo gran influencia en las ciencias sociales. La mayor parte de la comunidad académica reflexionó sobre el Perú a partir de estos modelos interpretativos construyendo agentes sociales que debían confrontar y definir el cambio social que necesitaba el país.

Sin embargo, años después, prácticamente desaparecieron de los discursos académicos y de las propuestas políticas. Aquellos conceptos y categorías dejaron progresivamente de ser utilizados para ser reemplazados por otras: cultura, ciudadanía, mentalidades, subjetividad, individuos, etc. De manera concomitante el movimiento popular pasó de ser clasista, conflictivo y potencialmente subversivo, a ser democrático, capitalista y de talante modernizador. Mientras tanto los valores andinos que tan bien se habían enlazado con el discurso socialista devinieron en valores funcionales a la democracia capitalista. El investigador y el espacio social se habían desplazado originando nuevas miradas, nuevas lecturas y nuevas proyecciones para la realidad.

¿Cómo explicar este giro producido por la academia?, ¿cómo explicar el surgimiento del nuevo modelo para entender la dinámica de los sectores populares?:

“Mencionemos tan solo que en parte quedó conformado por una simple resignificación de los materiales proporcionados por su antecesor, el paradigma “clasista”: en lugar de imputar a las organizaciones y luchas populares una orientación anti – burguesa, socialista o revolucionaria, se pasó a atribuirles un horizonte democrático”. (Rochabrún 1994: 9).

Explicado así los hechos, el problema pasa en gran medida por la “falta de rigor” presente entre los intelectuales a la hora de formular y probar sus tesis. Es probable que sea tal cual Rochabrún lo plantea; no obstante ello, pensamos que plantear este giro en las ciencias sociales como “falta de rigor” o como parte de una “crisis de los paradigmas” nos expone a un par de riesgos: en primer lugar, implica la existencia de una realidad externa que no ha podido ser descrita ni analizada objetivamente debido a las limitaciones o la ausencia de un modelo teórico apropiado y, en segundo lugar, nos remite a la presencia de un sujeto – el intelectual, el investigador – capaz de aprehender dicha realidad en su condición externa; es decir, el problema se explica principalmente por una relación falsa entre sujeto y objeto.

Otro punto que se pierde de vista aquí es la **naturaleza** ideológica de las ciencias sociales y las relaciones de poder que la atraviesan. No es el caso que el aspecto político ideológico sea solo un componente del proceso. No es tan

solo eso; se trata de algo más complejo, nos estamos refiriendo al vínculo intrínseco que siempre está presente a la hora de producir en disciplinas tan abiertas a la polémica como las dedicadas al estudio de la sociedad. Es decir, al hecho que el conocimiento no es ajeno a las pugnas por el poder y que, en gran medida, nace y se desarrolla en medio de ese conflicto. Por ello venimos sosteniendo que la verdad se encuentra en el discurso y la gestación del discurso resulta un hecho, además de académico, político e ideológico. Entonces, queda pendiente la explicación de los cambios descritos.

V. EL SUJETO DEMOCRÁTICO

Como hemos señalado, durante los años 80, “nuevos conceptos” van a reemplazar a los “viejos conceptos” permitiendo diferentes formas de plantear los problemas y, por tanto, de describir y proyectar las realidades. Surgió una nueva mirada con respecto a los sectores populares en la que aparecían menos clasistas y confrontacionales, así como más democráticos y nacionales. No se trató tan solo de diferentes características que se atribuyeron a una determinada realidad con sus actores respectivos, sino de un nuevo sujeto que se construyó en los discursos con los valores propios de un sistema político específico. Para ser concretos, la cultura andina se recreó democráticamente en la ciudad; es decir, los valores culturales andinos tan afines - dentro de una tradición intelectual que viene desde José Carlos Mariátegui - al discurso socialista devinieron democráticos, liberales y modernos en el nuevo contexto urbano. Apreciemos algunos fragmentos que describen el nuevo rol de los migrantes urbanos populares:

“De ser siervos, *waqchas*, clientes o plebeyos, a lo largo de su periplo los fundadores de Cruz de Mayo se convierten en parte del contingente de pioneros que, al invadir tierras y construir nuevos asentamientos llevan (o traen) el proceso de *democratización social* al corazón mismo del dominio oligárquico y burgués dependiente, a Lima. Porque a través de su acción contribuyen a plasmar uno de los fundamentos de la ciudadanía: la igualdad de condiciones sociales, hasta entonces escamoteada por un Estado con fuertes rasgos patrimonialistas y excluyentes” (Degregori, Blondet y Lynch 1986: 21).

*“En esa larga jornada de **waqcha** / siervo / cliente a pionero y a ciudadano trabajador, el migrante se revela más moderno, más democrático y más nacional que los sectores dominantes criollos”* (Degregori, Blondet y Lynch 1986: 290).¹⁹

“(…) la emergencia de un nuevo tipo de empresariado nacional, asociado más al universo cultural andino y ubicado fundamentalmente a nivel de la pequeña industria informal (...) La experiencia de estos “empresarios populares” forman parte de un fenómeno económico y social, probablemente impensable hace algunos años” (Adams y Valdivia 1991: 11, 12).

“(…) el vigoroso desarrollo de la cultura chola promueve un poderoso movimiento culturalmente homogenizador en el que se enraíza la nueva identidad nacional peruana” (Franco 1991: 40).

“De lo que se tratará en adelante es de reflexionar acerca de cómo la población que la migración aparcó en las ciudades comenzó a autodefinirse como sujeto moderno (...) Si la migración produce, o más bien, coproduce la urbanización, el SIU, la cultura chola y la organización popular lo hace por la vía de la transformación de su sujeto —el migrante— en poblador urbano, productor informal, cholo emergente, organizador popular y ciudadano político” (Franco 1991: 92).

“(...) en la década de los ochenta (...) también quedó en evidencia la pérdida progresiva de la centralidad de los trabajadores y el surgimiento del informal, acaso como el principal agente de la modernización” (Adrianzén 1990: 39).

“Ante el bloqueo de su integración (...) la mayoritaria masa urbana de migrantes se hace cargo, al promediar la década de 1980, de su propia dinámica económica, social y cultural. Las barriadas y los barrios populosos (...) se convierten en focos poderosos de un nuevo mestizaje de predominante colorido andino, generando estilos de cultura, opciones económicas, sistemas de organización y creando las bases de una nueva institucionalidad que se expande, encontrando escasas resistencias, entre los resquicios de las estructuras oficiales” (Matos Mar 1988: 79).

¹⁹ Las cursivas y negrita corresponden a los autores del texto.

“(…) el empleo visto como la posibilidad de las familias de los sectores populares de generar ingresos (…) y fundamentalmente como un medio para expresar sus sentimientos, su concepción de la vida, su carácter innovativo, de hacerse un espacio en la ciudad, de expresar su voz como un agente fundamental de la modernidad, en especial en los últimos años” (Chávez 1990: 73).

Esta nueva manera de observar, interpretar, diagnosticar y proyectar la realidad no era tan solo un reemplazo de conceptos, un relevo de cuerpo teórico – práctico que iba a permitir conocer diferente o mejor. Por el contrario, debemos considerar que esta apertura emergía de una lucha por la hegemonía del significado; esto quiere decir, de una lucha por la producción del conocimiento como parte de las relaciones políticas e ideológicas vigentes. De esta forma, el espacio en donde se establecieron los límites para lo decible así como para lo que resultaba verdad fue modificado. En otros términos, los discursos que tuviesen como agentes principales del accionar social a los campesinos y obreros, sustentados en modelos de organización social colectiva perdieron legitimidad hasta ser prácticamente desplazados, quedando en condición subordinada dentro del mundo académico.

Veamos, pues, la superficie sociocultural y las relaciones de poder que permitieron esta mutación de la cual emergieron las nuevas posibilidades de hablar y escribir sobre nuestra realidad. En nuestros términos, evidenciamos cómo se enlazaron el saber con la política.

5.1. El “fin de la historia” ²⁰

Luego de finalizada la segunda guerra mundial la mayor parte del mundo quedó dividido en dos grandes bloques: uno capitalista, democrático y liberal, encabezado por los E.E.U.U. y los principales países de Europa occidental; mientras que el otro bloque, comunista / socialista, bajo la dirección de la ex – U.R.S.S. Esta confrontación entre las dos superpotencias – evento conocido como la “guerra fría” - constituyó una lucha política, económica, militar, ideológica, artística, científica e incluso deportiva por la hegemonía mundial.

Los cambios geopolíticos ocurridos a partir de la “gran guerra” así como la expansión del modelo industrial habían redefinido el escenario europeo y la correlación de fuerzas vigentes. Es por ello que durante casi medio siglo este evento marcó las relaciones internacionales no solo entre los países europeos, sino que influyó grandemente en los gobiernos y las luchas internas de los países tercermundistas, orientando sus proyectos políticos tanto reformistas como radicales.

No se trataba de una confrontación entre dos bloques internamente homogéneos que desplegaban fuerzas simétricas, pues el nivel de desarrollo económico y militar alcanzado por el lado occidental no era igualado por el bloque oriental. A pesar del desequilibrio de las fuerzas en juego - o quizás por ello - la situación en Europa fue relativamente estable en la medida que la redistribución geopolítica posterior al conflicto no fue violentada mayormente.

De esta manera, los riesgos de un apocalíptico enfrentamiento militar disminuían considerablemente en los denominados países del primer mundo y segundo mundo. Sin embargo, la situación se muestra diferente si salimos de Europa, pues “pocos estados del tercer mundo, cualquiera que fuese su tamaño, pasaron los años cincuenta (o la fecha de su independencia) sin revolución, sin golpes militares para reprimir, prevenir o realizar la revolución, o cualquier otro tipo de conflicto armado interno” (Hobsbawm 1998: 433)

En consecuencia, la “guerra fría” en Europa resultó - contra lo que la propaganda oficial anunciaba - un período de relativa estabilidad salvo algunos momentos de crisis; por el contrario, para los países tercermundistas significó el impulso que sus contradicciones internas requerían para estallar. En este sentido, podemos sostener que para el primer mundo la “guerra fría” fue un enfrentamiento fundamentalmente político – ideológico; mientras que para los países subdesarrollados representó, además de un enfrentamiento político - ideológico, una guerra interna.

Según Noam Chomsky (2002) la “guerra fría” fue una construcción ideológica que permitió a norteamericanos y soviéticos disputarse la hegemonía mundial. Esta construcción ideológica era principalmente alentada por el Estado norteamericano debido a que el “peligro soviético” no era tal, pues “la influencia y capacidad de coacción de Moscú” ya se encontraba en declive durante la década de los sesenta y resultaba palmaria al final de los años setenta. Sin embargo, la necesidad de la política norteamericana por mantener el dominio global implicaba políticas de intervención en diferentes regiones del

²⁰ El nombre para el subtítulo ha sido tomado del texto de Francis Fukuyama.

mundo; esto hacía necesario mantener vigente la imagen del “peligro soviético” para el planeta.

A pesar de las asimetrías, mantener la alteridad radical (occidente – oriente) beneficiaba a ambos regímenes, pues visto desde los intereses locales “la guerra fría sirvió para reforzar el poder de la elite militar-burocrática cuya autoridad deriva del golpe bolchevique de Octubre de 1917” permitiéndole a los soviéticos afirmar su hegemonía en el lado oriental así como alentar movimientos revolucionarios en diferentes partes del mundo. Mientras tanto, en “lo que respecta a los Estados Unidos, la guerra fría ha sido una historia de subversión, agresión y terrorismo de Estado en todo el mundo (...)” en procura del control de los principales recursos y mercados (Chomsky 2002: 316).

La imagen de un mundo dividido y en competencia resultaba funcional a las dos superpotencias a pesar de que el desequilibrio evidente de sus fuerzas hacía inviable un enfrentamiento bélico. Incluso cuando los soviéticos alcanzaron cierta paridad militar con los Estados Unidos - a inicios de los setenta - el miedo a la destrucción total de ambos no hacía viable el enfrentamiento. No obstante ello, la imagen que el mundo se encontraba polarizado entre el bien y el mal, la libertad y el totalitarismo, la luz y la oscuridad, beneficiaba los intereses políticos y económicos que con respecto al resto del planeta tenían ambos superestados.

Este contexto propició el desarrollo y la expansión de discursos que representaron formas diferentes de organizar la sociedad tanto del presente

como la esperada nueva sociedad del futuro. En otros términos, se produjo una pugna por la hegemonía discursiva entre la democracia liberal y el socialismo; ambos discursos encarnaron formas de organización y de poder con pretensiones universales, por tanto, resultaban excluyentes. En este sentido, cualquier intento de propagar alguno de los sistemas justificaba la inmediata respuesta del otro. Se trataba de una permanente dinámica de acción – reacción, de afirmación - negación que bloqueaba la posibilidad de algo distinto, alternativo, pues lo diferente significaba un riesgo para ambos y no podía ser tolerado. En estas condiciones quedaba claro que dicha historia solo terminaría con el predominio de un discurso sobre el otro.

La década de 1980 es de gran importancia porque en ella se expresaron cambios fundamentales. Los más importantes ocurrieron en el modo de producción capitalista, pues luego de un período de aproximadamente 25 años de bienestar económico conocido como los “años dorados”, se produjo una crisis mundial del sistema económico, expresada en el “estancamiento de la producción, una mengua de la productividad y una intensificación de los conflictos clasistas (...)” (Petras 2002: 18). Como consecuencia de ello, las sociedades del primer mundo “volvieron a conocer las grandes hambrunas, cuya imagen típica fue el niño exótico muriéndose de hambre, visto después de cenar en las pantallas de todos los televisores occidentales (...)” (Hobsbawm 1998: 263). La “edad de oro” llegaba así a su final.

Si bien es cierto un ciclo económico estaba culminando, también lo era que una nueva etapa de expansión comenzaba a abrirse paso. La nueva etapa

consistió en una reforma radical de talante liberal. A partir de 1980 los partidarios del libre mercado desplazaron a los economistas keynesianos en la dirección de las políticas gubernamentales. Los Estados Unidos y el Reino Unido fueron los gobiernos que lideraron esta reforma neoliberal; dicho credo se sostiene en la creencia que las “fuerzas del mercado” pueden regir la vida económica de los países sin mayores controles ni participación del Estado. Esta ola neoliberal se expandió e impuso mundialmente llegando incluso, hacia finales de esta década, a las devaluadas economías de los estados socialistas que, en poco tiempo y bajo la asesoría de especialistas occidentales, también implantaron el libre mercado en sus respectivos países.

Esta reestructuración de la economía en términos neoliberales era además una redefinición política e ideológica del sistema mundial bipolar y, por tanto, de la alteridad radical. Los cambios en la estructura económica mundial tuvieron su correlato en el escenario político. Por estos años ya resultaba evidente que la U.R.S.S. no representaba una amenaza mundial, además debía enfrentar las demandas internas que una economía sin mayores rasgos de socialismo y en crisis generaba. El hecho que ya no resultase creíble la imagen de una URSS expansiva y peligrosa para el orden existente desgastaba la imagen bipolar que se tenía del mundo. La economía soviética se había estancado y su matriz industrial no iba a poder enfrentar las demandas de una economía mundial postindustrial.

Es por ello que para los años 80 la correlación de fuerzas se había modificado nuevamente en el escenario global. La hegemonía mundial ya no era disputada

entre dos bloques. Ahora, los E.E.U.U. competían con los principales países de Europa occidental – en pleno proceso de unificación económica – y la emergente economía japonesa. Por tanto, el mundo presentaba una tripolaridad capitalista en la que el fantasma del avance comunista se difuminaba cada vez más.

En síntesis, el fin de la guerra fría, la desintegración de la Unión Soviética y la imposición de la democracia liberal como modelo político económico, constituyeron las principales expresiones de la lucha producida por el poder mundial durante la segunda mitad del siglo XX. Expresaron una correlación de fuerzas que se definió unilinealmente produciendo el colapso de la alteridad radical. El fin de la guerra fría que puso al descubierto, entre otras cosas, el cariz ideológico del mundo bipolar, así como la desintegración de la URSS, ponían el punto final para uno de los proyectos políticos que pretendió definir teleológicamente la historia de la humanidad; de esta manera, el camino bidireccional por el que avanzaban los pueblos cerraba una de sus rutas. Es decir, el riesgo que representó el comunismo como alternativa de vida social que liberase al hombre de la explotación capitalista se desvaneció por completo. Y, con ello, una forma de entender la historia humana se difuminó. En consecuencia, el capitalismo y la democracia liberal habían triunfado coyunturalmente.

5.2. De la alteridad radical a las múltiples alteridades

La década de 1980 fue testigo del triunfo de la democracia liberal y del capitalismo privado. Se trató de un triunfo de por lo menos 3 dimensiones interrelacionadas: en el nivel político – ideológico, la hegemonía de la democracia liberal como forma de gobierno y representación hegemónica altamente excluyente; en el aspecto económico, la imposición del capitalismo de libre mercado con el predominio de los capitales transnacionales que reducen las posibilidades de actuación del Estado, especialmente en determinados contextos; mientras tanto, en el nivel simbólico, la legitimación de un sentido para la historia, es decir de un ritmo histórico singular para la mayor parte de los seres humanos, que es representado como el “único” camino. En los pocos espacios en los cuales no se había consolidado este múltiple proceso no tardó en imponerse sea a través del consenso o, en ocasiones, por medios violentos.

Debemos destacar que en esta emergente dinámica fue fundamental el desarrollo de la tecnología de las comunicaciones y la informática. Éstas enfrentaron a las colectividades con una dinámica ajena a sus experiencias previas acelerando los intercambios y estrechando las diferencias. Los medios de comunicación extendieron hasta los lugares más remotos las nuevas condiciones, multiplicando sus formas ilimitadamente. La globalización del mundo en términos de un modelo económico – político se convirtió en una realidad innegable que circulaba por todo el mundo convertida en bienes de capital así como en bienes culturales. Como consecuencia de ello, los mercados se ampliaron vertiginosamente transformando el mundo en una especie de megacentro de consumo masivo. Esto permitió a los capitalistas de

las empresas transnacionales desbordar, con sus inversiones, los límites institucionales de los estados centrales, para insertarse en las diferentes economías e integrarlas al circuito mercantil de producción y consumo. Ya no era posible la existencia de espacios desconectados de la lógica capitalista.

De forma concomitante se produjo una reconcentración del poder público en espacios centralizados con capacidad para decidir y definir las relaciones internacionales. Dicho proceso fue sustentado por la hegemonía del Estado – nación demoliberal. Debemos tomar en cuenta que, si bien es cierto y en términos generales, la economía transnacional afectaba las bases de los estados; este proceso no resultó igual en todas partes, pues mientras los estados centrales del primer mundo se volvían cada vez más fuertes haciendo respetar su institucionalidad tanto interna como externamente, los estados periféricos del tercer mundo se debilitaban rápidamente.

Esta emergente dinámica tuvo como consecuencia la disolución de la alteridad radical que predominó en el mundo durante la mayor parte del siglo XX. Entendemos por alteridad radical la oposición permanente entre dos maneras de concebir la vida sociocultural y el tiempo histórico. Dicha alteridad se caracterizaba por presentarse fundamentalmente en términos políticos y económicos; esto quiere decir que las estructuras de poder, constituidas por las interacciones políticas y económicas, funcionaban como la última instancia que marcaba el ritmo y el rumbo de la evolución para las sociedades, determinando su sentido histórico. Es por ello que la alteridad radical quedaba determinada en términos de una dicotomía confrontacional, directa, constante y recíproca.

La alteridad radical expresaba la competencia por la historia entre dos discursos políticamente excluyentes pero convergentes en sus utopías: la igualdad y la libertad del ser humano. En este contexto, para que una de las partes pueda integrarse y afirmarse colectivamente como una propuesta superior; la otra debía ser absolutizada negativamente, debía encarnar los defectos del sistema, y representar el mal absoluto. Una lucha con estas características, inevitablemente, propiciaba actitudes autoritarias e incluso posturas extremas capaces de terminar en lamentables períodos de violencia indiscriminada. En nuestra experiencia histórica la guerra interna iniciada por Sendero Luminoso fue un ejemplo extremo de ello.²¹

En esta pugna de oposiciones radicales los intentos por situarse a distancia de ambos polos se encontraban expuestos al doble fuego de las interpretaciones antagonistas. Así tenemos que, en nuestro caso, cuando el gobierno militar – especialmente la denominada Primera Fase (1968-1975) - abrió una “nueva vía” junto al grupo de países que se denominaron “No Alineados”, fueron vistos como comunistas desde uno de los extremos y como “reformistas burgueses” desde el otro. El punto es que en una relación del tipo alteridad radical los espacios se reducen y, si es posible desplazarse, los límites para las representaciones e interpretaciones siempre se encuentran predeterminados por los discursos hegemónicos.

Sin embargo, al descomponerse la alteridad radical se dio paso a un mundo en el que las posibilidades de identificarse se multiplicaron diversificándose las

experiencias colectivas. La derrota de uno de los bloques permitió al otro expandirse ilimitadamente propiciando con ello que los intercambios así como las resignificaciones de los fenómenos se volvieran comunes. Es por ello que, a diferencia del momento anterior, las alteridades múltiples en la contemporaneidad son básicamente culturales; entendiendo el fenómeno cultural en un sentido restringido, es decir referido a costumbres, tradiciones y estilos de vida.

Por ello sostenemos que la característica principal de las alteridades múltiples es su pretendida desvinculación de las luchas por el poder. Expliquemos esto: en el mundo postalteridad radical las posibilidades de manifestarse en el nivel simbólico resultan ilimitadas en la medida en que no representen una alternativa estructurada para las formas de poder vigente. La intolerancia política – económica del sistema mundial vigente es evidente; no obstante ello, es compensado con la diversidad cultural que expresa una sociedad civil que se presume ajena a fines ideológicos. Si bien es cierto, en este nuevo escenario, la construcción de alteridades se multiplica constantemente, esto no necesariamente convierte a las interacciones de los individuos en más democráticas. La paradoja es que a pesar de existir más diferencia, de producirse más diálogo y apertura, todo ello ocurre siempre en la misma dirección. Dicho de otra manera, las posibilidades de enunciar y articular discursos se encuentran restringidas a una sola forma de entender la historia bajo el riesgo de ser considerado totalitario, fundamentalista o exótico. En este sentido, no es de extrañar la preocupación por los fenómenos culturales durante las últimas décadas del siglo XX. En un mundo altamente

²¹ Más adelante desarrollaremos este tema.

homogenizado, en el cual casi no está permitido plantear la posibilidad de una sociedad distinta a la democracia capitalista, los temas culturales aportan la cuota necesaria de diversidad y pluralidad que en términos políticos y económicos el sistema – mundo no tolera.

A diferencia de lo que ocurre actualmente, en medio de un mundo bipolar el juego de oposiciones resultaba primordial; es por ello que la alteridad radical debía nutrirse permanentemente para ser funcional a los intereses de los superestados que se disputaban el control de los recursos y los mercados internacionales, así como a las necesidades de los grupos locales en pugna. En este contexto fue común la idea que la Unión Soviética y la China intervenían – directa o indirectamente - en las relaciones políticas internas de los países subdesarrollados apoyando o propiciando el surgimiento de movimientos subversivos, así como la producción - actuación de los intelectuales.

Los intelectuales, especialmente los científicos sociales, debían asumir un compromiso político y social con el cambio, pues ello representaba el límite entre el intelectual progresista y el reaccionario. En ambos frentes la intervención política era considerada parte de la dinámica de la actividad intelectual. Esto puede explicarse porque gran parte de esta lucha se produjo en el nivel de las ideas, por la hegemonía de los significantes y sus enlaces; es decir, nos encontrábamos en medio de una confrontación entre los argumentos que defendían la libertad del futuro frente a los argumentos que defendían la libertad del presente.

En conclusión, la creencia que en el mundo se libraba una batalla decisiva entre el “bien” y el “mal” fue la forma de representar una alteridad mundial que permitió la construcción tanto de autoidentidades como de exoidentidades. Ello se expresaba a través de una compleja interrelación que afirmaba el nosotros con respecto al otro en medio de un tránsito incesante de intercambios. Al desplomarse esta alteridad radical, además de quedar sancionada la hegemonía de uno de los bloques – el occidental –, se perdía la posibilidad de ser el otro alternativo, el que puede disputar y competir por el control mundial y por el devenir. De aquí en adelante predominará el nosotros occidental, liberal, democrático y capitalista para el que no existe un otro radical, sino los otros culturalmente diversos.

Un mundo del ahora y del mañana se había esfumado.

5.3. La revolución se encuentra a la vuelta de la esquina²²

Como señala Hobsbawm (1998), la diferencia principal entre el primer mundo y el tercer mundo fue que éste conformaba una zona de revolución o de peligro inminente de revolución, constituyendo así un espacio propicio para el estallido de períodos violentos en el que la vida de las personas se exponía a formas arbitrarias de actuación. Los movimientos revolucionarios en nombre del socialismo o de los nacionalismos, los golpes de estado - en ocasiones

²² Expresión utilizada por el profesor Carlos I. Degregori durante sus clases del pregrado en el curso de Antropología peruana.

alentados por alguna de las superpotencias - y las guerras internas han sido constantes durante el siglo XX, haciendo de esta zona una de las más inestables y convulsas del planeta.

En la mayoría de los casos los conflictos en el tercer mundo constituyeron una extensión aplicada de la guerra fría. Si, como hemos visto, la guerra fría era básicamente una construcción ideológica que permitía a las grandes potencias dirigir los destinos del planeta; en los países subdesarrollados sus consecuencias desbordaron las convenciones políticas logrando potenciar las contradicciones en las que históricamente se desenvolvían estas sociedades, desencadenando períodos de violencia política descarnada. En este sentido, las políticas intervencionistas – directas e indirectas – de los dos superestados trajeron consecuencias nefastas para la historia social del tercer mundo.

Así por ejemplo, cuando los Estados Unidos intervenían en algún país lo hacían estableciendo alianzas con los sectores más conservadores, persiguiendo el objetivo de contener el avance del comunismo; como consecuencia de ello, las revoluciones o los movimientos de liberación nacional se construían a sí mismos como nacionalistas y/o socialistas con referencia a los grupos de poder locales y al imperialismo norteamericano que los respaldaba. De esta manera, los E.E.U.U. y su modelo de organización sociopolítico devenían en el otro, en la alteridad radical que permitía a los grupos insurgentes presentarse como una alternativa progresista y diferente. De igual manera, cuando la Unión soviética, a pesar de sus menores posibilidades, intentaba ampliar su proyecto político, las resistencias y las

luchas en nombre de la libertad no se hacían esperar, así como el propicio apoyo del otro superestado. El planeta se encontraba en medio de una alteridad radical que no solo separaba y oponía; sino que, en determinados contextos, enfrentaba directamente.

En la historia latinoamericana la revolución cubana (1959) marcó el inicio de un ciclo guerrillero que envolvió a varios países de la región, incluido el Perú. Esta revolución fue un movimiento conformado por fuerzas irregulares que, liderado por Fidel Castro y recurriendo a la estrategia guerrillera, logró invadir Cuba para derrocar al gobierno del dictador Batista que gozaba del apoyo de los Estados Unidos. Lo que nos interesa resaltar de este acontecimiento es la manera cómo la alteridad radical redefinía los escenarios regionales; nos estamos refiriendo al siguiente hecho: inicialmente este movimiento no fue comunista e incluso mantenía diferencias con el Partido Comunista Cubano; sin embargo, dada la correlación de fuerzas vigentes en el escenario internacional “todo empujaba al movimiento castrista en dirección al comunismo, desde la ideología revolucionaria general de quienes estaban prestos a sumarse a insurrecciones armadas guerrilleras, hasta el apasionado anticomunismo del imperialismo estadounidense (...)” (Hobsbawm 1998: 438). No negamos las convicciones de sus líderes, pero es indudable que el reto de hacer internamente viable la revolución así como de defenderla de la presión externa norteamericana, terminó por convencer a Castro y sus seguidores de la necesidad del socialismo para Cuba.

De esta manera la revolución cubana se convirtió en modelo e inspiración para líderes revolucionarios, jóvenes rebeldes e intelectuales en el resto de América Latina que, durante la década de 1960, experimentó una importante oleada revolucionaria. Es decir, a partir de este hecho o motivados por él, se produjeron movimientos revolucionarios, campesinos, y golpes de estado en diferentes países de la región reivindicándose posiciones nacionalistas, socialistas y antiimperialistas.

En el caso del Perú, las movilizaciones campesinas no solo evidenciaban las fisuras del sistema de dominación, sino también alentaban las proyecciones de los intelectuales, especialmente las de los comprometidos. El movimiento campesino había evolucionado desde los años 30 hacia una politización en su organización y objetivos. A diferencia de las movilizaciones campesinas de fines del siglo XIX e inicios del XX, cuyos objetivos eran específicos y no buscaban cambios radicales en las estructuras de dominación, los movimientos de los años 50 en adelante fueron conscientes de su realidad histórico – política y se encontraron dirigidos contra las estructuras de poder buscando modificarlas parcial o totalmente (Quijano 1979).

Este ciclo de movilizaciones campesinas (1956 – 1965) se dejó sentir en todo el país, pero con mayor intensidad en la sierra sur y la sierra central. Las politizadas masas campesinas iniciaron un proceso de recuperación de tierras desatándose un período de violencia rural que evidenció los límites del control oligárquico y planteaba la necesidad de reformas estructurales. Es este el contexto en el cual se desarrolló el primer intento guerrillero en el Perú: a

finales de 1950 surgió el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) cuyos líderes decidieron iniciar la acción guerrillera utilizando la estrategia foquista; sin embargo, la rápida y represiva acción del ejército peruano, junto al apoyo tecnológico - militar brindado por los E.E.U.U., acabó rápidamente con este intento.

Si bien es cierto las movilizaciones campesinas y las guerrillas fueron detenidas por medio de la represión oficial, también lo fue que las esperadas reformas políticas se diluyeron en los debates parlamentarios del gobierno de Belaúnde (1963 – 1968), sin que la perentoria reforma agraria propuesta por el régimen y reivindicada por los opositores pudiese concretarse. Era evidente, como en otros momentos de nuestra historia, la incapacidad de las elites. La situación del agro, la crisis económica y el desprestigio político del régimen de Belaúnde propiciaron el golpe de estado encabezado por Juan Velasco Alvarado, dándose así inicio al proyecto político reformista más importante experimentado por el país durante el siglo XX.

A diferencia de otros momentos de nuestra historia, en esta ocasión la insurgencia militar se sustentaba en pilares que respondían a un nuevo posicionamiento del ejército en el escenario nacional. La modernización de las fuerzas militares había permitido la introducción de conceptos que redefinían el rol de los militares en la sociedad, pues “se comenzaron (...) a experimentar una serie de modificaciones en su organización e ideología que le fueron dando autonomía respecto de la clase dominante” (Cotler 1992: 318). Estos cambios implicaban que el ejército amplíe sus funciones “como elemento clave de la

expansión de las actividades del Estado, encargado de dirigir y organizar a la sociedad, en procura del desarrollo y, en consecuencia, de la Defensa Nacional” (Cotler 1992: 322). Es decir, las funciones militares que habían estado centradas en la seguridad interna y externa del país se ampliaron hacia el control y la dirección de la sociedad con el objetivo de alcanzar el desarrollo y la unidad nacional. Para alcanzar este objetivo resultaba fundamental el control del Estado y la sociedad por parte de las Fuerzas Armadas.

El modelo político que impusieron las Fuerzas Armadas originó discusiones entre políticos e intelectuales quienes no alcanzaban acuerdo acerca de su definición. Para algunos “se asemejaba a las antiguas ideas cooperativistas del APRA o el modelo yugoslavo del Mariscal Tito; mientras que otros preferían denominarlo “capitalismo de estado” (Contreras y Cueto 1999: 265). Lo cierto es que el proyecto militarista incorporaba heterogéneas y dispersas voces, sin embargo, todas ellas coincidían en la necesidad de realizar cambios estructurales. En el proyecto militar se encarnaron varios elementos afines a las aspiraciones de los diferentes grupos comprometidos con el cambio social que debía ocurrir en el país. Así tenemos que en el discurso y las acciones del gobierno militar podemos encontrar elementos de la utopía andina, del cooperativismo, del socialismo, del humanismo cristiano y del nacionalismo. Por ejemplo, una de las medidas más importantes como la reforma agraria “se basaba en influencias tan diversas como el cooperativismo demócrata cristiano, el colectivismo marxista y el tradicional espíritu comunitario andino (ayllu)” (Klarén 2004: 419).

En el mensaje a la nación por el “Primer Aniversario de la Revolución” (1969), el presidente Velasco proclamaba que el país se encontraba en un proceso revolucionario, el cual se caracterizaba porque:

“sustituye un sistema político, social y económico, por otro, cualitativamente diferente (...) Una revolución profunda y verdadera, no podía surgir de un ordenamiento político que en los hechos, discriminó y siempre puso de lado a las grandes mayorías nacionales. La realidad de una revolución así, sólo podía concretarse rompiendo ese ordenamiento tradicional. Los grandes objetivos de la Revolución, son superar el subdesarrollo y conquistar la Independencia Económica del Perú (...) Los adversarios irreductibles de nuestro movimiento, serán siempre quienes sienten vulnerados sus intereses y su privilegios: es la oligarquía” (citado en Contreras y Cueto 1999: 266).

“Revolución”, “independencia económica”, “superar el subdesarrollo”, inclusión de “las grandes mayorías nacionales”, acabar con los privilegios de la “oligarquía”, eran demandas generales presentes en el ambiente reformista que se había ido generando en el país durante la segunda mitad del siglo anterior, y que los gobiernos de turno fueron incapaces de cumplir. Entonces, no es de extrañar que políticos e intelectuales de tendencias tan disímiles, que iban desde la democracia cristiana hasta el comunismo de orientación soviética, apoyaran directa o indirectamente dicho gobierno.

El desarrollo y la integración nacional resultaban asuntos pendientes desde nuestra constitución como estado - nación republicano; por tanto, alcanzar estos objetivos era un compromiso ineludible para las posiciones progresistas. Era obvia la existencia y gravitación de un “ánimo reformista” que los llevó a creer en la viabilidad del programa militar. Debemos tomar en cuenta que las fronteras entre el político y el intelectual eran cruzadas con facilidad. La militancia partidaria y el compromiso eran rasgos que definían a un intelectual más que su producción académica. Para un intelectual comprometido vincular la teoría y la práctica en procura de la acción transformadora era parte de su responsabilidad social y una manera de sintonizar con los cambios históricos que debían ocurrir.

En 1975 con la deposición del presidente Velasco por parte del general Morales Bermúdez comienza la “segunda fase” del gobierno militar. Durante este segundo momento se fueron desactivando progresivamente las reformas iniciadas en la primera fase velasquista y se preparó el retorno del país al sistema democrático. Lo fundamental fue la desarticulación del avance más importante alcanzado en la etapa anterior: el principal logro del gobierno de Velasco había sido tejer redes políticas y sociales que vincularan al Estado con los actores colectivos en procura del equilibrio, la inclusión y una idea de nación integrada, todo ello “desde arriba”. De esta manera se habían logrado ampliar las bases sociales del país y los espacios de “democratización” tanto horizontal como verticalmente. Si bien es cierto, el gobierno cuestionaba la democracia formal y pretendía desplazar a los partidos políticos para controlar el movimiento popular a través del SINAMOS, los niveles de organización y de

participación política alcanzados superaron los intentos hechos por los gobiernos anteriores. El punto aquí es el siguiente: durante el período de Morales Bermúdez esta urdimbre social comenzó a ser cortada bruscamente, sin alternativas concretas que le permitieran a la población mantener en condiciones mínimas el pacto social.

Las reformas militares habían estado destinadas, en gran medida, a contener el avance de la izquierda radical, pero al quebrarse los frágiles lazos sociales y sin mayores opciones, los espacios de intercambios se interrumpieron agudizándose el problema de la representación política. Con la democracia formal iniciada en 1980 la situación no mejoró sustancialmente, pues los gobiernos de turno no fueron capaces o no les interesó reestablecer redes sociales simétricas entre el Estado y la sociedad civil. Como consecuencia de ello, el “proceso de democratización” iniciado durante la “primera fase” fracasó y las zonas rurales más pobres así como los grupos urbanos marginales se convirtieron en tierra fértil para posiciones radicales y extremas. El sector de la izquierda reformista lo entendió así e intentó reestablecer el tejido social realizando trabajo de base entre los sectores populares, sin embargo, un pequeño grupo de la izquierda radicalizada ya había decidido escribir otra historia para el país iniciando la lucha armada.

5.4. El otro fin de la historia ²³

²³ Al finalizar la década de 1970 comienza en el país un período de guerra interna que tuvo como actores a dos grupos subversivos: el Movimiento Revolucionario Túpac Amarru y Sendero Luminoso. Las características de cada grupo, su forma de actuar y el daño que produjeron han sido explicadas en el Informe Final de la C.V.R.. En términos generales, ambos grupos pueden ser considerados parte del

El final para el gobierno militar lo era también, en mayor o menor medida, para las demás posiciones reformistas que asumían el cambio social sin necesidad de recurrir a la lucha armada. Es decir, en el proyecto político de las Fuerzas Armadas se condensaron muchos de los objetivos e ideales del ambiente reformista que existía en los medios políticos y académicos. Como hemos visto, esto había llevado a muchos a creer en el denominado “modelo peruano” y seguirlo, como es el caso del apoyo brindado por el Partido Comunista al proyecto militar, el cual terminó evidenciando los límites de la tesis soviética sobre el “trámite pacífico al socialismo”.

En esta situación, al iniciarse la década de 1980, el Perú ingresaba a la órbita de dos proyectos políticos fundamentalistas. Uno tenía su punto de partida en el mundo desarrollado y global, mientras que el otro en una de las zonas más pobres y alejadas del país; ambos procesos coincidieron de manera singular y dramática en nuestra historia. Por una parte, nos estamos refiriendo al fenómeno globalizador, que implicaba una reforma estructural del capitalismo en términos neoliberales imponiendo una economía de mercado de tinte fundamentalista, no solo por sus “recetas económicas”, sino también por los métodos políticos a los que recurrió para imponerse: convivencia con gobiernos autoritarios, violentos y corruptos.²⁴ Por otra parte, desde una zona rural, atrasada y alejada del “país oficial” otra historia se encontraba en gestación, una historia que iba contra el sentido que habían determinado los centros

mismo proceso, sin embargo por sus interpretaciones y por la magnitud de sus acciones consideramos a S.L. el punto extremo de los “vientos reformistas” que vivió el Perú.

metropolitanos; nos estamos refiriendo al hecho que un pequeño grupo de la izquierda radicalizada, denominado Sendero Luminoso, comenzaba la guerra interna más sangrienta de nuestra historia republicana.

Para S.L.²⁵ el Perú representaba una sociedad semifeudal y semicolonial, por lo tanto la revolución debía iniciarse en el campo para luego tomar las ciudades. Este diagnóstico no era exclusivo de los senderistas; sin embargo, con los cambios experimentados por nuestro país durante el siglo XX el diagnóstico no resultaba del todo acertado, pues el avance de la modernización capitalista, las migraciones, así como las reformas del gobierno militar habían modificado sustancialmente el perfil del país. Pero, no podemos negar que, visto desde Ayacucho y desde otras partes de la sierra del Perú, el país en gran medida seguía siendo semifeudal, como lo planteaba S.L. No se trataba de una idea absolutizada que intentaba “moldear” una realidad prácticamente inexistente, pues de haberse encontrado descontextualizada hubiera sido imposible que S.L. construyese una primigenia base social.

Esta caracterización del país reforzada por una dosis grande de “subjetivismo revolucionario” permitía a los senderistas dos ventajas para el inicio de la lucha armada: en primer lugar, al agravar la situación del país se agudizaban sus contradicciones otorgando legitimidad –especialmente en el medio rural- a su proyecto político – militar; mientras tanto, y en segundo lugar, preparaba el camino para que S.L. pueda emerger como el agente fundamental del cambio

²⁴ El caso emblemático de violencia política en maridaje con reformas neoliberales para América del Sur fue la dictadura de Augusto Pinochet en Chile; la cual demostró que la economía de libre mercado no necesariamente guarda correspondencia con la democracia política (Hobsbawm 1998).

²⁵ Sendero Luminoso por sus iniciales.

social de nuestra experiencia colectiva; en otros términos, les permitía presentarse como una necesidad de los tiempos, como un fenómeno que debía suceder para cumplir con una línea histórica trazada.

Es importante tomar en cuenta que Abimael Guzmán fue expulsado de Bandera Roja por rechazar el respaldo que el P.C. prosoviético brindaba al esfuerzo reformista de los militares y por reafirmar la necesidad de la revolución armada (Klarén 2004). En este sentido, si por una parte la debacle del gobierno militar permitía el retorno del país a los predios democráticos; por otro lado, parecía confirmar la lectura que el cenáculo senderista tenía de nuestro proceso político, debido a que todos los caminos reformistas habían demostrado su ineficacia. Para S.L. esto fue la confirmación de la necesidad histórica de la lucha armada.

En conclusión, Sendero Luminoso fue el desborde político de una sociedad en la que habían fracasado todos los proyectos modernizadores y reformistas. La evolución de nuestro proceso histórico parecía confirmar las especulaciones de Guzmán y sus seguidores, pues durante el siglo XX todos los proyectos políticos - sean civiles o militares - terminaron en severas crisis. Esto trajo como resultado la acumulación de las contradicciones inherentes al sistema y con el desarrollo del fenómeno senderista dichas contradicciones multiplicaron sus tensiones hasta el punto de producir la implosión de nuestra sociedad.

5.5. Emergencia del sujeto democrático ²⁶

Al llegar los años 90 el Perú era un país en el que los desencuentros y las rupturas predominaban sobre los acercamientos, los espacios de diálogo, el intercambio simétrico y las grandes coincidencias nacionales. Se trataba de una sociedad en la cual todos los procesos - reformistas y revolucionarios, proyectados “desde arriba” o “desde abajo” - terminaron en profundos fracasos. A esas alturas el país carecía de una institucionalidad política que brindase estabilidad para mantener vigente – en condiciones mínimas - el pacto social, así como de una estructura productiva capaz de permitir el desarrollo económico.

Los gobiernos, civiles y militares, se evidenciaron igualmente incapaces de resolver los desencuentros fundamentales del país. Ante el fracaso de los reformismos, sean estos de tendencias liberales o izquierdistas, el Estado y la sociedad en su conjunto debieron enfrentar una de las etapas más difíciles de nuestra historia, pero, esta vez los costos no fueron solamente institucionales, sino también en pérdidas humanas, las que se contaron por miles. La tradicional clase política que alcanzó a recuperar el poder en 1980 - luego de una Asamblea Constituyente y elecciones democráticas realizadas después de 17 años - se mostró carente de ideas renovadoras y programas sólidamente estructurados, por tanto, fue incapaz de atender las urgencias que aquejaban al país. “La crisis del Estado y el desborde popular” fue el título de un representativo y exitoso texto escrito por el antropólogo José Matos Mar que

²⁶ En esta sección los datos estadísticos del conflicto interno corresponden a *Hatun Willakuy Versión abreviada del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*, 2004.

ilustró con destacada claridad la mayor crisis institucional experimentada por el Perú a partir de 1980.

Como hemos dicho, todos los proyectos de modernización intentados desde la década de 1950 hacia adelante fracasaron. La consecuencia de estas debacles para los grupos subordinados fue el bloqueo permanente de sus aspiraciones, acompañado de un desmejoramiento notable de sus condiciones materiales, es decir, de sus posibilidades de reproducción; el correlato de ello fue el aumento de los desafíos sociales y las demandas, creándose así las condiciones necesarias para que el sistema colapsara. Visto de esta manera los hechos, podemos entender la experiencia que durante estos años vivenció nuestro país como el resultado de una permanente y múltiple acumulación de crisis y fracturas socioculturales, que al ser insuficientemente (deficientemente) abordadas terminaron inevitable y dramáticamente enlazándose una tras otra, hasta provocar la implosión del orden establecido.

En este contexto emerge la guerra interna, como el punto extremo de un camino que se venía recorriendo sin tomar en cuenta – o probablemente sí – el muy probable escenario final. Ahora, las consecuencias de ingresar a un período de lucha armada desde el punto de vista de la institucionalidad del país fueron terribles, pero más dramático resultó para miles de personas que sufrieron directamente los estragos del conflicto interno. Entre muertos y desaparecidos la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) identificó 23 969 casos, con una proyección estimada para el número total de víctimas de aproximadamente 69 mil personas, concentrándose la mayoría de éstas entre

la sierra y la selva del país. Durante estos aproximadamente 20 años del conflicto armado existieron dos momentos en medio de los cuales la violencia se vivenció de manera más descarnada: el primero de ellos sucedió durante 1984 y “corresponde al momento de mayor intensidad y que provocó el mayor número de muertos y desaparecidos (...) centrados esencialmente en el departamento de Ayacucho”; mientras que el otro pico se alcanzó durante 1989 manteniéndose “en niveles relativamente elevados hasta 1992, año en que Abimael Guzmán fue capturado y se desbarató la dirección central del PCP-SL” (CVR 2004: 24).

Lo que nos interesa resaltar de estas cifras es el hecho siguiente: en las dos últimas décadas del siglo anterior una constante de nuestra sociedad fue la violencia y la represión – en gran medida indiscriminadas -; dicho en otros términos, la guerra fue el elemento central para la definición de las interacciones de los agentes sociales. De esta manera, a la cadena de crisis y fracturas sin resolver se sumaría los efectos que produciría el desarrollo de un conflicto interno. Las consecuencias de esta nefasta articulación se expresarían de forma holística. Es por ello que el camino recorrido por nuestra sociedad llegó a afectar todos los estamentos del país, por tanto, sus contradicciones se multiplicaron y las “deudas pendientes” se profundizaron:

“La amplitud e intensidad del conflicto acentuaron los graves desequilibrios nacionales, destruyeron el orden democrático, agudizaron la pobreza y profundizaron la desigualdad, agravaron formas de discriminación y exclusión, **debilitaron las redes sociales y**

emocionales, y propiciaron una cultura de temor y desconfianza”

(CVR 2004: 462).²⁷

Los niveles de violencia y represión resultaron intensos e inmensos. Nunca antes la sociedad peruana había experimentado un fenómeno similar. Esta característica otorgó al proceso político peruano un sentido especial en relación a los demás países de la región. Nos referimos al hecho de haber experimentado el proyecto de izquierda –fracasado al igual que su línea reformista - más radical y con mayor violencia en su praxis. A ello habría que agregar el saldo en violencia que significó la culminación del conflicto. La paz nació de las armas. Es indudable que la magnitud de estos acontecimientos marcarían profundamente no solo el rumbo de las interacciones políticas, sino también las formas de producir conocimiento, de construir la realidad; es por ello que debemos plantearnos las siguientes preguntas: ¿cuáles fueron las consecuencias de estos hechos para el escenario político del país?, ¿cómo se afectaron los discursos y la producción académica?, ¿cómo explicar que, en el plano académico, se pasara del “paradigma de la confrontación” al “paradigma de la democratización” con tanta “facilidad”?

Desde el inicio del estudio hemos planteado que los discursos académicos toman forma a partir de regímenes de producción que le otorgan sentido y validez. Así, los discursos son construidos en un contexto específico y a partir de determinadas relaciones de poder. El poder cuando opera es una fuente multiplicadora de información, necesita conocer y no puede funcionar sin generar un aparato que permite saber - hacer acerca del fenómeno sobre el

²⁷ Las negritas no corresponden al texto.

cual actúa. Por ello sostenemos que una nueva urdimbre política, definida unívocamente durante los años 80, propició la producción de los nuevos discursos tornándose hegemónico lo que hemos denominado el sujeto democrático. Se trata de una hegemonía que, en nuestro proceso, nació de un enfrentamiento abierto y directo y cuyos contornos principales quedaron definidos a partir de un campo de batalla.

A manera de síntoma, para entender el paso del “paradigma de la confrontación” al “paradigma democrático”, debemos considerar que durante la “segunda fase” del gobierno militar se abandonó la palabra socialismo del discurso oficial de las autoridades (Klarén 2004). Este hecho nos parece significativo, pues no se trataba tan solo de una omisión que expresaba el giro hacia tendencias liberales propugnado por el gobierno; sino que - esto es lo más importante - representaba, además de un silencio, una ausencia que evidenciaba los profundos cambios que venían ocurriendo en términos políticos y económicos, tanto en el escenario internacional como en el contexto nacional. Además, en cuanto al nivel simbólico, se presentaba como un corte que limitaba considerablemente las posibilidades de construir la realidad a partir de una producción discursiva radicalmente alternativa que delineaba lo políticamente correcto. El universo enunciativo quedaba restringido; en otros términos, comenzó a delimitarse las posibilidades de lo decible y lo no decible en el escenario oficial del país bajo los criterios que el sistema vencedor imponía.

Este intento por controlar lo decible y lo no decible reducía en gran medida los espacios para la construcción de propuestas que representaran una alteridad radical para el sistema. Es por ello que podemos plantearlo como el antecedente inmediato de la unidireccionalidad discursiva que va a caracterizar las producciones académicas y los programas políticos de las últimas décadas. Dicha unidireccionalidad la entendemos como aquella posición - y a la vez elección personal - muy difundida en los medios políticos e intelectuales de asumir a la democracia capitalista como el único modelo de vida sociocultural posible. Sin estos dos valores entrelazados - democracia y capitalismo - ya no es posible otro mundo, parece ser la consigna que predomina en el mundo político y académico actualmente.

Como hemos señalado en párrafos previos, S.L. llevó al extremo las propuestas de cambio e interpretaciones que sobre nuestro proceso histórico habían surgido en el ambiente político e intelectual del país a partir de 1950; muchas de estas propuestas formaban parte de los “vientos” reformistas y revolucionarios que se generaron en la academia buscando cambiar la sociedad peruana. En este sentido, S.L. no era un fenómeno tan ajeno y lejano del ritmo que caracterizaba nuestros vínculos sociopolíticos. Sin embargo, al hacerlo, los senderistas devinieron en un grupo terrorista cuya violencia indiscriminada quedó condenada al fracaso. Con la derrota de S.L. se clausuraba no solo un ciclo guerrillero - que en nuestro caso había comenzado en la década de los sesenta -, sino también se ponía el punto final para la coyuntura más propicia que tuvo la izquierda peruana - al margen de sus singularidades - durante el siglo pasado. No podemos perder de vista el hecho

que esta durísima experiencia no representó un corte en nuestra evolución como sociedad, sino más bien constituyó el punto extremo del sentido que habían tomado las relaciones políticas en nuestro país. Por tanto, el ciclo que clausuraba la guerra interna en el Perú no es solamente el del accionar guerrillero, sino es el de las grandes transformaciones, el de los grandes relatos, es decir, la era de las revoluciones - sean estas burocráticas o violentas -.

Llegaba, de esta forma, el “fin de la historia” en nuestra experiencia para un conjunto de discursos políticos y académicos que estuvieron vigentes por cerca de un siglo, disputándole el control del presente y del futuro a la democracia capitalista y privada; es decir, terminaba una manera de concebir y dar sentido a la historia. Era el final para un gran espacio de producción académica y para una forma de entender la política y la acción social. Nuestra alteridad radical se batía en retirada permitiendo la imposición de las múltiples alteridades y, de manera concomitante, la mirada de los especialistas se modificó sustancialmente. Nuevas reglas para la producción de los discursos se encontraban vigentes y los científicos sociales debieron ajustarse a los parámetros que definían lo correcto en términos de enunciados. Ya no era posible hablar abiertamente y sin riesgos a favor de un nuevo modelo político – económico. Es decir, un campo de posibilidades quedaba bloqueado – coyunturalmente – mientras tanto otro campo se abría con múltiples posibilidades para los (re)posicionamientos. Cabe destacar que dicha transición se produjo, en muchos casos, sin mayor rigurosidad ni espíritu

crítico, parece ser que de lo que se trataba era de acceder a los recursos simbólicos y materiales que la emergente superficie social brindaba.

A partir de este momento, nuestra historia quedaba como una hoja en blanco sobre la cual podría reescribirse otro presente. La emergente correlación de fuerzas permitiría volver a mirar el pasado y explorarlo a partir de diversas posiciones, en búsqueda de nuevos sentidos para las interrelaciones del ahora. Mientras tanto, el futuro dejaba de **ser**, de existir como proyección y devenir; es decir, se liberaba de las ataduras que el presente había extendido sobre él convirtiéndose en el mañana de un tiempo difuso, incomprensible e incapaz de ser puesto bajo dirección colectiva.

Finalmente, una concepción del tiempo histórico y un sujeto - el sujeto democrático - surgieron vencedores a partir de los cambios ocurridos durante las últimas décadas del siglo XX. Esto ocurrió luego de una larga y cruenta lucha librada, de manera simultánea y con sus singularidades respectivas, tanto en el escenario global como en el local. En nuestro caso, Sendero Luminoso representó el último intento para redimir la “falla original” y apropiarse del futuro del Perú, de un futuro con valores socialistas, comunistas y colectivos. Estas son las condiciones en las que se tornó hegemónico el sujeto democrático. Dicha preeminencia no se produce porque un modelo teórico demostró que era mejor para describir la realidad que el otro o porque los especialistas descubrieran un paradigma más efectivo para explicar los hechos. No, no es el avance de la ciencia y el conocimiento ni la acumulación lineal del saber lo que puede explicar estos eventos. Entonces, fue la lucha, fue el

conflicto frontal, fue el juego de los poderes, fue el triunfo de uno y la derrota del otro lo que definió la vigencia del sujeto democrático. Es decir, su hegemonía nació de múltiples contradicciones, de confrontaciones por intereses, de desencuentros acerca de nuestro porvenir, de diversos y dispersos conflictos por el poder y el control de la sociedad y el individuo, de varias guerras – muchas de ellas “silenciosas” -, de fracturas acumuladas que explotaban mientras otras se mantenían latentes.

Por todo ello, podemos finalizar diciendo: ¡ha muerto el sujeto, que viva el sujeto... democrático!

VI. CONCLUSIONES

1. El propósito general de la presente tesis ha sido determinar los vínculos que existen entre el proceso de producción del conocimiento social y las relaciones de poder; desarrollamos ello a partir del análisis de los discursos que sobre los migrantes urbanos populares se construyeron en las ciencias sociales peruanas. De manera singular, estudiamos cómo, durante la década de los ochenta, emergió un renovado sujeto en el escenario político. Nos estamos refiriendo al sujeto democrático; construcción teórica que se convirtió en hegemónica y cuya vigencia se mantiene – con matices - hasta el día de hoy en los principales discursos académicos. Denominamos sujeto democrático a las diferentes representaciones que elaboran los especialistas acerca de los actores sociales contemporáneos y en las que aparecen como los agentes de la democracia capitalista. Esta emergencia hegemónica es posible ubicarla en las diferentes disciplinas de las denominadas ciencias sociales, por tanto la consideramos una discontinuidad que se produjo en el desarrollo del conocimiento social sobre la realidad peruana.

2. Para entender en toda su complejidad este corte ocurrido en el nivel del conocimiento social, partimos de la idea que la producción teórica – práctica se vincula con el nivel político desde una dinámica recíproca en la que ambos fenómenos se producen y reproducen constantemente. Es decir, los discursos académicos no solo son parte, sino que, además, se constituyen en elementos productores de las relaciones de poder que modifican la superficie social y, a su vez, amplían el universo enunciativo que otorga sentido a la acción social. De esta manera, ambos niveles – el del conocimiento y el político – se interrelacionan dinámicamente.

3. La posibilidad de representar al otro constituye un acto de poder, es decir implica una posición hegemónica. En el Perú la situación se torna particularmente compleja porque la escritura ha estado vinculada por mucho tiempo, y en ocasiones de manera exclusiva, a los grupos de poder, marginándose otras formas de producción y transmisión del saber, como por ejemplo, la tradición oral. La escritura ha sido y continúa siendo la principal forma de expresión formal, es decir, todavía constituye un elemento de alteridad sociocultural. Esto permite, en gran medida, la vigencia de la dicotomía entre el saber que producen los especialistas y las prácticas cotidianas de las personas; la consecuencia de ello es la subordinación de los saberes populares. A pesar de los esfuerzos realizados en los últimos años resulta claro el predominio del conocimiento científico y el de la representación escrita en la producción, transmisión, distribución, intercambio y validez del conocimiento. En este sentido, la representación escrita constituye uno de los vínculos que integran el nivel político con la comunidad del conocimiento; de

igual manera, expresa las formas de control social vigentes, permite la reproducción de los valores culturales hegemónicos, por tanto, se convierte en un escenario más de la lucha política.

4. Para explicar la emergencia de los migrantes como problema científico utilizamos el “**método arqueológico**” planteado por Michel Foucault. En esta perspectiva de análisis el estudio de los discursos no se ocupa de los recursos lingüísticos ni retóricos del texto; sino de la superficie sociocultural de la que brotaron los enunciados. Como lo que nos interesaba era los fundamentos políticos sobre los que emergieron los discursos sobre los migrantes, el “análisis arqueológico” resultaba el más apropiado para alcanzar los objetivos propuestos. Esto nos permitió explorar las redes de poder y ubicar la coyuntura sociocultural que propiciaron la emergencia y otorgaron sentido a los significantes, de esta manera, comprendimos que la verdad se encuentra en el discurso, en la concatenación de enunciados, así como en la capacidad que tienen para definir una determinada realidad. En otros términos, el “análisis arqueológico” hizo posible evidenciar las interrelaciones que lograron la conversión de los migrantes en referentes empíricos.

5. Para analizar la emergencia de nuestro referente empírico resultaba fundamental considerar los procesos migratorios que experimentó el país a partir de la década de 1940. Las migraciones campo – ciudad y, de manera especial, provincias – capital intensificaron las contradicciones históricas, activando y reactivando los procesos que evidenciaban la brecha social del país, pero bajo nuevas condiciones. Las migraciones formaron parte de una

compleja dinámica en la que se encadenaron una diversidad de fenómenos socioculturales. Así tenemos: la “explosión demográfica” sin precedentes que experimentó el país, pues evolucionó de 7 millones de habitantes en 1940 hasta 21 millones en 1990, triplicando su población en medio siglo (Manrique 2004). Entre las ciudades el caso más trascendente fue el de la capital, que pasó de aproximadamente 600 000 habitantes en 1940 hasta poco más de 7 000 000 en 1990 (Contreras y Cueto 1999), lo que significó un incremento demográfico de 10 veces en medio siglo. Indudablemente, se trataba de un proceso sin antecedentes en nuestra historia, cuyas consecuencias escaparon a las posibilidades del país como nación.

Como consecuencia de dichos cambios, la capacidad de concentración de recursos materiales y simbólicos de la ciudad capital se distanció grandemente del resto del país, aumentando la asimetría social y la hegemonía del espacio urbano / moderno con respecto al sector rural / tradicional. La vertiginosa conversión del Perú en una sociedad predominantemente urbana había modificado sustancialmente las relaciones de poder en el país, convirtiendo a la ciudad en el espacio central de las contradicciones e intereses nacionales; en otros términos, Lima se transformó en el lugar más apropiado para el ejercicio del biopoder, es decir, para operativizar los mecanismos más eficientes de control y regulación de la vida humana.

6. El “nuevo rostro” que iba tomando el país reorientó las principales reflexiones de los especialistas; la comunidad científica desplazó su atención hacia los cambios que ocurrían en los escenarios urbanos del país, especialmente en

Lima. Es así que a partir de la segunda mitad del siglo XX, las investigaciones que escudriñaban a los migrantes andinos así como al escenario urbano, se multiplicaron y diversificaron. Una cantidad impresionante de fenómenos en torno a los migrantes fueron estudiados e implementados desde las más variadas perspectivas: las invasiones y formación de barriadas, los cambios y la adaptación cultural, los programas de desarrollo, los problemas de conducta individual y social, las creencias y expresiones religiosas, la informalidad, las “normas alternativas” a la función judicial oficial, el éxito de los microempresarios, la organización del movimiento popular, los vínculos estado – pobladores, las relaciones de pareja, los primeros programas de control de natalidad, la subordinación de la mujer, etc. Como consecuencia de todo ello, dichos sectores se convirtieron, en poco tiempo, en el objeto principal de las ciencias sociales.

7. Esta fue una coyuntura propicia para que la antropología tuviera la oportunidad de redefinirse. Los antropólogos, identificados con los trabajos de campo en comunidades campesinas distantes de los principales centros urbanos, comenzaron a preocuparse por estudiar la ciudad y sus fenómenos; en este tránsito fue constituyéndose una subdisciplina académica conocida como antropología urbana. La preocupación sincrónica por la cultura y el espacio rural habían especificado las investigaciones antropológicas con respecto a las indagaciones sociológicas e históricas. Los análisis hegemónicos que intentaban comprender objetivamente a la sociedad habían tomado como base para sus hipótesis a las estructuras económicas y políticas, preocupándose por la determinación del carácter de la “formación social”

peruana, las contradicciones fundamentales del país, los “modos de producción”, la conformación y el enfrentamiento de las clases sociales, así como el devenir de la sociedad. En esta dicotomía entre estructura y cultura, las producciones espirituales de los grupos eran soslayadas por considerarse un reflejo de las “condiciones materiales de existencia” o de las “estructuras de largo tiempo”. Sin embargo, la presencia andina en Lima otorgaba un nuevo cariz a los conflictos sociales, evidenciándose los contrastes étnicos del país y las limitaciones de los análisis deterministas. En este emergente contexto la antropología, con sus preocupaciones culturalistas, encontró un escenario más apropiado para su corpus teórico – metodológico.

8. Los migrantes y los sectores populares fueron representados inicialmente como marginales, como grupos desarraigados por un proceso modernizador basado en la industrialización de la economía, cuyo desarrollo quedó trunco debido a la naturaleza dependiente del capitalismo en el país. Esta condición marginal los volvía propicios para la adhesión a ideas políticas radicales, siendo la organización popular percibida como peligrosa para las relaciones vigentes. Por esta razón se destacaban su carácter confrontacional y clasista. En este contexto, los científicos sociales estudiaron los procesos ideológicos, las relaciones económicas, las estructuras de clases sociales y el conflicto; todo ello a la luz de herramientas teóricas como el marxismo y la teoría de la dependencia, que tuvieron mucha influencia en los años sesenta, setenta e incluso en los ochenta. En un mundo bipolar que construía a los agentes sociales a través de la alteridad radical, resultaba propicia la representación de escenarios dicotómicos en los que el conflicto podía definir el tiempo histórico.

9. En la década de los ochenta se expresaron importantes cambios. El siglo XX se había caracterizado por el predominio de la alteridad radical. Nos estamos refiriendo a la vigencia de dos discursos y sus respectivas representaciones; por una parte, el que consagraba el capitalismo, la libertad y la democracia; y, por otra parte, el que anunciaba el socialismo, la igualdad de clases y el fin de la explotación humana. Ambas teleologías se enfrentaron por el control de los seres humanos así como de la historia presente y futura durante el siglo pasado. Hacia finales de la década del ochenta “el socialismo realmente existente” se desplomó y con él se esfumó un sentido de la historia, una forma de praxis social y un devenir para las sociedades. En consecuencia, se produjo el reacomodo de las fuerzas que pugnaban por la hegemonía mundial. La guerra fría había llegado a su final y con ello la alteridad radical se disolvía en una multiplicidad de posibilidades simbólicas para las identificaciones colectivas. En éste tránsito, uno de los sentidos que pugnaba por el control de la historia perdió legitimidad y, con ello, una multiplicidad de fenómenos concomitantes comenzaron a declinar.

Este proceso se experimentó particularmente en el Perú. Durante el siglo XX se fueron gestando propuestas y proyectos alternativos a la democracia capitalista influenciados por doctrinas como el nacionalismo, el indigenismo y el socialismo, tanto en los discursos como en las prácticas políticas. Todas estas expresiones, en sus versiones reformistas y legales, entraron en profunda crisis hacia el final de la década de 1970 con la culminación del proyecto militar (1968 – 1980), al que habían apoyado muchos de los más destacados

intelectuales y políticos del país. La excepción fue la versión fundamentalista y violenta de Sendero Luminoso que, justo en el momento de la mayor crisis de representación política que vivió el país, iniciaba la lucha armada llevando al extremo las propuestas de la izquierda peruana.

Lo que nos interesa resaltar es que el fracaso de la izquierda legal y, en general, de todos los proyectos reformistas sean estos civiles o militares, así como la violencia generada a partir del accionar senderista tuvieron sus consecuencias en el nivel de los discursos políticos y académicos. Fue una experiencia singular pues la violencia y la represión fueron de tal intensidad que las posibilidades de producción quedaron reducidas a su mínima expresión y fuertemente controladas. El socialismo como proyecto sociocultural de vida superior se desplomó y, con ello, el sujeto transformador, revolucionario, colectivo, que dirigiría el rumbo de la historia perdió legitimidad. En consecuencia, una nueva correlación de fuerzas tanto a nivel mundial como nacional definieron los espacios para lo decible en términos de propuesta política y producción especializada.

10. En el nuevo contexto los sectores populares comenzaron a ser percibidos como creativos y productores del medio en el que se desenvolvían. La marginación en la que se encontraban devino en el esfuerzo denodado por insertarse en las relaciones mercantiles, la confrontación se convirtió en posibilidades de integración y creación de nuevas relaciones políticas y económicas; los ancestrales valores de reciprocidad, ayuda mutua y organización colectiva que habían sido emparentados con el socialismo se

recrearon exitosamente en la ciudad, pero en términos capitalistas. De igual manera, el esfuerzo por “salir adelante” y la lucha por reivindicar algunos derechos los convirtió en los sujetos políticos democráticos más importantes del país. La frugalidad de sus vidas y la “ética laboral” propia de la experiencia campesina les había permitido acumular capitales y convertirse en una emergente “burguesía chola”. Aquí parecían encontrarse las raíces del despegue capitalista y de la modernidad que le había sido negada al Perú desde sus orígenes como República.

11. Esta nueva forma de describir y proyectar la realidad no fue una toma de conciencia de los especialistas, ni el descubrimiento de una realidad que se encontraba cubierta por los “siete velos” de la ideología. El “**método arqueológico**” nos permitió explorar las relaciones de poder que redefinieron los límites de lo decible; es decir, comprender la superficie en la que los discursos se construyeron, se desarrollaron, se enfrentaron, devinieron hegemónicos o subalternos y se olvidaron. Entonces, la hegemonía académica del sujeto político democrático fue el resultado de una guerra, de una lucha, del enfrentamiento entre dos bandos que controlaron el escenario político, económico, militar y cultural de la mayor parte del mundo durante el siglo XX. De este conflicto fue parte activa la producción del conocimiento a cargo de los especialistas.

VII. BIBLIOGRAFÍA

Adams, Norma y Valdivia, Néstor

1991 *Los Otros Empresario. Ética de Migrantes y formación de barriadas en Lima*, COLECCIÓN MÍNIMA, IEP, Lima.

Adrianzén, Alberto

1990 “Estado y sociedad: señores, masas y ciudadanos”, en Juan Abugattás, et. al., *Estado y sociedad: relaciones peligrosas*, DESCO, Lima.

Altamirano, Teófilo

1985 “La antropología urbana en el Perú. Notas sobre las investigaciones”, en Humberto Rodríguez, compilador, *La antropología en el Perú*, CONCYTEC, Lima.

1984 *Presencia andina en Lima Metropolitana: estudio sobre migrantes y clubes de provincianos*, PUCP, Lima.

1977 *Estructuras regionales, migración y formación de Asociaciones Regionales en Lima Metropolitana*, PUCP, Lima.

Anderson, Benedict

2000 *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Aramburu, Carlos

1978 "Aspectos del desarrollo de la Antropología en el Perú", en Bruno Podestá, editor, *Estado de las Ciencias Sociales en el Perú*, Universidad del Pacífico, Lima.

Ballón, Francisco

1980 *Etnia y represión penal*, edición: CIPA, Lima.

Bejar, Héctor

1973 *Las guerrillas de 1965: Balance y perspectiva*, Biblioteca Peruana, ediciones PEISA, Lima.

Burga, Manuel y Flores Galindo, Alberto

1981 *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, ediciones RIKCHAY PERÚ, Lima.

Calderón, Julio

2005 *La ciudad ilegal. Lima en el siglo XX*, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales UNMSM, Serie Tesis, Lima.

Caravedo, Rotondo y Mariátegui

1963 *Estudios de Psiquiatría Social en el Perú*, ediciones del Sol, Lima.

Castro-Gómez, Santiago

2000 “Ciencias Sociales, violencia epistémico y el problema de la invención del otro”, en Edgardo Lander, compilador, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires.

Collier, David

1978 *Barriadas y elites: de Odría a Velasco*, IEP, Lima.

Comisión de la Verdad y Reconciliación

2004 *Hatun Willakuy: Versión abreviada del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*, Lima.

Contreras, Carlos y Cueto, Marcos

1999 *Historia del Perú Contemporáneo*, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Lima.

Cortázar, Juan

1992 “El paradigma de la intersubjetividad en las Ciencias Sociales peruanas: un primer balance”, en *Debates en sociología*, N. 17, PUCP, Lima, p. 163-206.

Cotler, Julio

1992 *Clases, estado y nación en el Perú*, Colección Perú-Problema/17, IEP, Lima.

Cueto, Marcos

2000 *El regreso de las epidemias. Salud y sociedad en el Perú del siglo XX*, IEP, Lima.

Chávez, Eliana

1990 “El empleo de los sectores populares urbanos: de marginales a informales”, en Alberto Bustamante, et. al., *De marginales a informales*, DESCO, Lima.

Chomsky, Noam

2002 *El miedo a la democracia*, Grijalbo Mondadori, Barcelona.

Degregori, Carlos

2000 (ed.) *No hay país más diverso. Compendio de Antropología Peruana*, IEP, Lima.

1994 “Educación, autoritarismo y violencia en el Perú actual”, en Moisés Lemlij, editor, *Reflexiones sobre la violencia*, Fondo Editorial Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, Lima.

1990 *El surgimiento de Sendero Luminoso. Del movimiento por la igualdad de la enseñanza al inicio de la lucha armada*, IEP, Lima.

Degregori, Blondet y Lynch

1986 *Conquistadores de un Nuevo Mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres*, IEP, Lima.

De Soto, Hernando

1986 *El Otro Sendero*, Editorial EL Barranco, Lima.

Doghty, Paul

1978 “El caso de las Asociaciones Provinciales Voluntarias de Lima: algunos problemas metodológicos y de interpretación”, en J. E. Hardoy y Richard Morse, editores, *Ensayos Histórico-Sociales sobre urbanización en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.

Driant, Jean-Claude

1991 *Las barriadas de Lima. Historia e interpretación*, IFEA, DESCO, Lima.

Foucault, Michel

2005 *La Arqueología del Saber*, siglo veintiuno editores, sa. Buenos Aires.

2001 *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.

2000 *Historia de la Sexualidad I- La voluntad del saber*, siglo veintiuno editores, sa. México D.F.

1988 “Verdad y poder. Diálogo con M. Fontana”, en Alianza Materiales, *Michel Foucault: Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, El Libro de Bolsillo Alianza Editorial, Madrid.

1987 *El orden del discurso*, Tusquets editores, Barcelona.

1984 “Contestación al Círculo de Epistemología”, en Oscar Terán, selección, *Michel Foucault El discurso del poder*, Folios Ediciones, México.

1978 *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa editorial, España.

Franco, Carlos

1991 *La otra modernidad. Imágenes de la sociedad peruana*, CEDEP, Lima.

García, Uriel

2004 *Ediciones Temática del Perú Salud XII*, Publicaciones de El Comercio, Lima.

Golte, Jurgen

2000 *Cultura, racionalidad y migración andina*, Colección Mínima 46, IEP, Lima.

Golte, Jurgen y Adams, Norma

1986 *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la Gran Lima*, IEP, Lima.

Guerrero de los Ríos, Raúl, et. al.

1977 *La trampa urbana. Ideología y problemas urbanos: El caso de Lima*, DESCO, Lima.

Hobsbawm, Eric

1998 *Historia del siglo XX*, CRITICA (Grijalbo Mondadori, S.A.), Barcelona.

Jongkind, F.

1971 “La supuesta funcionalidad de los clubes regionales en Lima, Perú”, en *Boletín de Estudios Latinoamericanos*, Universidad de Ámsterdam, Holanda.

Klarén, Meter

2004 *Nación y sociedad en la historia del Perú*, Estudios Históricos, 36, IEP, Lima.

Mangin, William

1964 “Clubes provincianos en Lima”, en *Estudios sobre la cultura del Perú*, UNMSM, Lima.

Marzal, Manuel

1989 *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la Gran Lima*, PUCP, Lima.

Matos, José

1988 *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*, IEP, Lima.

1977 *Las barriadas de Lima 1957*, IEP, Lima.

Manrique, Nelson

2004 *Enciclopedia Temática del Perú. Sociedad VII*, Publicaciones de El Comercio, Lima.

1995 "Historia de la República", en *Nuestra Historia*, COFIDE, Lima

Meneses, Max

1988 *La utopía urbana. El movimiento de pobladores en el Perú*, UNMSM, INCA, Universidad Ricardo Palma, Lima.

Murillo, Oscar

2004 "Análisis del Discurso Social", en *Revista del Instituto de Investigaciones Histórico Sociales*, N. 13, Publicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM, Lima, p. 369-385.

Pérez Sáinz, Juan Pablo

1991 *Informalidad urbana en América Latina. Enfoques, problemáticas e interrogantes*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO-Guatemala.

Petras, James y Veltmeyer, Henry

2002 *El imperialismo en el siglo XXI. La globalización desenmascarada*, Editorial Popular, España.

Plasencia, Rommel

2004 "Elogio de la informalidad" en *Revista de Antropología*, Escuela Académico Profesional de Antropología, Cuarta Época, Año II, N. 2, p. 143-159.

Quijano, Aníbal

1980 *Dominación y cultura: Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Mosca Azul editores, Lima.

1979 *Problema agrario y movimientos campesinos*, Mosca Azul, Lima.

1977 *Dependencia, Urbanización y Cambio Social en Latinoamérica*, Mosca Azul editores, Lima.

Said, Edward

2003 *Orientalismo*, DEBOLSILLO, Barcelona.

Rochabrún, Guillermo

1994 “¿Crisis de paradigmas o falta de rigor?”, en *Debates de Sociología*, N. 19, PUCP, Lima, p. 203-218.

Rodríguez, Alfredo, et. al.

1973 *De invasores a invadidos*, DESCO, Lima.

Rotondo, Humberto, et. al.

1963 “Estudios de morbilidad psiquiátrica en la población urbana de Mendocita. Resultado de la aplicación del Índice Médico Cornell”, en Baltazar Caravedo, et. al., editores, *Estudios de Psiquiatría Social en el Perú*, Ediciones del Sol, Lima.

Rotondo, Humberto

1963 “Áreas de tensión en una población Urbana Marginal”, en Baltazar Caravedo, et. al., editores, *Estudios de Psiquiatría Social en el Perú*, Ediciones del Sol, Lima.

Salazar Bondy, Augusto

1969 “La cultura de la dominación”, en *Perú Problema I*, IEP, Moncloa-Campodónico editores asociados, Lima.

Theodosiadis, Francisco

1996 “Los primeros contactos y la invención de la alteridad”, en Francisco Theodosiadis, compilador, *Alteridad ¿La (des) construcción*

del otro? Yo como objeto del sujeto que veo como objeto, Cooperativa Editorial Magisterio, Colombia.

Touraine, Alain

2000 *Crítica de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México.

Valcárcel, Luis

(s/f) *Tempestad en los Andes*, populibros peruanos, Lima.

Van Dijk, Teun

1998 *Estructuras y funciones del discurso*, siglo veintiuno editores, sa. España.

Villegas, Francisco

2005 “El rol de la prensa en las elecciones presidenciales de 1962-1963: un ejemplo de lucha entre discursos antagónicos”, en Cristóbal Aljovín y Silesio López, editores, *Historia de las elecciones en el Perú. Estudios sobre el gobierno representativo*, IEP, Lima.

Wieviorka, Michel

1991 *El Terrorismo. La violencia política en el mundo*, Plaza-Janes/Cambio 16, Barcelona.

Zizek, Slavoj

2006 *Visión de paralaje*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

1999 *El acoso de las fantasías*, Siglo XXI editores, México.

